

~~234 gr. 10.~~

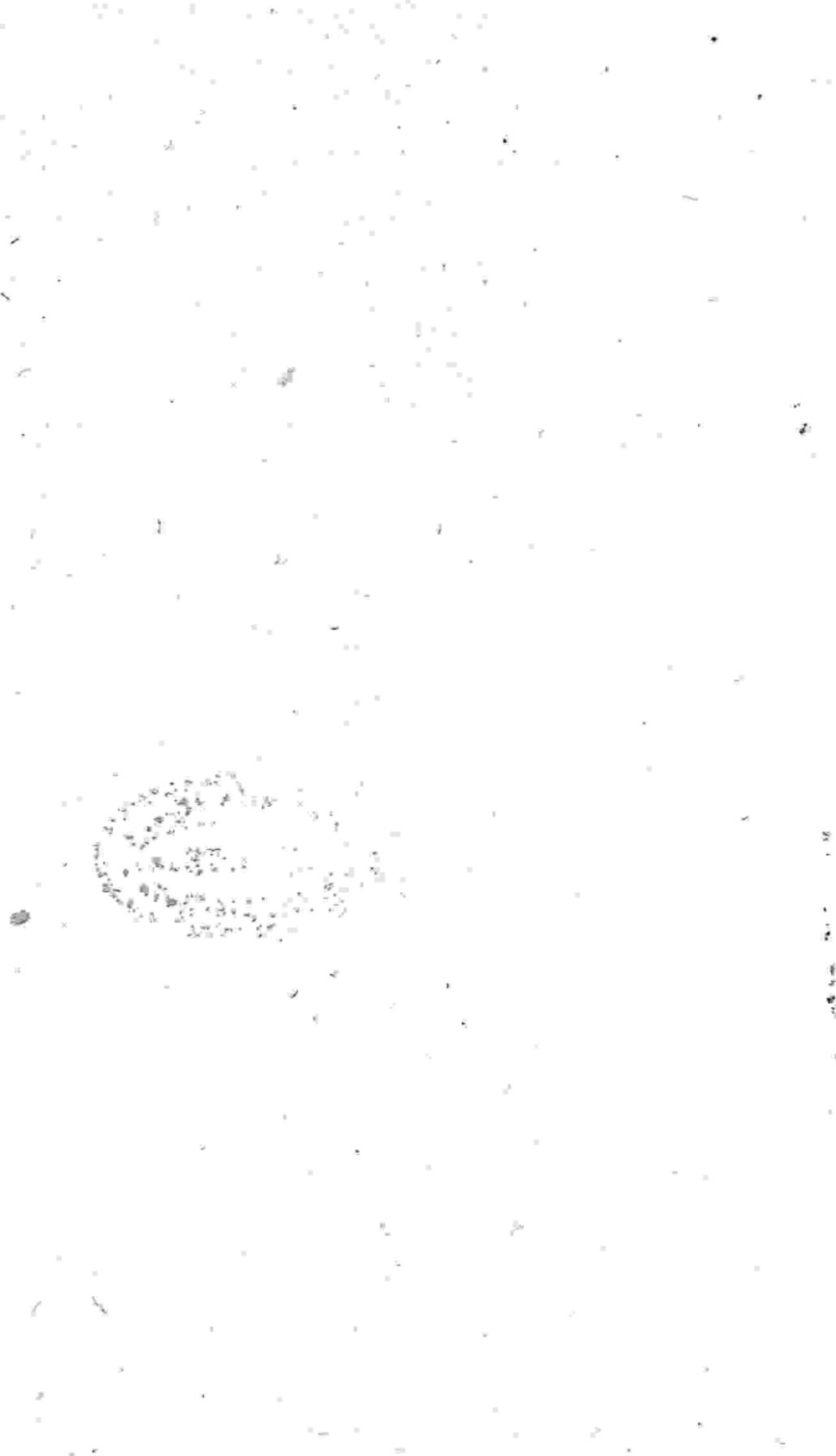
~~3-7-6~~

~~3-7-7~~

~~402~~

3-7-11

8030



# POESIAS

DE

**DON ALBERTO LISTA.**

*SEGUNDA EDICION.*

---

TOMO I.

---



MADRID:  
EN LA IMPRENTA NACIONAL.

—  
1837.

BAILEY

THE OXFORD BOOK

---

*„Me quoque dicunt  
vatem pastores : sed non ego credulus illis :  
nam neque adhuc Varo videor , nec dicere Cinna  
digna : sed argutos inter strepere anser olores.”*

VIRGIL.

---



## PROLOGO.

Aplicado desde mi primera juventud á estudios sumamente sérios, por la naturaleza de mis obligaciones, descansaba de mis tareas con el trato amable de las musas, que ha sido constantemente mi consuelo en las adversidades y mi recreo en la feliz medianía que he gozado gran parte de mi vida. Fruto de esta disposicion de mi alma son las poesías que di á luz por primera vez en 1822, y cuya segunda edicion ofrezco ahora al público.

Pero la experiencia enseña que no siempre lo que es un placer para el autor, lo es para los lectores. En mi sentir, todo el que se reconozca poseido de la inspiracion poética, debe presentar al público sus producciones, quando ya ha podido darles todo el grado de perfeccion de que él es capaz; y aguardar con paciencia y resignacion la sentencia de la parte culta, inteligente é ilustrada de la sociedad. Esperando este juicio imparcial y no queriendo influir en él de manera alguna, eché á volar, por decirlo asi, la primer edicion de mis poesías, desnuda de toda recomendacion externa: pues aun la Dedicatoria se dirigia á uno de mis mejores amigos, hombre del mérito mas sobresaliente; pero á quien

los sucesos políticos han separado para siempre de su patria; de tal manera, que no creí conveniente designarle sino bajo un nombre supuesto. Con el mismo le dedico esta segunda edicion, y le dedicaria mil que publicase; porque la amistad nunca debe ser un nombre vano, sobre todo para un poeta.

Dada á luz mi primera edicion, el público ilustrado, no solo de mi patria, sino tambien de las naciones extranjeras, dió su sentencia; y fue, por fortuna mia, indulgente y favorable. Esto me ha animado á hacer segunda edicion: pues á haber sido adverso el juicio que se hubiese formado de mis composiciones, no tengo tanto amor propio, ó quizá lo tengo demasiado, para volver á incomodar con ellas á mis lectores.

Yo no puedo juzgar de mis inspiraciones; pero sí de mi sistema poético, y así lo explicaré brevemente. Mi modelo es Rioja, y mi cuidado al componer, ha sido siempre revestir con las formas, la expresion y el lenguaje de este gran poeta los pensamientos que la inspiracion me sugeria. Esto lo he hecho en una gran variedad de asuntos, sagrados, profanos, filosóficos y amatorios.

En estos últimos he procurado imitar mas bien el delirio raciocinado de la pasion, propio de nuestros poetas del siglo XVI y XVII, para los cuales el amor era un culto, que el derretimiento de los italianos ó la galantería de los franceses, para los cuales el amor no es mas que un placer.

En fin, he pugnado por reunir en la versificacion

muy variada en cuanto á los metros, la valentía y fluidez de mi maestro Rioja, con el artificio admirable y generalmente poco estudiado de los versos de Calderon.

Tal ha sido mi sistema de *poetizar*: y en mi sentir, todo mi mérito en esta parte podrá consistir, cuando mas, en ser un *discípulo aprovechado* de Rioja. En cuanto á la invencion de los pensamientos, ya he dicho que se deriva de la inspiracion; y de esta no puede juzgar el poeta, porque no depende de él, sino los lectores por la simpatía que produzca en ellos.

Réstame hablar de esta segunda edicion. En ella he añadido algunas composiciones escritas ó corregidas despues de publicada la primera. Como pertenecen á diferentes materias, van al fin de cada seccion señaladas para distinguirlas con una estrella en el título.

En cuanto á las ya publicadas, hubiera tenido mucho placer en suprimir algunas cediendo al consejo de amigos inteligentes que así lo querian. Pero una consideracion, que no pertenece al arte, aunque es de mucho peso para mí, me ha obligado á conservarlas todas. Ya han visto la luz pública: buenas ó malas, ya son, por decirlo así, propiedad de la república literaria. No he creído justo defraudarla de ellas por complacer mi amor propio ilustrado con advertimientos posteriores: y tampoco es justo, materialmente hablando, defraudar á los compradores de la segunda edicion, de las composiciones que contenia la primera.

Mi oda intitulada *el Triunfo de la Tolerancia* ha disgustado á cierta clase de lectores: mas yo me compadezco de ellos, si su disgusto nace de creer la intolerancia *civil*, que es la única de que allí se habla, medio eficaz para proteger la verdadera religion. El cristianismo es el culto de la inteligencia, y la inteligencia es tolerante. Arroja de su seno á los que no creen en él: mas no los entrega ni á los suplicios ni á la espada.

He debido hacer estas advertencias al principio de la segunda edicion, aunque solo sirvan para compensar el profundo silencio que guardé en la primera. En esta esperaba el juicio del público: en la actual debo darle gracias por la favorable acogida que dió á mis *Poesías*, y explicarle los medios con que procuré merecerla.

## A ALBINO.

La ilusion dulce de mi edad primera,  
del crudo desengaño la amargura,  
la sagrada amistad, la virtud pura  
canté con voz ya blanda, ya severa.

No de Helicon la rama lisonjera  
mi humilde genio conquistar procura:  
memorias de mi mal y mi ventura  
robar al triste olvido solo espera.

A nadie sino á tí, querido Albino,  
debe mi tierno pecho y amoroso  
de sus afectos consagrar la historia.

Tú á sentir me enseñaste: tú el divino  
canto y el pensamiento generoso:  
tuyos mis versos son, y esa es mi gloria.



# POESIAS SAGRADAS.

## I.

### LA MUERTE DE JESUS.

¿Y eres tú el que velando  
la excelsa magestad en nube ardiente,  
fulminaste en Siná? y el impío bando,  
que eleva contra tí la osada frente,  
¿es el que oyó medroso  
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado  
¡ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo  
alzas gimiendo el rostro lastimado:  
cubre tus bellos ojos mortal velo,  
y su luz extinguida,  
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,  
amor, mas poderoso que la muerte:  
por él de la maldad sufre la pena  
el Dios de las virtudes; y leon fuerte,  
se ofrece al golpe fiero  
bajo el vellon de cándido cordero.

¡O víctima preciosa,  
ante siglos de siglos degollada!  
Aun no ahuyentó la noche pavorosa  
por vez primera el alba nacarada,

y hostia del amor tierno  
moriste en los decretos del Eterno.

¡ Ay! ¡ quién podrá mirarte ,  
ó paz, ó gloria del culpado mundo !  
¿ Qué pecho empedernido no se parte  
al golpe acerbo del dolor profundo ,  
viendo que en la delicia

del gran Jehová descarga su justicia ?

¿ Quién abrió los raudales  
de esas sangrientas llagas , amor mio ?  
¿ quién cubrió tus mejillas celestiales  
de horror y palidez ? ¿ cuál brazo impió  
á tu frente divina  
ciñó corona de punzante espina ?

Cesad , cesad , crueles :

al santo perdonad , muera el malvado :  
si sois de un justo Dios ministros fieles ,  
caiga la dura pena en el culpado ;  
si la impiedad os guia  
y en la sangre os cebais , verted la mia.

Mas ¡ ay ! que eres tú solo  
la víctima de paz , que el hombre espera.  
Si del oriente al escondido polo  
un mar de sangre criminal corriera ,  
ante Dios irritado  
no expiacion , fuera pena del pecado.

Que no , cuando del cielo  
su cólera en diluvios descendia ,  
y á la maldad , que dominaba el suelo ,  
y á las malvadas gentes envolvía ,

de la diestra potente  
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre  
de los montes el agua vengadora:  
el sol, amortecida la alba lumbre,  
que el firmamento rápido colora,  
por la esfera sombría  
cuál palido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado  
de su semblante descogió el Eterno.  
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,  
domador de la muerte y del Averno,  
tu cólera infinita  
extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama;  
*padre de amor, por qué me abandonaste?*  
Señor, extingue la funesta llama,  
que en tu furor al mundo derramaste:  
de la acerba venganza  
que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis como se apaga  
el rayo entre las manos del Potente?  
Ya de la muerte la tiniebla vaga  
por el semblante de Jesús doliente:  
y su triste gemido  
oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte;  
esgrime, esgrime la fulmínea espada,  
y el último suspiro del Dios fuerte,  
que la humana maldad deja expiada,

suba al solio sagrado ,  
 dó vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno , ó tierra :  
 rompe , ó templo , tu velo. Moribundo  
 yace el Criador ; mas la maldad aterra ,  
 y un grito de furor lanza el profundo :  
 muere..... gemid , humanos :  
 todos en él pusísteis vuestras manos.

## II.

### LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

De tu triunfo es el día ,  
 ó santo de Israel. La niebla oscura ,  
 que la maldad impurá  
 al orbe difundía ,  
 con celeste vigor rompe á deshora  
 inesperada aurora.

Aquella noche horrenda ,  
 que ciñó el mundo de enlutado velo ,  
 robó la luz al cielo  
 y al sol la ardiente rienda ,  
 y amenazó á la esfera diamantina  
 su postrimer ruina :

Y aquel pavor , que el seno  
 estremeció de la confusa tierra ,  
 mezclando en dura guerra  
 los aires con el trueno ,

cuando vagó el cadáver animado,  
del túmulo lanzado:

Y el silencio ominoso,  
que al pavor sucedió de la natura,  
y el luto y la tristura  
del suelo temeroso,  
disipa, inmenso Dios de la victoria,  
un rayo de tu gloria.

Tú del sepulcro helado  
no esperaste á forzar la piedra dura:  
que apénas en la altura  
del Aries sonrosado  
señaló de tu triunfo el sol brillante  
el decretado instante:

Con poder silencioso  
á la muerte su víctima robaste,  
y la tierra agitaste  
en pasmo delicioso;  
y la prole, ya siglos sepultada,  
restituyó admirada.

Entonces vió rompida  
el tirano su bárbara cadena,  
y la mansion de pena  
de santa luz herida:  
brama y humilla á su señor la frente  
la vencida serpiente.

Que en su sangre bañado  
entró una vez al santuario eterno,  
y lanzó en el Averno  
la muerte y el pecado,

y convocó á sus blancos pabellones  
ya libres las naciones.

Mas tú, pueblo inhumano,  
estirpe de Jacob aborrecida,  
tiembla: mira erigida  
la vengadora mano.

Huye, pérfida turba, la sagrada  
de Sion dulce morada.

Jerusalen divina,  
ensalza, ensalza tu cerviz gloriosa:  
ya prole numerosa  
el cielo te destina,  
por tí no concebida, que á la gente  
tu inmortal gloria cuente.

El fuego soberano  
espera ya, que en abrasado aliento  
inflamará el acento  
del niño y del anciano:  
y su vision, las vírgenes turbadas  
cantarán inspiradas.

### III.

#### LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR.

Himnos de honor las puertas eternas  
resuenan: el empíreo «gloria» clama:  
«gloria» el inmenso espacio reverbera.  
Los giros celestiales

deja, luciente sol; mas pura llama  
 que la que crece en tu inmortal hoguera,  
 los cielos dora: el Redentor glorioso  
 asciende vencedor esclarecido:  
 su nombre aplaude el pueblo redimido  
 en cántico gozoso.

«Elevad, canta, príncipes celestes,  
 las puertas elevad: los atrios de oro  
 abrid á vuestro rey: al rey triunfante  
 abrid, aladas huestes.»

Y «¿quién es nuestro rey?» el santo coro  
 entona en las almenas de diamante.

«El fuerte, el grande, el Dios de la victoria:  
 abre, ó cielo, tu alcázar refulgente;  
 de las virtudes el señor potente  
 es el rey de la gloria.»

Ya, ya la puerta del empíreo gira  
 sobre el aureo quicial, y del Inmenso  
 descubro la mansion. ¿Voces mortales  
 la dirán? tú me inspira,  
 Querub, y cantaré. Fulgor intenso  
 circula por las gradas eternas:  
 el padre Dios la inaccesible cima,  
 velado de su ser, augusto mora:  
 brota á sus pies la llama engendradora,  
 que cielo y tierra anima.

El hijo de María entra glorioso,  
 de angélicas escuadras aclamado,  
 formándole su grey noble corona;  
 y el hombre venturoso,

en la mansion celeste ya heredado,  
 el himno alegre de victoria entona.  
 » ¿Quién sube del Eterno al solio santo?  
 El varon de inocencia, el justo, el fuerte:  
 el que bajó, triunfando de la muerte,  
 al reino del quebranto”.

Enamora los cielos su mirada;  
 y cual la luz de la naciente aurora  
 vence el sol del cenit, su frente brilla  
 de triunfo coronada.

Postrado el ángel su beldad adora,  
 y el abrasado serafin se humilla:  
 del Eterno á la gloria merecida  
 sobre cielos de cielos se levanta,  
 y el trono huella con sublime planta  
 del padre de la vida.

»Padre, dice (y los orbes enmudecen  
 para escuchar su voz) venéi: la tierra  
 libérté ya de su enemigo eterno.  
 No en ella se enfierecen  
 los espíritus pérfidos, que encierra,  
 ligados por mi diestra, el hondo Averno.  
 En los torrentes de mi sangre yace  
 su maldad extinguida y tu venganza:  
 y el mortal abatido á la esperanza  
 y á la virtud renace”.

»Libres vienen, mi triunfo acompañando,  
 los siervos de la antigua tiranía.  
 Tu inmutable decreto ya he cumplido.  
 Ora el supremo mando,

la gloria, el esplendor, la gloria mia,  
 la que me diste ante los tiempos, pido.  
 Yo te ensalcé en la tierra: la criatura  
 por mí tu augusto nombre allí bendice".  
 Habló el hijo eternal; y así le dice  
 el Padre de la altura.

«Ven, hijo de mi ser, triunfa y domina:  
 yo ví tu humillacion, tu triunfo ahora  
 cielo y tierra verán. El monstruo impío  
 de tu planta divina  
 será vil escabel. Pide, y la aurora  
 y el ocaso serán tu señorío".  
 Dijo: de nuevo el cielo se alborozaba  
 en himnos: y en su seno reclinado  
 el gran Jehová recibe al hijo amado,  
 y eterno en él se goza.

#### IV.

##### AL SANTISIMO SACRAMENTO.

La gloria de Dios vivo  
 en la morada de los hombres brilla:  
 mortales, humillaos: suba el incienso  
 en ondeante nube  
 y el ruego humilde al trono del Inmenso.

Mas, ó Dios de la altura,  
 ¿tú herido, tú mortal? ¿qué blanco velo,  
 cuál lienzo mortuorio,  
 cubre la magestad que adora el cielo?

Amor omnipotente,  
 que te entregó á la cruz, cuyo mandato  
 consumaste al morir esclavo suyo,  
 renovando en el ara  
 aquel de caridad dulce misterio,  
 conserva las señales de su imperio.

No ya con voz de trueno  
 y rayos funerales  
 aterra á los mortales  
 el Dios de Sinaí.

Que dulce y amoroso  
 del cielo se desprende,  
 y víctima desciende,  
 que inmolará Leví.

Y sobre el ara santa  
 repetirá propicio  
 el grande sacrificio  
 que consumó por mí.

Gustemos, mortales,  
 del pan de la vida,  
 del vino sabroso,  
 que vírgenes cria.

La eterna sabiduría  
 mora en el humano pecho,  
 y el amor de la criatura  
 es su delicia y recreo.

Gustemos, mortales, etc....  
 En este manjar suave,  
 que oculta cándido velo,  
 tus dones, rey de la gloria,

por tu poder se midieron.

Gustemos, mortales, etc.....

Tu misericordia eterna  
recibimos en tu templo,  
y los términos del orbe  
la salud del mundo vieron.

Gustemos, mortales,  
del pan de la vida,  
del vino sabroso,  
que vírgenes cria.

## V.

### LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Cuando amanece al angustiado mundo  
la sacrosanta Vírgen,  
de la mancha primera preservada,  
detiene absorta la celeste esfera  
su raudo movimiento,  
y retiembla de gozo el firmamento.

Júbilo nuevo en las etéreas cumbres  
el angélico bando  
siente añadirse á su placer eterno:  
Jehová depone el rayo vengativo:  
y la inocencia amada  
brilla otra vez del hombre en la morada.

Entonces Uriel, á quien fue dado  
el gobierno del día,  
y en el ardiente sol fijó su trono,

esparciendo su voz por cuanto alumbra  
el flamígero vuelo,  
asi cantó el placer de tierra y cielo.

«¿Cuál es esta, que sube vencedora  
del seno de la nada

á ilustrar las mansiones de la vida?

La plateada luna no es mas bella

entre el coro estrellado,

ni el sol mas puro en el cenit rosado.”

«¡Cómo nuevo verdor y vida nueva  
recobran las montañas,

dó á ser delicia de la tierra nace!

Júbilo, Nazareth: salud, Carmelo:

de Jericó la rosa

ya florece en tu suelo mas hermosa”.

«¡Cuánto pavor infunde su semblante,  
del ángel dulce encanto,

á la hueste infernal de las tinieblas!

¿Oís, oís cuál brama enfurecido

el orgulloso bando?

¿cuál sus puertas se cierran restrallando?”

«No mas terrible intrépida falange  
al débil enemigo

marcha para el combate y la victoria.

Triunfa, hermosa muger: el Dios potente

su rayo te confia,

y su terror ante tu faz envía.”

«¿Quién como tú, gran Dios? Angeles puros,  
altas inteligencias,

benedicid su piedad. ¿No veis cuál mira

la triste tierra con benignos ojos?

¿no veis ya disipado

el ceño, que ocultó su rostro airado?"

«Himno de triunfo al Verbo, al amor santo  
bendición sempiterna.

Mortales, respirad, que ya fenece

el largo cautiverio, el sol divino

ya seguirá á la aurora,

cuyo esplendor vuestras mansiones dora".

«Angeles: ensalzadla. Del Dios sumo

hija, madre y esposa,

y reina vuestra es. ¡Dichoso el día

que nace para el bien de los mortales!

á su belleza y gloria

himnos de amor cantad y de victoria."»

Dijo Uriel, y con el cetro de oro

señala en la alta esfera

el instante feliz. Cánticos nuevos

las empíreas regiones enamoran;

y á su hermosa criatura

ledo sonríe el Padre de la altura.

## VI.

### LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

„Nunc facta est salus.“<sup>99</sup>

APOCAL.

¿Cuál desusado canto, lira mía,

se agita entre tus cuerdas? ¿Vago acaso

de Helicon fabuloso en las praderas,  
ó el fuego inspirador al pecho envía  
la deidad del Parnaso ?

Ah! no el falaz ruido  
oigo ya de las ondas lisonjeras :  
no ya el laurel mentido ,  
que del Permeso halaga la corriente ,  
al sacro vate ceñirá la frente.

Tú, diva madre, que en celeste trono  
de eterno rosicler brillas gloriosa,  
aurora del empíreo, tú me inflama :  
tú del Averno el enemigo encono  
domaste victoriosa :  
el triunfo esclarecido  
concédeme cantar. La pura llama,  
que al alumno querido  
se desprendió de Patmos en la arena,  
bañe mi labio en abundante vena.

Cantaré, ó diva, y el alegre canto  
alegre oirá Sion : las trenzas de oro  
sus bellas hijas ornarán de rosas :  
y ya olvidadas del cautivo llanto,  
tu nombre en dulce coro  
ensalzarán al cielo :  
el himno en sus cavernas sonoras  
repetirá el Carmelo ;  
y despedido de su cima umbría  
volará al golfo donde muere el día.

Libre del hierro infame alza la frente  
el hijo de Abraham, y ve rompido

el yugo del pesado cautiverio,  
 La soberbia señora de occidente,  
 que á sus plantas rendido  
 vió el orbe silencioso,  
 ya á mas suave y celestial imperio  
 dobla el cuello orgulloso:  
 ya nace la salud: cantad, mortales:  
 cayó el antiguo sólio de los males.

Y si tal vez de mi enlutada lira  
 voló lúgubre el son, cuando al humano  
 de Eden perdida lamenté la gloria  
 y el justo ardor de la divina ira;  
 ora de su tirano  
 cantaré salvo al hombre:  
 ciñe flores, y ensalza la victoria,  
 lira, y el sacro nombre,  
 que redobla el bramido y lloro eterno  
 al rencoroso rey del hondo Averno.

Al rey, que enmedio el lago tenebroso  
 ya en cadenas de fuego gime atado  
 al trono adusto, que erigió el delito:  
 deshecha la corona, el cetro odioso  
 yace aparte arrojado:  
 los ásperos clamores  
 feroz repite el escuadron precito:  
 ah! en vano: sus furores  
 oprime un mar de fuego denegrido,  
 y envuelve entre la llama el ronco ahullido.

Su reina en tanto en el sagrado muro  
 corona el ángel, y al humilde suelo

desciende el himno dulce de alegría ;  
 enagenado mira el rostro puro ,  
 placer de tierra y cielo ,  
 el serafin amante :

y canta en harpa de oro el bello dia ,  
 que el temido semblante ,  
 en ira y ceño desde Eden velado ,  
 mostró Jehová á los hombres aplacado.

¡ Cántico eterno de virtud y gloria !  
 la gran naturaleza conmovida  
 señora de ambos orbes la apellide :  
 Jehová se goza en la inmortal victoria  
 de su esposa elegida :

el rostro soberano  
 blanda sonrisa entre el fulgor despide :  
 y de la augusta mano ,  
 que siembra en las estrellas lumbre ardiente ,  
 nace el dorado sol mas refulgente.

¡ A quién la inmensa fuerza , que atesora  
 tu brazo , revelaste ? Esclava muere  
 de Adan la prole mísera y culpada :  
 culpada sí , mas tu clemencia implora.

Su humilde ruego hiera  
 los ojos diamantinos :  
 el rayo apartas de la diestra airada ;  
 y los ojos divinos ,  
 dó en regalada luz la piedad mana ,  
 vuelves benigno á la mansion humana.

Miras del hondo Averno nube impura  
 ceñirla en torno : el humo ennegrecido ,

que de tu s6lio la inaccesa lumbre  
ya presumi3 eclipsar, tizna tu hechura:  
el querub foragido  
desploma sobre el hombre  
de su eternal furor la pesadumbre;  
y en tu sagrado nombre,  
que del labio mortal la culpa lanza,  
si en t3 no puede, ejerce su venganza.

De vil metal cabe encendida pira  
se erige 3dolo vil; y el padre imp3o,  
dando sus hijos 3 la llama ardiente,  
Dios lo adora. Ministro de tu ira,  
el tirano sombr3o  
se ceba en sangre y lloro,  
y lo aplaude su Dios la insana gente:  
brinda en copa de oro  
el impuro placer funesta llama,  
y la torpe C3tera Dios lo aclama.

T3, prole de Jacob, sola t3 lloras  
la esclavitud comun: flores engaza  
3 su dura cadena el mundo ciego:  
feroz Luzbel las sienas vencedoras  
del triste lauro enlaza,  
que le ofrece el humano.  
Lo mira el Dios excelso: en vivo fuego  
arde contra el tirano  
el rostro de Jehov3: su voz tonante  
estremece los muros de diamante.

“¿Y qu3, dice, la gente aborrecida  
al mundo imperar3? Del reino umbr3o,

que destinó mi diestra vengadora  
á ser de pena y de maldad guarida,  
bástele el señorío.

¿Quién fijó al mar herviente  
de arena el valladar? ¿Quién á la aurora  
la senda refulgente,  
cuando al nacer la luz del bello día,  
el empíreo aclamó la gloria mía?

Arroje el cetro injusto: allá abatido  
reíne el querub, dó en lumbre tenebrosa  
cercado siempre el denegrido trono  
le fue y el triste imperio concedido.

Cual sierpe venenosa,  
allí ponzoña fiera

exhale libre su inmortal encono:  
otro señor espera

del hombre la mansion: tú, alma alegría,  
tú al orbe tornarás: nazca María."

Dijo, y nace María: cual cercana  
al claro sol la vespertina estrella,  
brilla apacible entre su luz radiante,  
tal parece del ángel soberana  
la inocente doncella:

y por las gradas de oro  
al seno de Jehová volando amante,  
la ve el alado coro  
inundar, en sus brazos reclinada,  
de grato ardor la celestial morada.

Y «¿quién es esta? cantan: semejante  
no se vió en el empíreo: su hermosura

los relucientes cielos enamora :  
 alba , purpúrea , mas que el sol brillante ,  
 mas que la luna pura .

¿ Cuál gloriosa guerrera

alza feliz la frente triunfadora ?

vence , ó diva : » la esfera

« triunfa , vence , » resuena alborozada :

« gloria , honor á Jehová : ¡ triunfo á su amada ! »

« Triunfa , sí : » dice el padre soberano ,

con la voz grata , que los orbes mueve :

« humana , mas no esclava , la corona

de cielo y mundo te ciñó mi mano .

Ve , y al monstruo conmueve

de la usurpada silla .

No temas del veneno , que inficiona

la tierra , vil mancilla .

Triunfa , ó pura , del hórrido enemigo :

el poder de mi diestra va contigo . »

Habló Dios , y del gremio sacrosanto

vuela la vírgen por el cielo abierto .

La luz divina , que en sus ojos mora ,

rayos lanza al monarca del quebranto .

Así del corvo puerto

rompe nave guerrera

de los salados mares domadora ;

y cortando velera

el vasto golfo en argentada raya ,

lleva el terror á la enemiga playa .

De celestiales huestes rodeada

desciende del empíreo , y la ancha esfera

con espléndido albor risueña dora :  
 del radiante cenit la cumbre alzada  
 riega por su carrera  
 encendidos rubíes :  
 y vertiendo el palacio de la aurora  
 sus rosas y alhelíes ,  
 desde el Can á la helada Cinosura  
 vuelan aromas de eternal dulzura.

Se aparta el sol de su encendido cielo ,  
 y orlando á la alma vírgen , ledo brilla  
 en rededor sus luces derramadas.  
 Plega la luna el argentado velo ,  
 y á sus plantas humilla  
 las pálidas centellas ;  
 y del sereno polo desgajadas  
 las lumbrosas estrellas ,  
 tejen sobre el cabello reluciente  
 aurea corona á la nevada frente.

Toca ya el leve viento , y dilatado  
 bajo la hermosa planta se enardece.  
 Como tal vez en noche tempestosa ,  
 si Noto de la Libia desatado  
 los astros oscurece ,  
 por entre el negro velo  
 rompe súbito el alba : rie gozosa  
 la faz del mustio suelo ;  
 y el Euro matinal , regando albores ,  
 pinta los campos de argentadas flores :

Calla el silboso viento , herida vaga  
 del puro rayo la tiniebla fria ,

y dó la Sirte entre las ondas sube,  
 busca deshecha la nativa plaga:  
 así al brillar María,  
 despues de Eden al mundo  
 primer risa halagó. La impura nube,  
 que le ciñó el profundo,  
 brama, en cárdena luz su seno anega,  
 y sobre el patrio Averno se replega.

Ve el querub de su imperio el fin cercano,  
 y mayor ira exhala: el aire embiste  
 con grito horrendo la tartárea gente.  
 ¡Ay de la tierra! asciende su tirano:  
 y con gemido triste  
 retiembla pavorosa:  
 ¡ay de la mar! sobre su faz ardiente  
 se agita estrepitosa  
 la tempestad: y horrisona rugiendo,  
 responde ronca al avernal estruendo.

Ya la funesta puerta se estremece,  
 y estalla fragorosa: entre humo y trueno  
 dragon sañado, por la dura escama  
 vertiendo sangre y roja luz parece:  
 preñados de veneno  
 siete cuellos enhiesta:  
 arde ceñida de insaciable llama  
 cada ominosa cresta:  
 y de diez negras astas coronado,  
 aterra al hombre atónito y postrado.

Rompe del negro lago: contra el cielo  
 vibra el monstruo feroz la cola ardiente;

y en pos teñidas de horrorosa lumbre  
estrellas mil y mil arroja al suelo.

Así rugiendo herviente  
incendio proceloso ,  
rompe del Etna la abrasada cumbre ,  
y entre el humo nubloso  
globos de fuego pálido desgaja ,  
y de ardido alquitrán los mares cuaja.

Ya por los vientos sublimado anhela ,  
entreabiertas las fauces devorantes ,  
buscando presa y lid ; cual ominoso  
cometa rojo en el espacio vuela.

Con ojos llameantes  
la pura vírgen mira :  
y contra el bello rostro , que amoroso  
placer celeste inspira ,  
vierte negro raudal , clamando guerra ,  
de la ponzoña que infestó la tierra.

Mas ¡ oh ! primero nube congelada  
bajo el cerco lunar la faz radiante  
manchara al sol , ó en pos la noche fria  
corriera de la aurora nacarada ,  
que el virginal semblante ,  
dulce esplendor del cielo ,  
sintiese de Luzbel la nota impía :  
cae sin fuerza al suelo  
la lava infausta , y por abierta cueva  
al Orco patrio su veneno lleva.

Miguel en tanto armado resplandece  
contra el monstruo , cual súbito en el viento

de ennegrecida nube brota el rayo.

«Hijos de Dios, exclama (y se estremece  
el tartáreo cimiento),

guerra y triunfo; el querube

ya fue de nuestras iras triste ensayo:

ora atrevido sube

y lid al cielo mueve: lid le demos:

los triunfos del empíreo renovemos.”

Dijo, y no así del bronce desatada

densa nube de balas, ruina y muerte

lleva al muro enemigo, cual clamando

«victoria al gran Jehová,” la hueste alada  
sigue al caudillo fuerte.

Sus furiosas legiones

mueve el Orco, en sus peñas tremolando

los negros pabellones.

Corre los aires pavorosa llama:

gime alterado el mar, y el polo brama.

Vibra Miguel la fulgurante lanza,

y grita en voz de trueno: «siente, impío,

siente mi brazo domador; su rayo

le confió Jehová, Dios de venganza.”

Hiere; y cual vuela umbrío

ante Aquilon silboso

el nublado polar, en vil desmayo

rugiendo silencioso

huye el monstruo á exhalar la acerba pena

del mar remoto en la desierta arena.

«Salud, felicidad,” clama natura

en uno y otro mar. El Boreas frio,

al descender de la invernal montaña,  
 que en hielo eterno riega Cinosura,  
 callado el soplo impío  
 canta blandos amores;  
 «amor» resuena la feliz campaña,  
 donde en lecho de flores  
 nace cándida el alba, y ante el día  
 las dulces auras de su seno envía.

Todo es placer; entre rosada lumbre  
 alegre primavera vierte al mundo  
 el Aries rojo del cenit dorado;  
 y de Ararat la blanquecida cumbre  
 y el Eufrates profundo  
 huye el nubloso enero:  
 no ya asuela los campos encrespado  
 el Istro ó Volga fiero:  
 mas tranquilas sus ondas lisonjeras  
 besan blando las plácidas riberas.

Himnos de honor y cantos de victoria  
 entona el almo coro: «fue arrojado  
 el antiguo dragon: triunfo á María  
 cantemos, y á Jehová la eterna gloria.  
 ¡Cuál fuiste despeñado,  
 astro de la mañana,  
 del orbe juzgador! Tu fuerza impía  
 voló cual niebla vana:  
 ya es reino nuestro el usurpado mundo:  
 arda en ira y furores el profundo.

¿Quién como tú, Jehová? tu nombre augusto  
 ¿qué nombre igualará? dijo el querube:

*en alas de Aquilon al escondido  
 solio me ensalzaré, dó reina injusto.  
 Venid: la oscura nube,  
 que lo oculta, rompamos:  
 y á par de Dios con mando dividido  
 el empíreo rijamos.*

Tú, Sabaoth, hablaste, y no parecen,  
 y al tártaro lanzados enmudecen.

¡El impío! los coros celestiales  
 rebeló: de la tierra fraudulento  
 destronó la inocencia. Se arrojaron  
 al mundo entonces los avernos males.  
 Ora el bando sangriento

devorar preparaban  
 la esposa de Jehová. Se disiparon:  
 no parece dó estaban:

júbilo y gozo al ángel: paz al suelo:  
 confesion de salud al rey del cielo.”

Así en alegres cánticos resuena  
 el coro celestial: habla María:  
 pendiente el ángel de su voz suave,  
 calla y la mira. El firmamento enfrena  
 su escondida armonía.

El curso presuroso,  
 en el viento librada, para el ave:  
 y al mundo ya dichoso  
 en su amable beldad, noble y sencilla  
 la inocencia de Eden mas pura brilla.

Y dice: «huyó el tirano: alzad la frente,  
 hijos de bendicion: prole escogida,

el largo lloro enjuga : á tí glorioso  
 el rey vendrá de la futura gente.  
 Por cuanto el sol despida  
 los rayos voladores,  
 dominará con cetro poderoso.  
 Los últimos furores  
 no temais del querub. Dios ha vencido :  
 preparad los caminos á su unguido.

Descenderá de la inaccesa cumbre,  
 dó con glorioso pie huella la esfera  
 el que del mundo las maldades lava.  
 Nace, esperado sol : ya de tu lumbre  
 brilla el alba primera :  
 al Todopoderoso  
 plugo elevar á tanto honor su esclava :  
 yo del amor hermoso  
 madre elegida soy : cantad, vivientes :  
 él de mi seno nacerá á las gentes.

El nombre del cordero sin mancilla,  
 naciones, celebrad. Manso cordero,  
 tú, de las huestes pérfidas estrago,  
 eres leon de Israel : tú lo acandilla.  
 Fulmina : el monstruo fiero  
 á tus plantas rendido,  
 la opresa grey desatarás del lago :  
 y en tu sangre teñido,  
 sangre, que sella el testamento eterno,  
 romperás los candados del Averno."

Dice : y cual corren encendidas lumbres,  
 que exhaló al aire el sosegado cielo,

y en los montes se pierden á deshora,  
 vuela á ocultarse en las desiertas cumbres,  
 que tu florido suelo,  
 Palestina, rodean:  
 dó al Dios inmenso, que Salen adora,  
 mil víctimas humean;  
 y olor de suavidad en densa nube  
 de puro incienso ante su trono sube.

## VII.

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR.

Huyó del polo el Aquilon sombrío:  
 y el cielo, ya sereno,  
 piadoso vierte el cándido rocío,  
 que ocultaba en su seno.

En tus entrañas, tierra, agradecida  
 recibe el don fecundo,  
 y la salud prodúcele y la vida  
 al angustiado mundo.

Florece, ó Terebinto, y de tus flores  
 brille la pompa ufana  
 al desatar sus claros esplendores  
 la plácida mañana.

Y de ellas el aurora refulgente  
 orne sus manos puras,  
 cuando hoy anuncie á la oprimida gente  
 el sol de las alturas.

Corre alegre, ó Jordan, y en tus riberas  
de Jericó las rosas  
embalsamen del aura lisonjera  
las alas vagoŕosas.

El cedro inmenso la cerviz erguida  
levante al alto cielo;  
y su aroma dulcísimo despida  
la cumbre del Carmelo.

Pasó la nieve del invierno triste;  
y del Hermon la falda  
depone el yelo rígido, y se viste  
de carmin y esmeralda.

Albricias, Israel: ya compadece  
el cielo tu gemido:  
vuelve al benigno sol, que te amanece,  
el semblante afligido.

Mira el libertador, que de tu mano  
y del cuello doliente  
romperá las cadenas, y al tirano  
quebrantará la frente.

Alza del polvo: ya empezó tu Santo  
la lid y la victoria:  
y cíñete, ó Sion, el régio manto  
de tu esplendor y gloria.

Y convertida en gozo la amargura,  
con festivas canciones  
convoca el universo, y su ventura  
anuncia á las naciones.

## VIII.

LA CONVERSION DE LOS GODOS EN EL REINADO  
DE RECAREDO.

Cantemos al Señor. Desde la cumbre  
del alzado Pirene  
hasta el remoto mar, donde la lumbre  
del claro sol á sepultarse viene,  
al hijo sacrosanto  
se exhala ya de adoracion el canto.

¡ Pueblo feliz ! Anuncia á las naciones,  
que en el sagrado leño  
reina el Dios del amor : los corazones  
ya reconocen su triunfante dueño ;  
y el pérfido arriano  
la antorcha funeral agita en vano.

Qué asaz gimió la Iberia esclavizada  
bajo su yugo impío :  
la blasfemia, en el solio coronada,  
ambiciosa de infando señorío,  
émula del Averno,  
presumió destronar al verbo eterno :

Y el nombre divinal, salud del mundo,  
de los labios mortales  
por siempre desterrar : bramó el profundo :  
lanzáronse las huestes infernales :  
gimió el orbe admirado  
de verse en el error encadenado.

¡ Cuánta sangre vertió ! ¡ Cuántas crueldades  
 en el hispano suelo  
 su oprobio irán diciendo á las edades !  
 Tú, víctima real, del justo cielo  
 impetraste ferviente  
 la libertad de la española gente.

Habló el Inmenso, y cual la ardiente llama  
 con ímpetu devora  
 la seca arista y la marchita rama,  
 que el agosto sediento descolora,  
 el súbito castigo  
 así desciende al bárbaro enemigo.

La santa fé coloca Recaredo  
 sobre el agosto solio ;  
 y alegre mira la imperial Toledo  
 enlazarse por siempre al capitolio  
 su iglesia venerada,  
 con sangre de mil mártires regada.

Entre el cántico dulce de alegría  
 el inspirado acento  
 alzó Leandro, de los fieles guía:  
 el que domó con celestial aliento  
 al tirano sañudo,  
 siendo, divina fé, tu firme escudo.

Y dice: «¡ para siempre ! el monstruo impío,  
 ó venturosa España,  
 ya para siempre huyó. Del Boreas frio  
 los tristes golfos probarán su saña,  
 y el pueblo del oriente,  
 con su necio saber vano y demente.»

«Sí, impura Grecia, sí: tus pabellones  
 para el vicio adornaste:  
 en sutiles y gárrulas cuestiones  
 la ley sencilla del Señor trocaste:  
 la esclavitud mas fea  
 y gárrula impiedad tu suerte sea.»

«Mas tú, español, la religion sagrada  
 conservarás, que hoy brilla  
 á este suelo feliz. Si miro alzada  
 sobre tu cuello incógnita cuchilla,  
 confesarás muriendo  
 la ley, que defendiste combatiendo.»

«¡Cuántos siglos de lid! Mas ¡cuán brillante  
 te aguarda la victoria!  
 A tu cetro y tu fé la mas distante  
 nacion vendrá, llamada de tu gloria:  
 tu inmensa monarquía  
 el círculo verá de todo el día.»

«Será un tiempo, que lleve el fuerte hispano  
 los lindes de las tierras  
 á las playas del último oceano:  
 y fije en nuevas y encumbradas sierras,  
 sepulcro de la aurora,  
 del hombre Dios la insignia vencedora.»

«Este es el premio, que á tu fé constante  
 reserva el justo cielo.»

Dijo Leandro: el Tajo ondisonante,  
 al resbalar por el florido suelo,  
 suspendió blandamente  
 de sus doradas aguas la corriente.

## IX.

## EL SACRIFICIO DE LA ESPOSA.

*En la solemne profesion religiosa de la madre sor María Fernanda de la Trinidad Blanco y Crespo, en el monasterio de Santa María de los Reyes de Sevilla.*

„Nuestro lecho florido,  
de cuevas de leones enlazado,  
en púrpura teñido.”

SAN JUAN DE LA CRUZ.

A el ara sacra del amor divino  
un nuevo corazon de nueva esposa  
vuela feliz: ¿qué lumbre deliciosa  
rompe del cielo el muro diamantino?  
Pura llama, desciende:  
desciende, ó llama del amor triunfante.  
¿No veis, no veis cuál prende  
en la víctima el fuego devorante?  
¿No veis, ya consumida,  
cuál renace en el gremio de la vida?  
Se aceptó la oblacion. Del alto cielo  
mira Jehová con divinal agrado  
la esposa, que siguiendo al hijo amado,  
toda fé, toda amor, se roba al suelo.  
¡ Oh, cuál brilla en su frente

la corona nupcial! ¡cuál en sus manos  
el anillo luciente!

lejos, lejos de aquí, viles profanos:

Dios, Dios... de su presencia

llena está la mansion de la inocencia.

¡Mansion de dulce paz, donde domina

virtud sencilla en puros corazones,

y despliega sus blancos pabellones,

reina del bien, la caridad divina!

Aquí entre abrojos crece

la rosa virginal; lirio fecundo

de casto olor florece;

y al ver manando en crímenes al mundo,

gemidos sin consuelo

la penitencia exhala al justo cielo.

O bien la esposa conmovida entiende

la voz suave del esposo santo,

y de gozo y loor el dulce canto

de sus amantes labios se desprende:

y en la mortal criatura

al ver su amor angélico emulado,

de la celeste altura

la escucha el serafin arrebatado;

y á su gemido tierno

une los himnos del hosanna eterno.

Entra ya, dulce esposa. El mundo impío,

que ignora la virtud, gime al perderte;

y las falaces lágrimas que vierte,

opone astuto á tu invencible brio.

»¿ Adónde, clama, adónde

la juvenil beldad, que me ilustraba,  
 eclipsada se esconde?  
 y si ardor de virtudes la abrasaba,  
 ¿por qué el puro modelo  
 robar pretende al corrompido suelo?"

¡Aduladora voz! ¡clamor aleve,  
 con que el rey del orgullo delirante  
 aterrará piensa el ánimo constante  
 que á hollar su pompa y vanidad se atreve!  
 ¡Dí tú, jóven esposa,  
 si á esconder vas los dones celestiales  
 bajo olvidada losa;  
 y si inútil á tí y á los mortales,  
 estéril inocencia  
 en brazos gozarás de la indolencia.

¡Ah! en el sagrado y solitario huerto  
 miro entre humildes flores erigido  
 el tronco augusto, en que de amor herido  
 el Dios de los amores pende yerto.  
 Aquí la paz del mundo,  
 y la salud y vida de las tierras,  
 y el terror del profundo  
 entre tus brazos venturosos cierras;  
 y el raudal sacrosanto  
 colora en sangre tu virgíneo manto.

¡Sangre de redencion! que vió vertida  
 de Palestina el monte portentoso,  
 y que ora al sacrificio generoso  
 de tu ser precio da de eterna vida.  
 Para el hombre culpable

logra del cielo la piedad propicia  
 tu holocáusto aceptable ;  
 y entre el delito puesto y la justicia ,  
 sobre la insana gente  
 que descargue sus iras no consiente.

Te ofreces , sí. Mas ¡ ay ! ¿ qué niebla oscura ,  
 de horror , de pena y de afliccion cargada ,  
 en denegridas luces inundada ,  
 amenaza feroz tu frente pura ?

Yo escucho del Averno  
 las serpientes silbar : ya la tristeza  
 clavá el puñal interno :  
 el sol huyó : la oscuridad , que empieza ,  
 y la imágen del crimen  
 tu desolado corazon oprimen.

El rostro de inocencia lastimado  
 vuelves buscando en tu dolor consuelo ;  
 y ves la cruz , y en ella al rey del cielo  
 á la inmensa justicia abandonado.

Bebió el vaso infinito ,  
 dó rebosaron las divinas iras ,  
 por ageno delito.

O tú , que al nombre de su esposa aspiras ,  
 por tu culpa y la agena  
 debes gemir : tu dignidad lo ordena.

¿ Lloras ? ¡ llanto feliz ! ¡ tierno rocío ,  
 que de afliccion las flores fecundando ,  
 produce de clemencia el fruto blando ,  
 logrado en tu penar al mundo impío !

¿ Padeces ? ¡ ay ! padece :

por tu tormento en la angustiada tierra  
 la paz y el bien florece:  
 desaparece, ó maldad: huye, impía guerra;  
 y al reino del espanto  
 víctimas robe tu encendido llanto.

Que tal poder el soberano esposo  
 dió de la esposa, que suspira, al ruego.  
 Tiende al mundo los ojos. ¿Ves el fuego  
 de la maldad quemarlo? ¿ves ansioso  
 la cuchilla el hermano  
 sobre el hermano alzar? ¿al pie no miras  
 del pálido tirano  
 yacer el hombre? ¿el humo no respiras,  
 humo de sangre y muerte,  
 que la discordia enfurecida vierte?

Jehová, el justo Jehová desde la cumbre  
 de su gloria etérrnal también lo mira.  
 Vela su rostro el ceño de la ira;  
 y en vez de blanda y regalada lumbre  
 furor y ardores lanza:  
 ya, ya en su mano súbito se enciende  
 el fuego de venganza;  
 y ya rugiendo asolador descende  
 sobre el mundo enemigo  
 el rápido ministro del castigo.

Mas ¡oh! si de terror y espanto llena  
 cubre los orbes nube denegrida,  
 y el rayo ardiente, que bramando anida,  
 ya en el culpado corazón resuena,  
 las manos virginales

y el rostro ardido en caridad levantas;  
 en bien de los mortales  
 brota tu corazón lágrimas santas:  
 y en el pecho doliente  
 nace el suspiro de piedad ferviente.

¡Salud, ó mundo! Por tu bien suspira,  
 y de amor é inocencia coronada,  
 ya contra tus maldades fulminada,  
 sobre sí llama la celeste ira.

Del Dios, que tú has herido,  
 ¿no ves como á la cruz los brazos ciñe?  
 ¿no ves como el vestido  
 en los torrentes de su sangre tiñe,  
 y su ruego inocente  
 de Jesús une al ruego omnipotente?

Venza al del crimen tu clamor ¡ó esposa!  
 Venza, y al pie del tronco ensangrentado  
 gime, donde el cordero no manchado  
 víctima eterna del amor reposa:  
 ruega, que acepto sube  
 tu ruego y sacrificio al santo cielo.  
 Ya la funesta nube  
 desapareció: respira ¡ó triste suelo!  
 la vengadora espada  
 Jehová depone de la diestra airada.

## X.

EL CANTO DEL ESPOSO : EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

„Pues ya, si en el egido  
de hoy mas no fuere vista ni hallada,  
dixeis que me he perdido.“

SAN JUAN DE LA CRUZ.

El amante sagrado,  
que de la cruz pendiente nos convida  
al seno regalado,  
á la preciosa herida,  
del mísero mortal asilo y vida :

Cual suele tierna el ave  
su consorte arrullar desde la rama,  
con dulce voz suave,  
que caridad derrama,  
la nueva esposa á sus vergeles llama.

Oye, feliz esposa,  
oye su voz: que el céfiro callado  
ni juega con la rosa,  
ni vaga en el collado,  
por no turbar su acento enamorado.

«Ven ¡ ay! esposa mia,  
dice herido de amor: ven: ¿florecente  
no ves la cumbre fria  
del Líbano eminente,  
que de alto hielo coronó su frente?»

Mas ya corre sonoro  
 á fecundar las plácidas praderas,  
 volcando arenas de oro:  
 ya alfombra sus laderas  
 de guirnaldas de flores placenteras.

Huyó el sañudo invierno:  
 huyó del prado la tiniebla umbría,  
 y ya el Favonio tierno  
 al valle su alegría,  
 y su luz clara restituye al día.

Ya verdes resplandecen  
 las viñas de Engaddí: del fruto amado  
 sus vides se enriquecen:  
 ya en el bosque ha sonado  
 de la tórtola el canto lastimado.

Ven ¡ ay! dulce amor mio:  
 de las vertientes del Hermon nevosas  
 baja el blando rocío:  
 sus florestas hermosas  
 Jericó esmalta de purpúreas rosas.

No es ya la noche dura,  
 cuando cubierto de escarchado hielo  
 entre la niebla oscura,  
 amante y sin consuelo  
 me vió á tu umbral entristecido el cielo.

En el silencio vieras  
 pasar del monte con feroz rugido  
 las despiadadas fieras:  
 y mi pecho afligido  
 buscar en tí consuelo á su quejido.

Y la naciente aurora,  
 al derramar sobre el sediento prado  
 las lágrimas que llora,  
 me oyó, de amor llagado,  
 dulce quejarme de tu pecho helado.

Mas ya sereno el día,  
 en que mi amor triunfase, resplandece:  
 ven, pues, esposa mía:  
 ya mi huerto florece,  
 y sus frutos dulcísimos te ofrece.

El tronco de la vida,  
 entre olorosas flores levantado,  
 da sombra apetecida:  
 pende el fruto sagrado,  
 de sencillas esposas deseado.

Y yo seré, amor mio,  
 de mirra para tí manojito tierno,  
 que no ajará el estío  
 ni lo helará el invierno,  
 y que arderá por tí de amor eterno.

De los demas pastores  
 desoye el canto y deja la guarida:  
 sepulta tus amores  
 en mi huerta escondida:  
 muerte dulce es mi amor y dulce vida.

Aquí yo las manzanas  
 de suave olor arrojaré en tu seno:  
 y cuando á las mañanas  
 brindare el sol sereno,  
 lirios te cogeré del prado ameno.

Del prado, que mil fuentes,  
del altísimo monte despeñadas,  
riegan: de relucientes  
azucenas preciadas  
haremos nuestras candidas moradas.

Aquí apacible sueño  
en mi divino gremio recogida,  
mientras vuela risueño  
el aura de la vida,  
gozarás entre flores adormida.

Y á las vírgenes tiernas  
pediré de Sion, mientras fogoso  
penetra en las cavernas  
del sol el rayo hermoso,  
que no turben tu plácido reposo.

Y luego en despertando  
aromas pedirás, pedirás flores,  
y con gemido blando  
te quejarás de amores,  
y exhalarás la vida en mis loores.

¿Pues qué, si adonde mana  
el blando vino en solitaria parte  
te llevo, dulce hermana,  
por mas enamorarte,  
y afirmo de mi amor el estandarte?

¡Ay! ven: mas que la muerte,  
mas que la saña del horrible Averno  
la caridad es fuerte.

Ven; y en mi pecho tierno  
muere para vivir de amor eterno.”

Así cantó el esposo ,  
 y el aura celestial lleva su acento  
 con susurro amoroso ,  
 y de su blando aliento  
 siente la esposa perfumado el viento.

Tras los dulces olores  
 corriendo va de su inmortal amado :  
 y hallóle entre las flores  
 del huerto reclinado  
 y de cendales cándidos velado.

## XI.

### EL CANTICO DE ZACARIAS.

Bendice mil veces , bendice , alma mia ,  
 en himno sonoro al Dios de Israel :  
 que manso y clemente visita su pueblo ,  
 y fuerte quebranta el yugo cruel.

David , ya en tu casa , cual padre amoroso ,  
 el cetro temido fijó del poder ;  
 Judá vió en sus montes tras largo infortunio  
 salud y ventura al pueblo nacer.

Así anunciadora de eterna palabra  
 la voz de sus santos su oráculo fue ,  
 y desde los tiempos primeros del mundo ,  
 profetas y ancianos suspiran por él.

Su mano nos salva del crudo enemigo ,  
 que quiso abrevarnos de llanto y de hiel :  
 ni ya temerémos que al pueblo escogido

los fieros se atrevan de Edom y Betel.

Si fue á nuestros padres un Dios de clemencia,  
y libres salieron de Egipto y Babel,  
la santa promesa no olvida, que oyeron  
de fuego bañadas las zarzas de Oreb.

Abram nuestro padre oyó su promesa;  
juró el Dios inmenso, altísimo y fiel  
bajar á sus hijos, y manso y benigno  
del crimen antigüó la víctima ser.

Y libre y contento Israel ya no debe  
ni mano enemiga, ni espada temer:  
adore á su Dios, y observe obediente  
la ley promulgada al santo Moisés:

Y goce en eterno serenos los días  
que van á nacerle de gloria y placer.  
Candor y justicia la plebe coronen;  
que el Dios de sus padres descende á Salén.

Y tú, feliz niño, profeta llamado  
serás del Señor; porque irás ante él,  
abriéndole paso por rudos desiertos,  
y de áridas peñas brotando la miel.

Ahuyenta la culpa del pecho malvado,  
y siembra en las almas divino saber:  
prepara los frutos al sol de justicia:  
salud é indulgencia será en Israel.

¡O dulce clemencia! ¡ó entrañas de padre!  
¡ó Dios bondadoso! El hombre ¿quién es,  
que así de la altura naciendo benigno  
sus tristes mansiones ilustran tus pies?

La luz nace al mundo, que en densas tinieblas

y en sombras de muerte lanzado se ve:  
Mortales, seguidla: pues ella nos muestra  
la senda dichosa de paz y de bien.

## XII.

### A SILVIO EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¿Y quién podrá, mi Silvio, el lloro triste  
á tu lloro negar? Ya de mi pecho  
ronco se exhala el canto del gemido;  
y en torno vuela á mi enlutada lira  
el genio del dolor. ¡Ay! tu contento  
se sepultó en las sombras de la tumba!  
No darán ya tus paternas labios  
el ósculo de amor.... Las dulces gracias,  
recien sembradas en el rostro hermoso  
por la inocencia cándida, volaron  
ante el helado soplo de la muerte.  
Así tal vez la rosa que mecieron  
los céfiros de abril, destronca impío  
el Noto silvador, cuando á deshora  
de la espumosa Sirte se desata.  
¡Oh Dorila! ¡oh beldad! ¡oh tierno padre!  
¡oh nombre de dolor, que en otro tiempo  
tu corazon, mi Silvio, enagenaba  
en gozo celestial! Del seno herido  
¿quién te podrá arrancar la aguda flecha?

Quando del Bétis á la amena orilla  
veniste á ser de la injuriada Témis

severo vengador, con triste acento  
 te anunció lucha eterna contra el crimen  
 la voz de la amistad. El brazo armado  
 cantó del malhechor, la espada impía  
 contra el amigo pecho enarbolada,  
 y la calumnia atroz, que sobre el justo  
 tiende de la maldad el negro velo.

Mas ¡ ay ! que no anunció tan cruda pena  
 su profética voz. La parca esquiva  
 tu placer acechaba desde el Bétis.

¿ Cómo desapareciste, lumbre clara,  
 de los paternos ojos, con tu ausencia  
 á lágrimas sin fin ya condenados ?

¿ Qué nubes te eclipsaron, tierna aurora,  
 en tu primer albor ? Brillaste pura,  
 como el astro sereno de la tarde  
 se mece entre los plácidos reflejos  
 del sol occidental. ¡ Ay ! luce apenas,  
 y á las mansiones lóbregas de ocaso  
 baja en curso veloz. ¡ Súbita huiste,  
 y en la noche del túmulo te ocultas !

No hay mas amor, ó Silvio. Aquí encerrados  
 yacen los tuyos so la losa fria,  
 y eternos yacerán.... Gemidos, lloro ;  
 lloro desolador.... ¡ hé aqui tu suerte !  
 No halagará ya el aura del consuelo  
 tu frente dolorida : no en tus labios  
 hallará la amistad blanda sonrisa.  
 Porque « ¿ dó está ? mi bien, mi dulce encanto  
 ¿ dó está, dó huyó ? » al acento lastimero

las hórridas mansiones de la muerte  
 «¿dó está, dó huyó?» te vuelven despiadadas.

¿Dó está? Mortal, si á la morada oscura  
 te conduce el pesar, donde dominan  
 los lúgubres horrores, y la parca  
 alza sobre cadáveres su trono,  
 y descende, el llanto calma, y oye atento  
 la enseñadora voz de los sepulcros.

Descendamos, mi Silvio, y los sollozos  
 oprime, que no es dado á humano afecto  
 su centro penetrar. Pavor sombrío  
 mi cabellera eriza. Destemplada  
 de mi trémula mano cae la lira.

¡Region de soledad! A tus umbrales  
 muere el dolor y el gozo; y en tu seno  
 la inmóvil eternidad augusta manda.

Contempla, Silvio, esos despojos frios,  
 reliquias de tu bien, y busca en ellos,  
 si puedes ¡ay! el rostro de belleza

que al tuyo sonrió. ¿Dó están los brazos  
 que en rededor el cuello te halagaban  
 con ternura infantil? ¿Dó fue el asiento

de aquellos dulces ojos, que al mirarte  
 cual claros astros del amor brillaban?

Murieron y no son. ¿Y qué, los cubre  
 noche eterna en su velo tenebroso,  
 ó al seno revolaron de la nada?

Mi Silvio, ¿oyes la voz, voz de consuelo,  
 voz de gozo, que nace cual la aúrora  
 de entre las nieblas de la noche oscura?

«Mansion de eterna vida mora el justo  
que muere en el Señor.» Vive, mi amigo;  
y vive para tí. Será que un día  
restituya el sepulcro devorante  
los despojos del mundo: y animado  
ese aterido polvo, en lazo eterno  
al celestial espíritu se anude.

Y tú padre serás. Esta esperanza  
repose entre las penas de tu pecho,  
como entre espinas la purpúrea rosa.  
Salve, santa esperanza: tú en los brazos  
del divinal amor serás cumplida,  
cuando el padre, el amigo, el tierno esposo  
las dulces prendas, que perdió, recobre  
á nunca mas perderlas. Sí, mi Silvio:  
el augusto silencio de la tumba  
«vida sin fin al virtuoso» clama.

¿Qué es el placer humano? La aura leve,  
cuando derrama en las nacientes flores  
la lluvia matinal, no mas ligera  
vuela fugaz sobre el sediento prado.

¿Qué es la edad? ¿qué es la vida? Cual arroyo,  
que por los verdes campos serpentea,  
complacido en regarlos, va á perderse,  
á pesar suyo, en el remoto golfo;  
así el tiempo arrebatá en su carrera  
al hombre y sus afectos, y en su seno  
la eternidad terrible los abisma.  
¡Desgraciado el mortal, que su ventura  
al cáduco deleite necio fie!

Santa virtud, que vivirás eterna  
 despues que todo muera, tú eres sola  
 el bien de los mortales: tu hermosura  
 no deslustran las nieblas de la muerte.  
 Ella, mi Silvio, á la mansion de dicha  
 condujo tu Dorila. ¡Venturosa,  
 que el hermoso candor de la edad tierna  
 llevó consigo al plácido sepulcro!  
 ¿Y nosotros lloramos? Blandas flores,  
 no funesto ciprés ni mustio helechio  
 debemos derramar, mi dulce amigo,  
 en la tumba feliz de la inocencia.  
 Aquí su pura y amorosa sombra  
 sentiremos vagar. La pena aguda  
 alanzarás del dolorido pecho:  
 y ya tranquilo esperarás el día  
 que vuelas en las alas de la muerte  
 al dulce bien, que te robó sañuda.

### XIII.

#### LA PROVIDENCIA.

De la miseria en el profundo seno  
 el infeliz decia:  
 «no hay Dios: en vano su esplendor sereno  
 el padre de la luz al orbe envía.

«En vano sometida á ley constante  
 gira la inmensa esfera,  
 y en curso igual el Orion radiante

sobre el mar del ocaso reverbera.

«¿Qué es el lazo eternal, con que natura  
los seres encadena,

si un Dios injusto su mejor hechura  
á delinquir y á padecer condena?

«Yo ví, yo ví á las nubes sublimado  
y triunfante al impío:

y de placer y gloria circundado  
por la tierra extender su señorío.

«Y mientras goza, el inocente gime  
en la prision oscura;

y al son de la cadena que le oprime  
llora infeliz su indigna desventura.

«El pan de la afliccion es su alimento,  
y el lloro su bebida;

y ansiando por el último momento  
arrastra el peso de su amarga vida.

«No hay Dios donde hay maldad: la espada impía  
es el Dios del humano:

su trono, la sañuda tiranía,  
y la triste virtud un nombre vano.”

Dijo: y del cielo al muro diamantino  
lanza gemido ardiente;

y el poder blasfemando del destino,  
cubre entre el polvo vil la faz doliente.

Mas la verdad sus rayos brilladores  
desde el empíreo envía;

y el velo disipó de los errores,  
que la ofuscada mente oscurecía.

Vió entonces derrocarse en el Averno

el solio del malvado:  
y eterna maldicion y llanto eterno  
exhalar de su pecho atormentado.

Y al justo en las mansiones de la vida  
unido al Dios, que implora,  
bendecir la inocencia perseguida  
de las pruebas del hado triunfadora.

Mortal, necio mortal, que un solo instante  
para morir animas,  
¿presumes tú dar leyes al tonante  
que hace temblar las celestiales cimas?

Deja que á la virtud hermosa y pura  
la adversidad persiga,  
y que al malvado la fortuna impura  
de rosa y de laurel corone amiga.

Deja al desorden que domine el mundo:  
vendrá el terrible dia,  
que arranque á la maldad el cetro inmundo  
y grite el cielo: «la venganza es mia.»

El alma es inmortal: puede una hora  
labrar tu eterna suerte:  
ejerce la virtud... á Dios adora...  
y lo demas te enseñará la muerte.

## XIV.

## \* A LA RESURRECCION DEL SALVADOR.

## EL CANTO DE LA ESPOSA.

Vírgenes de Judea,  
 el tierno canto oíd. Hierne la esposa  
 el arpa deliciosa,  
 que á su pastor recrea,  
 y canta sus loores  
 entrando en la mansion de los amores.

«Bálsamo derramado  
 es tu nombre suave. La pastora  
 deja al rayar la aurora  
 pacer libre el ganado;  
 al dulce olor anhela,  
 y en pos de tí por la pradera vuela.

Y ya de los pastores  
 no cuida ni el placer ni los pesares;  
 ni atiende sus cantares,  
 ni escucha sus amores;  
 y solicita ansiosa  
 el bosque de la mirra deleitosa.

¡Ay! yo busco, bien mio,  
 los campos de azucenas florecientes,  
 y las vivas corrientes,  
 que no seca el estío;

la esmaltada ribera  
y los prados de eterna primavera.

Y ¿quién podrá arrancarme  
la guirnalda feliz que me has ceñido?

Ni ¿quién podrá al egido,  
que moras tú, robarme?

Ay! tú mi pecho heriste:  
de entonces solo tú mi gloria fuiste.

Solo tú, dulce amado;  
y ni el blando cantar, ni el bosque umbroso  
te borrarán, ó Esposo,  
del pecho enamorado;  
ni la abundante choza,  
ni del soberbio la veloz carroza.

Sí; yo te ví pendiente (1)  
del duro leño, y enlutado el cielo  
cubrió de negro velo  
su faz resplandeciente:  
los rios se turbaron,  
y los eternos montes vacilaron.

Y en la mansion oscura  
de silencio y de muerte pavorosa,  
bajo la dura losa  
se eclipsó tu hermosura;

(1) Los corifeos del oscurantismo, para incomodar al autor, pretendieron persuadir al Rey, cuando por primera vez se publicó esta composición en un periódico de esta capital el año de 1825, que toda ella, y muy particularmente esta estrofa, hacía alusión á la muerte de Riego.

cual entre el yelo frio  
sepulta al lirio el aquilon impío.

Mas ya dejas triunfante  
las sombras del sepulcro y de la muerte:  
ciñe, ó tú, ciñe, ó fuerte,  
la espada fulminante:  
vence, tuyo es el mundo;  
las legiones domaste del profundo.

Es tu rostro amoroso  
mas que el sol del cenit puro y luciente:  
ciñe la bella frente  
de triunfo, ó dulce Esposo;  
al trono de la vida  
sube á gozar la gloria merecida.

Y las tiernas esposas  
que en santo amor encadenadas tienes,  
coronarán tus sienes  
de inmarcesibles rosas;  
y entre las blandas flores  
tu beldad cantarán y sus amores."

Dijo, y al suave canto  
enamorado sonrió el Esposo:  
y á su vergel hermoso,  
del cielo dulce encanto,  
benigno la convida  
y la da en su regazo eterna vida.

## XV.

\* IMITACION DEL SALMO *Beatus vir qui non abiit  
in concilio impiorum.*

Dichoso el que motines  
huyó de gente impía,  
ni entró en la senda umbría,  
que trilla el pecador:  
Ni estuvo en los jardines  
dó el vil placer reposa,  
escuela contagiosa  
del vicio y del error.

Mas siempre meditando  
de Dios la ley sagrada,  
el alba sonrosada,  
el Vésper lo hallará.  
La adora humilde, cuando  
el sol en rayos crece:  
la cumple, si fallece  
su luz, vencida ya.

Cual árbol floreciente  
será, que en los cristales  
se vé de los raudales,  
que bañan su raiz:  
el fruto refulgente  
á tiempo dá seguro:  
ni ofende invierno duro

su copa y su matiz.

No así será el impío,  
no así: cuando hace guerra  
el noto de la sierra  
al rápido aquilon:  
las pajas, que su brío  
al suelo ha arrebatado,  
del triunfo del malvado  
imágen viva son.

Vendrá el día, que quieran,  
de horror y susto llenos,  
unirse con los buenos  
los hijos de Betel.  
Mas ¡ay! en vano esperan:  
su senda vá á la muerte;  
y el Dios terrible y fuerte  
conoce á su Israel.

## XVI.

\* IMITACION DEL SALMO *Domini est terra.*

*¿Quién es de la gloria  
monarca y Señor?  
El Dios de virtudes:  
cantad su loor.*

Dominio es la tierra  
del Dios soberano:  
fundóla su mano

sobre ondas del mar.  
 Y el orbe que encierra  
 naciones sin cuento,  
 su rayo violento  
 aprende á temblar.

*¿Quién es de la gloria, etc.*

¿Quién sube á la cumbre  
 do reina el potente?  
 Quien puro y clemente  
 su pecho guardó.  
 Ni apaga la lumbre,  
 que al alma asegura,  
 ni mano perjura  
 con sangre tiñó.

*¿Quién es de la gloria, etc.*

Salud y clemencia  
 recibe felice:  
 su prole bendice  
 el Dios de Raquel.  
 Le dá la inocencia  
 y el gozo colmado,  
 y el pueblo ensalzado  
 suspira por él.

*¿Quién es de la gloria, etc.*

Alzad vuestras puertas,  
 Ilustres del cielo:  
 descorre tu velo,  
 mansion eternal.  
 Y en ellas abiertas  
 cantad la victoria

al rey de la gloria  
triunfante del mal.

*¿Quién es de la gloria, etc.*

Con brazo extendido  
triunfaste, Dios fuerte,  
del Orco y la muerte  
en áspera lid.

El sólio debido  
te espera, ó glorioso.

Al rey poderoso  
las puertas abrid.

*¿Quién es de la gloria, etc.*

## XVII.

\* IMITACION DEL CANTICO DE EZEQUIAS.

Yo dije: «mi vida  
llegó á su mitad,  
y abierto el sepulcro  
la vá á devorar.»

Los últimos años  
perdidos son ya:  
en vano los busco,  
que no llegarán.

Y dije: «mis ojos  
no vuelvo ya á alzar  
en tierra de vivos  
al Dios de Isaac.»

Perdí el dulce suelo,

mansion de solaz :  
 perdí de los hombres :  
 la grata amistad.

Cual tienda que arranca  
 pastor montaraz  
 y envuelve sus lienzos  
 al rudo estadal :

Así quedó el seno  
 en triste horfandad ;  
 que de él á mis hijos  
 robado me han.

Sañuda tijera  
 el hilo vital  
 cortó, cuando apenas  
 ocupa el telar.

De un sol á mi vida  
 la lumbre darás.  
 Aguardo otra aurora  
 y vuelvo á penar.

Cual leon mis huesos  
 rompiendo ya estás :  
 de un sol á mi vida  
 la lumbre darás.

Yo clamo cual suele  
 implume piar  
 sin madre en el nido  
 la alondra vivaz.

Cual triste paloma  
 medito en mi afan.  
 Señor : yo fallezco :

tu auxilio me dá.

Mas ¡ ay! clamo en vano:

¿ qué puedo esperar?

el brazo que hiere

¿ sanarme querrá?

El alma inundada

de pena mortal,

mis años perdidos

recuerdo en tu faz.

Señor, si es tan leve

la vida que das,

destrúyeme y vuelve

tu hechura á animar.

Gocé del deleite

la infiel vanidad:

é interna amargura

turbaba mi paz.

Mas tú, cual las nubes

el Bóreas polar,

disipas mis culpas

y alivias mi mal.

Que no el que descende

al lago voraz,

ni muerte ni abismo

tu gloria dirán.

Te alaban los vivos:

y el viejo en su hogar

anuncia á sus nietos

tu excelsa bondad.

Libértame, ó padre:

y haré resonar  
con salmos eternos  
tu santa heredad.

## XVIII.

\* *A mi amigo D. José de Musso y Valiente, habiéndome regalado una copia del niño Dios durmiendo, del cuadro de Rafael, litografiada por su hija Doña María de la Encarnación Musso y Valiente.*

Yace vestido del humano velo  
El Dios de los amores poderoso,  
Y oculta en blando sueño y misterioso  
La magestad que adora el alto cielo.

De inocente candor dulce modelo  
Eres, ó tierno niño y amoroso:  
Y al culpado, que el mar tempestuoso  
Surcó de las pasiones, das consuelo.

La mano de una angélica hermosura  
Copia la sacra imágen, trasladada  
Del gran Genio que el Tíber reverencia.

Y en la copia escribió la amistad pura:  
"Alivio á la vejez desengañada,  
Dado por la beldad y la inocencia."

## LIRICAS PROFANAS.

## I.

A LA RESTAURACION DE BUENOS-AIRES EN 1806.

¿Quién roba de mi cítara suave  
 las rosas, que algun día  
 Vénus, Cupido y Febo le ciñeran?  
 ¿Cuál númen soberano me presenta  
 el lauro refulgente,  
 en vez del mirto que adornó mi frente?

Dulce cantar, del corazón delicia,  
 himnos, que dí engañado  
 un tiempo á la beldad perecedera,  
 huid con su ilusion: que ya sublime  
 con generoso anhelo  
 al árduo templo de la gloria vuelo.

¿Qué nuevo grito de victoria escucho  
 girar por su alta cumbre?

¿Es el scita feroz, de quien el trace  
 ya acobardado y fugitivo tiembla?

Es el galo animoso,  
 del Vístula y del Albis victorioso?

Mas; ; oh! que desde el margen apartado  
 del Paraguay inmenso  
 vuela sobre los golfos de occidente:  
*victoria, clama, á la indomable España;*

y el eco repetido  
la playa aterra de Albion vencido.

¿Dó está la fuerza y el orgullo osado,  
que el piélagos espumoso  
abrumó con mil naves? Si soberbio  
al dilatado mar impone leyes,  
ya entre sus turbias olas  
huye de las banderas españolas.

Tú en tus murallas dominar los viste,  
metrópoli opulenta,  
reina del Paraguay; cual pronto brilla  
relámpago veloz, y luce apenas,  
cuando á la parda nube  
á sepultarse entre sus sombras sube.

De la traicion, no del valor vencida,  
su yugo padeciste:  
allí cantaron himnos de victoria  
los fieros de Albion: de tus tesoros  
su codicia saciaron,  
y el cetro de la América empuñaron.

Empero ¿cuál cohorte valerosa  
á tus muros se acerca?  
Llega, combate, aterra: el orgulloso,  
que nuevos triunfos de ambicion soñaba,  
humilde gime ahora,  
y la piedad del vencedor implora.

Ilustres vencedores, ya respira  
la América angustiada:  
ya el tirano del húmido tridente  
huye al seno del mar; y un solo día,

una sola victoria

os sublima al alcázar de la gloria.

Mas ay! velad: no el sueño del descanso

funesto os sorprenda

á la sombra falaz de los laureles.

¿No veis cruzar por el cerúleo estrecho

las naves empinadas,

de muerte y de furios recargadas?

¡Ay! que ya de guerreros nuevo enjambre

en ira y rabia ardiendo,

la tierra infesta apenas libertada.

¿No ois tronar el bronce, hervir el golfo?

¿No veis al golpe duro

cuál se desploma el tresdoblado muro?

Ya la mal defensible fortaleza

cayó que os guarecía,

tristes pueblos: doblad, doblad la frente

al fiero vencedor. El yugo impío,

que os imponga orgulloso,

haga la sumision menos gravoso.

Sí: que ya marcha en escuadron cerrado

de innumerable gente

no á lidiar, á rendir: viene en su furia

imágenes sombrías meditando

de robo y de matanza,

á saciar su rencor en la venganza.

Volvieron, sí: más en la lucha fiera

otra vez encontraron

hijos de España. El rayo de Mavorte

brilla en sus diestras: las guerreras frentes,

coronadas de gloria,  
 ciñe el sacro laurel de la victoria.

El pueblo, sus hogares defendiendo,  
 al soldado se iguala,  
 y el soldado á los héroes: trueno ardiente  
 el cañon, y en mil ecos alternado  
 su horrísono estallido,  
 dilata hasta los Andes el sonido.

En sus armas y número confia  
 el escuadron britano,  
 y ardiendo en saña el animoso ibero,  
 en su constancia y su valor. La patria  
 ve expuesta al trance fuerte,  
 y arrostra por su amor la cruda muerte.

¡Cayó el tirano en fin! ¡victoria á España!  
 ¡á los ilustres hijos  
 del Ebro y Tajo ¡mnarcesible gloria!  
 ¿acaso siempre triunfará el impío?

El hispano ardimiento  
 ¿cederá al genio de Albion sangriento?

¡Ah! no: aquellos valientes en un dia  
 las victorias vengaron,  
 que el envidioso mar robó á la España.  
 De Trafalgar los manes insepultos  
 las playas recorrieron,  
 y en la lid sus espadas dirigieron.

¡Pueblo español! tres siglos de infortunio,  
 de esclavitud horrenda,  
 á mancillar tu gloria no han bastado:  
 el valor, la constancia es tu divisa;

y esclavo ó soberano,  
la suerte tuya fijará tu mano.

Las águilas del Tíber, los enjambres  
del Báltico nevoso,  
y el árabe feroz y mil tiranos  
pasaron: mas tú augusto entre ruínas  
de un trono y otro hundido,  
sobrenadas al tiempo y al olvido.

¿Cuál tu suerte será? Si tu cadena  
alguna vez rompieses,  
y esa constancia indómita animase  
la santa libertad, ¡ay! aquel día  
en sempiterno abismo  
se hundirá el insolente despotismo.

Sobrevivió del galo á los furores:  
el taciturno isleño  
al mar lo desterró; viciosa Italia  
sobre el altar que le erigió lo mofa:  
mas su postrer ruina  
al denodado ibero se destina.

## II.

### LA VICTORIA DE BAILEN.

Tronó la alzada cumbre de Pirene,  
y sobre el suelo hispano  
lanzó horrorosa nube de asesinos:  
y las madres de Iberia al triste pecho  
los hijos estrecharon,  
y piedad y venganza reclamaron.

Pasa el dorado Tajo y las vertientes  
 del Mariano monte  
 la caterva sin ley. Nuevas matanzas  
 viene y nuevos destrozos meditando :  
 y en su furor sañoso  
 dijo entonces el bárbaro orgulloso.

«Venid, y en la florida Andalucía  
 de oro y sangre saciemos  
 nuestros sedientos pechos. Sus, varones:  
 ¿no sois los invencibles que llevaron  
 muerte, luto y ruina  
 del Rin á la remota Palestina?

Mirad vuestros laureles. Reteñidos  
 estan de sangre humana,  
 y de inocente lloro salpicados.  
 Teñidlos mas y mas. *Que gima el hombre:*  
 la Bética assolada  
 nuevos triunfos reserva á nuestra espada.

Y ¿qué, la España aclaman y Fernando  
 esa mísera gente?  
 ¿El yugo esquivan que se digna darles  
 el gran Napoleon? ; Necios! perezcan;  
 y allá en la tumba fria  
 los laureles recuerden de Pavía.”

Así dijo aquel fiero, que tendiera  
 sobre el Arno florido  
 los silenciosos velos de la muerte.  
 No olvidarás, Arezo, su barbarie,  
 ni tú, playa tirrena,  
 de cuerpos muertos de tus hijos llena.

Y marcha, y sobre el Bétis centelléa  
 el águila ominosa  
 y en los muros de Córdoba asolada:  
 el campo hermoso, que la estéril nieve  
 burló de enero yerto,  
 el hórrido cañon vuelve en desierto.

Mas ¡oh! ¿cuáles banderas se desplegan  
 contra el águila altiva?

Forjóse el rayo en el ardiente seno  
 de Híspalis la leal: ya despedido,  
 venganza amenazando,  
 los aires que atraviesa va quemando.

¿Huyes, fiero? ¿Ya tiembles? ¿Nuevo enjambre  
 de bárbaros no miras

que *sangre* y *oro* enfurecidos claman?

¿Huyes, y el ancho Bétis interpuesto  
 y la sierra fragosa

aun no aseguran tu crueldad medrosa?

Espanoles, volad. Hijos de Marte,  
 que el Ganges y el ocaso  
 hicisteis resonar con vuestro nombre,  
 volad; arrebatad á esos perjuros  
 sus laureles odiosos,

á la mísera Europa tan costosos.

Castaños inmortal, nombre de triunfo,  
 dulce alumno de Palas,  
 y querido de Marte, á tí encomienda  
 su justa causa España: la victoria:  
 tus estandartes guía,  
 y su temido rayo te confía.

A la gloria conduce y la peléa  
 la juventud ardiente,  
 que el sol occidental benigno mira.  
 Esgrima, esgrima el paternal acero,  
 que de sangre agarena  
 tiñó mil veces la española arena.

Marchas, guerrero; y lentitud prudente  
 los ímpetus enfrena  
 de ese escuadron de héroes: al soberbio,  
 que en su terror afecta despreciarte,  
 tus fuerzas ocultando  
 la inevitable tumba vas labrando.

Así vuela tal vez cándida nube,  
 cuyos bordes colora  
 el sol naciente de risueña grana:  
 cuando la tempestad horrible lleva  
 contra el cielo sereno,  
 y el rayo asolador ruge en su seno.

O cual águila augusta, que divisa  
 la garza descuidada  
 en la otra parte del tendido cielo:  
 sube tranquila á la region suprema,  
 donde el viento enmudece,  
 y en el alto cenit audaz se mece:

Ve y se complace en la segura presa,  
 y mas veloz que el rayo  
 rápida por los aires se desprende:  
 el redoblar de sus batientes alas  
 á lo lejos resuena,  
 y de triste pavor las aves llena.

Así glorioso con torcida marcha ,  
 que el mismo Marte guía ,  
 el enemigo bando acometiste ;  
 y avaro así de la española sangre ,  
 el laurel de tu gloria  
 no manchará los fastos de la historia.

¿Quién sube por el Bétis? ¿Quién terrible  
 el defendido paso  
 rompe ya de Mengíbar? ¿Quién asciende  
 á las alturas de Bailen y al campo ,  
 dó huméa todavía  
 del sarraceno infiel la sangre impía?

Y ¿qué, Dupont, vacilas? La alta sierra  
 te niega sus gargantas ,  
 por sus audaces hijos defendidas.  
 ¡Mísero! ¿Dónde irás? Tienes delante  
 cabe el Bétis undoso  
 al fuerte ibero de tu sangre ansioso.

Huye, infelice, huye: negra noche,  
 escudo de malvados,  
 cubre en tu horror su vergonzosa fuga:  
 mas ¡ay! que en tu camino se interpone  
 nuevo escuadron valiente  
 que *rendirte ó morir* solo consiente.

Truena el cañon: del monte despedido  
 el horrisono estruendo  
 las campiñas del Bétis va llenando;  
 y entre el rumor del parche estrepitoso  
 desolacion y guerra  
 anuncia atroz á la afligida tierra.

Mas ¡oh! cede el impío: la fiereza  
 y el orgullo altanero  
 postra al valor del inmortal Castaños:  
 yace abatida el águila rapante,  
 terror de las naciones,  
 al pie de nuestros fuertes escuadrones.

¡A Castaños victoria y á la patria!

A los hijos valientes  
 del almo Bétis, gloria inmarcescible!

¿De España acaso triunfará el impío?

El ibero ardimiento

¿sabrà humillarse al opresor violento?

¡Ah! No. Allá triunfe sobre el Rin nevado,  
 ó cual tigre rabioso

en las selvas del Wístula domine,

ó al otomano estúpido, que el yugo

trueca ledó y tranquilo,

fácil sojuzgue en el remoto Nilo.

Guerreros valerosos, en un día

vengasteis los baldones,

con que el tirano envileció la España:

del mayo infando las llorosas sombras

en la tumba se alzaron,

y al vengador ilustre saludaron.

No, no es inútil la vertida sangre,

ni el valor desgraciado,

que la fortuna injusta no corona.

La sangre de Leonidas fue á los persas

la señal de ruina,

y los lauros regó de Salamina.

Vive, glorioso vengador: tu nombre  
 tiembla el galo vencido,  
 y venera la Europa belicosa:  
 Vandalia, madre antigua de guerreros,  
 su claro honor te llama,  
 y España libre tu valor aclama.

¡España, España! ¡amada patria mia!  
 patria de los valientes  
 que el largo oprobio de tu faz borrarón!  
 Cuando tu afecto de mi pecho salga,  
 mi cantar abatido  
 sepúltese en el polvo del olvido.

Ni en las umbrosas faldas de Helicóna  
 honor tenga mi lira;  
 y mustio de mi frente envilecida  
 caiga el laurel sagrado de los vates,  
 cuando á tu excelsa gloria  
 el cántico no entone de victoria.

¡O patria! ¡nombre amado, que al oírlo  
 las almas enagena!

¿Quién no se goza en tus gloriosos triunfos?  
 ¿Cuál es el corazón de duro bronce,  
 que tus males no llora,  
 ni al bienhechor que te defiende adora?

¡Hijos de España! ¡pueda el canto mio  
 vuestras heróicas almas  
 enardecer! Al campo de la muerte  
 volad; y los fortísimos aceros,  
 de la patria esperanza,  
 esgrimid por su gloria y su venganza.

## III.

## A LAS RUINAS DE SAGUNTO.

Salve, ó alcázar de Edetania firme,  
ejemplo al mundo de constancia ibera,  
en tus ruinas grandiosa siempre,  
noble Sagunto.

No bastó al hado que triunfante el peno  
sobre tus altos muros tremolase  
la infausta enseña, que tendió en el Tíber  
sombra de muerte.

Cuando el Pirene altivo y las riberas,  
Ródano, tuyas, y el abierto Alpe  
rugir le vieron, de la marcia gente  
rayo temido.

El rauda Trebia, el Trasimeno rojo  
digan y Capua su furor: Aufido  
aun vuelca tintos de latina sangre  
petos y grevas.

Digno castigo del negado auxilio  
al fuerte ibero: que en tu orilla, ó Turia,  
pudo el romano sepultar de Aníbal  
nombre y memoria.

Pasan los siglos, y la edad malvada  
y el fiero tiempo con hambriento hierro  
gasta y la llama de la guerra impía  
muros y tronos.

Mas no la gloria de Sagunto muere:

que sus ruinas del fatal olvido  
yacen seguras, mas que tus soberbias,  
Rómulo, torres.

Genio ignorado su ceniza eterna  
próvido asiste: que infeliz, vencida  
mas gloria alcanza que el sangriento triunfo  
da á su enemigo.

Resiste entera tu furor, ó peno:  
para arruinada tu furor ó galo:  
lucha y sucumbe, de valor constante  
digno modelo.

A la fortuna coronar no plugo  
su santo esfuerzo: mas la antigua injuria  
sangrienta Zama, Berezina helado  
venga la nueva.

#### IV.

EN LOOR DE DRUSO. (*Traducción de Horacio.*)

Como el ave, del rayo devorante  
ministradora fiel, á quien benigno  
el Dios mayor de las olimpicas sedes  
sobre los aires y la grey volante  
le concedió el imperio (premio digno  
al robo del purpúreo Ganimedes),  
jóven ya, mas de empresas ignorante,  
huye el risco natío  
á dó la impele el heredado brio:

Y al ahuyentar las brumas heladoras  
 el vernal viento, que florece el año,  
 del no usado volar la da enseñanza,  
 meciéndola en las alas tembladoras;  
 ora enemiga al tímido rebaño  
 sobre el redil con ímpetu se lanza:  
 ora contra serpientes luchadoras  
 ardiente la espoléa  
 el amor de la presa y la peléa:

O bien cual en los prados florecientes  
 al sabroso pacer la cabra atenta,  
 del pecho de la roja madre mira  
 separado al leon probar sus dientes,  
 oye el rugido, y mísera se cuenta  
 primera presa á su inesperta ira:  
 así, Druso, del Alpe en las vertientes  
 guerrear victorioso  
 te vió el grison y el bávaro selvoso.

El bávaro feroz, la diestra armada,  
 cual amazona, de segur luciente:  
 quien en sus selvas la esgrimió el primero,  
 musa mas docta lo dirá; ni es dado  
 investigarlo todo á humana mente.  
 Vencedor largo tiempo el pueblo fiero  
 las márgenes corrió del Rin nevado:  
 más ya gime vencido  
 á los pies del mancebo esclarecido.

Y prueba cuanto en nobles corazones  
 puede la ilustre condicion, criada  
 bajo faustos auspicios: cuanto inspira

su valor en los jóvenes Nerones  
 de Augusto el alma paternal. Copiada  
 el fuerte su virtud gozoso mira  
 en hijo fuerte. Heredan los bridones  
 y el novillo animoso  
 de sus padres el ímpetu fogoso.

Débil paloma el águila atrevida  
 jamás engendrará: mas la enseñanza  
 los generosos pechos robustece,  
 y la innata virtud, que allí se anida,  
 del futuro valor alta esperanza,  
 brota á su sábia voz. Dó quier fallece  
 la santa norma de inculpable vida,  
 maldad corrompedora  
 las bien nacidas índoles desdora.

Cuanto debes, ó Roma, á los Nerones,  
 diga vencido Asdrúbal y el Metáuro  
 y aquel sereno y delicioso día,  
 gloria de los latinos campeones,  
 que primero brilló con noble lauro,  
 desde que el hijo de Cartago impía  
 voló por los ausonios torreones,  
 cual llama por las teas  
 ó el Euro por las ondas ciclopéas.

Dé entonces prosperaron vencedores  
 los jóvenes romanos, y en las aras,  
 que la impía guerra devastó, se alzaron  
 para siempre los dioses protectores.  
 Clamó Anibal: «¡ó nunca tu lidiaras,  
 peno infeliz, cual ciervos, que insultaron

para su mal los lobos agresores;  
 cuando triunfo sería  
 evitar con ardides su osadía!

Esa nacion valiente, que agitada  
 desde la teucra playa á la latina,  
 robó á la hoguera de Ilion famosa  
 hijos, padres y dioses, rodeada  
 de muerte y de peligros, cual la encina  
 en la cumbre del Algido sombrosa  
 por tenaces segures desmochada,  
 fuerza y valor adquiere  
 del enemigo acero que la hiere.

No mas feroz contra el cansado Alcides  
 la hidra lerneá recreció cortada,  
 si mayor mónstruo dió la infanda Tebas.  
 Arda, y madre de fuertes adalides  
 nace mas bella. Véncela, y osada  
 aterra al vencedor: con fuerzas nuevas  
 batallará gloriosa nuevas lides,  
 que aplaudan las romanas  
 y lloren las esposas mauritanas.

«No ya, Cartago, de la espada mía  
 nuevos triunfos oirás: pueblo africano,  
 tu esperanza y fortuna ya fenece,  
 y fue el de Asdrúbal tu funereo día.»  
 A un Claudio ¿que hay difícil? del romano  
 Júpiter protector, los favorece;  
 y el consejo y la ingénita osadía  
 sus empresas corona  
 en los sañudos trances de Belona.

## V.

A BACO. (*Traducción de Horacio.*)

Ví á Baco, sí: (generacion futura,  
tú lo crearás) que en ásperas guaridas  
cánticos á las ninfas enseñaba:  
por la densa espesura  
sus orejas erguidas  
el caprípede sátiro mostraba.

¡Evah! aun tiemblo del pavor reciente:  
mas temblando palpita complacido  
mi corazon que el Dios ha subyugado.  
Piedad, Baco potente,  
piedad: ya estoy rendido;  
temible, ó tú, del grave tirso armado.

¡Ah! puedo ya las tiadas salaces  
cantar, del vino la escondida fuente,  
la dulce leche en abundosos rios,  
y las mieles fugaces,  
que el tronco refulgente  
destiló de sus cóncavos vacíos.

Cantaré de tu esposa afortunada  
la corona nupcial, que lucir veo,  
gloria añadida á la mansion divina:  
y á tu voz asolada  
la casa de Pentéo,  
y del tracio Licurgo la ruina.

Tú el golfo, tú las bárbaras riberas  
 domaste: tú beodo en apartadas  
 cumbres de las bistónides sañudas  
 las densas cabelleras,  
 al hombro derramadas,  
 con inocentes víboras anudas.

Tú, cuando por montañas eminentes  
 el bando de terrígenas impío  
 el Olimpo escaló, de garrá armado  
 y de leoninos dientes,  
 en el Cocito umbrío  
 á Reco el fiero derribaste osado.

Aunque no de guerrero esclarecido  
 renombre hubieses, Dios de los placeres,  
 de la festiva danza y los solaces,  
 no en combates temido:  
 mas tú, glorioso, eres  
 árbitro de la guerra y de las paces.

De áurea punta la frente coronando  
 te vió el Cerbero en la tartárea roca:  
 muere el ladrido en su feroz garganta,  
 y manso coleando  
 con la trilingüe boca  
 halagó al irte tu divina planta.

## VI.

VIAGE DE VIRGILIO. (*Traducción de Horacio.*)

Asi la amable diosa,  
 que reina en Chipre: así su luz serena  
 te den, nave preciosa,  
 los dos hermanos de la bella Helena;  
 y desatando el aura deliciosa,  
 el padre de los vientos soberano  
 enfrene á los demas el vuelo insano:  
 ¡Ay! mi Virgilio, prenda á tí cedida,  
 y que debes volver, entrega sano  
 á la cecropia arena,  
 y en él la mitad guarda de mi vida.

De diamante formado  
 el pecho tuvo y de robusto acero  
 quien al piélagó airado  
 un leño frágil entregó primero.  
 Ni temió el Austro altivo desatado  
 contra el fiero Aquilon, ni las lluviosas  
 Hiadas, ni las furias procelosas  
 del Noto que en el Adria siempre manda;  
 bien encrespe sus olas espumosas,  
 ó bien manso y ligero  
 restituya á la mar su quietud blanda.

Al mortal atrevido  
 ¿qué riesgo espantará, cuando sereno  
 vió el golfo embrayecido

de escollos y nadantes fieras lleno?  
 En vano Jove el mundo dividido  
 ciñó con oceano dilatado,  
 que apartase los hombres, y alterado  
 enfrenase su intrépida osadía,  
 si á su pesar del piélagó negado  
 el mas remoto seno  
 atraviesa veloz la nave impía.

De sosiego impaciente  
 y ansiosa de su mal, feroz y osada  
 la sacrílega gente  
 se precipita á la maldad vedada.  
 El hijo de Japeto el rayo ardiente  
 robó del sol: su fraude pernicioso  
 siguió de males escuadron sañoso,  
 que la tierra oprimió con rabia fiera,  
 y la muerte, que en paso perezoso  
 la ley nunca evitada  
 cumplió primero, abrevia la carrera.

Surcó Dédalo el viento  
 con alas al mortal no concedidas:  
 el Orco macilento,  
 mansiones por las furias defendidas,  
 Hércules penetró con firme aliento:  
 nada es difícil al orgullo humano:  
 ya desde el Osa con furor insano  
 al mismo cielo se atrevió primero:  
 ni permite que Jove soberano  
 las iras merecidas  
 deponga, ni su rayo justiciero.

## VII.

A LA LIRA. (*Traducción de Horacio.*)

Si alguna vez de afanes olvidado,  
 las selvas, ó mi lira encantadora,  
 alagué dulce con tu voz sonora  
 al importuno vulgo retirado,  
 yo te ruego que ahora  
 versos entones, que á la edad presente  
 vivan, y aplauda la futura gente.

O tú, del alto cielo concedida  
 por vez primera al lesbio ciudadano;  
 y bien entre el furor de Marte insano  
 la hostil falange en vergonzosa huida  
 sintió su fuerte mano,  
 ó bien libre del piélagos sañoso,  
 logró cansado el puerto venturoso:

Siempre en himnos gozosos ensalzaba  
 á Baco y á las musas y á Cupido,  
 y á Venus cuyo nombre repetido  
 con el del niño ciego celebraba;  
 y á su jóven querido,  
 hermoso por lo negro del cabello,  
 y por sus negros ojos dulce y bello.

Salve, alegre consuelo de mis males,  
 del abatido corazón reposo,  
 de Febo honor, de Jove poderoso

hechizo en los banquetes celestiales :  
 salve : mi labio ansioso  
 con solemne oracion dó quier te invoca,  
 y pide el fuego que á cantar provoca.

## VIII.

A LAS MUSAS.

Doctas Pimpléas, que las verdes faldas  
 morais alegres del feliz Parnaso,  
 donde Castalia su inspirante onda  
 vierte suave :

Sed á mi canto fáciles, el día,  
 que vuestros dones celebrando grato,  
 del padre Bétis el laurel frondoso  
 ciño á mi lira.

¿Y cuál primera mi atrevido acento  
 dirá á Vandalia, de canoros cisnes  
 madre fecunda, del divino Herrera  
 madre gloriosa?

Tú, Melpomene, del puñal infausto  
 la diestra armada, que al feroz guerrero  
 luciente aterra cuando cae del hado  
 víctima triste.

O bien, Urania, de tu voz celeste  
 arrebatado, la mansion etérea  
 diré de Jove, y el poder que temen  
 hombres y dioses.

Que si fulmina su indignada diestra ,  
sobre los polos del excelso Olimpo  
tiembla el palacio , la cabaña humilde  
tiembla de Baucis.

Ya de Polimnia los festivos coros  
seguiré alegre: cantaré las selvas  
tuyas , ó Euterpe : ó la que al vicio azota  
musa maligna.

Tú, dulce Erato , de mi amante pecho  
nunca olvidada: que si bien los años  
con triste hielo mi rugosa frente  
ciñen y enfrían;

En otro tiempo me cediste el harpa ,  
donde resuenan los amores tiernos :  
y el blando canto las hermosas ninfas  
gratas oyeron.

Debí á tus dones en mi edad florida  
dulces contentos que volaron leves ;  
mas su memoria de agradable pena  
baña mi seno.

Tú, musa augusta , que con santo plectro  
muestras al hombre la virtud hermosa ,  
á tí mi lira , mi postrer aliento  
rindo y dedico.

Por tí los muros de la antigua Tébas  
levantó osada la anfionia lira :  
por tí siguieron al ismario Orfeo  
montes y fieras.

Por tí Delille , armonioso y blando ,  
gloria es del Sena. Pope , mas severo ,

por tí en la cumbre de Helicon sagrada  
goza renombre.

Tú, dulce Clio, mi ferviente ruego  
oye benigna : desusado canto  
y audaz emprendo , que del sacro Bétis  
pare las ondas.

## IX.

A LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE CADIZ.

Del almo Pindo la mansion gozaba  
el coro virginal, amor de Apolo ,  
en no turbada paz ; sus dulces selvas  
con primavera eterna florecian.  
Titan subiendo del rosado oriente  
á dispensar su luz al universo ,  
con mas sereno ardor , mas pura lumbre  
bordó su cima , y á las caras hijas  
mas halagüeño coloró el semblante.

Alli en augusta tropa los sombríos  
bosques y las lauríferas orillas  
los coronados vates paseaban.  
Bajo frondosa vid , la cana frente  
de pámpano ceñida , los amores  
entonaba y de Baco el don suave  
el tierno Anacreon : en torno ledas  
le escuchaban las gracias bulliciosas.  
Aquí el tebano Píndaro rodéa  
del sacro lauro las dichosas sienes

al vencedor olímpico : sañuda  
de Homero mas allá suena la trompa  
y el fiero Marte canta y los combates.

Mas súbito de nieblas coronado  
tronó el septentrion : el ronco estruendo  
oyó el mar de la Sirte , y « guerra y muerte »  
clamó el godo feroz , clamó el lombardo.  
Roma tiembla : las madres pavorosas  
al seno estrechan la inocente prole.  
Densa nube de bárbaros se arroja  
de las playas del Báltico nevado  
sobre dos Hesperias. Grecia gime ,  
nada en sangre , sepúltase en ruinas  
el esplendor de sus divinas artes.  
Tímido el coro de las dulces musas  
al padre Apolo los llorosos ojos  
vuelve pidiendo en su afliccion consuelo.  
De las trémulas manos cae la lira  
al lesbio y al latino. Anacreonte  
huye dejando sobre el yermo suelo  
la pampínea guirnalda. Sus gemidos  
oprime el son de la homicida trompa.  
Febo entonces el velo tenebroso  
rompió á la edad futura , y á sus hijas  
reveló asi su gloria venidera.  
« Si el puñal del odioso fanatismo  
y la segur de la cruel barbarie  
hoy dominan el mundo , será un tiempo  
que estienda la razon su cetro de oro ,  
y vuestro sólio , que llorais sumido

en la densa tiniebla, al triste caos  
 de la edad de furor sobrenadando,  
 se asentará sobre la culta Europa.  
 ¡Oh! ¡cuántas aras erigirse veo  
 á vuestro augusto nombre! Sobre el Tíber,  
 sobre el mudable Sena ya se canta  
 el triunfo del saber. Ya la poesía  
 las márgenes del Wístula embellece,  
 y la lira de Safo y la de Alcéo  
 resuena en la nevosa Petersburgo.  
 La vista empero á la mansion de Alcides  
 consoladas volved; que á vuestra gloria  
 la juventud de Cádiz se consagra.  
 ¡Amable juventud! la voz del genio  
 y el fuego activo de mi santa lira,  
 templada en el Olimpo, sus centellas  
 derramará en tu seno: y por las playas  
 dó se dilata el oceano inmenso  
 y por dó Bétis rinde su tributo  
 al piélagos apacible de occidente,  
 llevará el eco los sublimes cantos  
 que oyó Grecia: y al Tíber y al Iliso  
 no envidiarán las ondas eritréas.  
 Allí cuando en los reinos de Anfitrite  
 el carro ardiente bañe, luz templada,  
 de blando verso y de saber fecunda,  
 les enviaré de mi encendida frente.  
 Al templo de la gloria, dulces hijos,  
 audaces caminad: el santo lauro  
 y las rosas de Venus os esperan.

Vosotras en la orilla del Permésio  
preparadles guirnaldas ; y sus nombres  
grabad en los alisos de Heliconá."

Dijo : y las musas sus divinos ojos  
al mar de Alcides plácidas volvieron,  
y á los caros alumnos sonrieron.

## X.

EN LOOR DE DON JUAN MELENDEZ VALDES, RESTAURADOR DE LA POESIA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII.

Cual la selvosa cumbre de Apenino  
de brumas cuaja el erizado invierno  
las campiñas de Italia amedrentando :  
sus sendas pisa mústio el peregrino,  
viendo el arbusto tierno  
y el haya y olmo añoso  
con la acopada nieve blanqueando :  
y en el otero herboso ,  
que el sol de abril bañó de lumbre pura ,  
triste el pastor y muerta la natura :

O cual la dulce llama de la aurora,  
cuando despunta en el rosado oriente,  
de las australes sirtes abortada  
horrible tempestad cubre á deshora :  
brama el cierzo inclemente :  
de la encendida nube  
rápido vuela el rayo ; y desatada  
del mar bravoso sube

enlutando los orbes noche umbría,  
que á los mortales ojos roba el día:

Así envolvió caliginosa niebla  
la primer gloria del Parnaso ibero:  
tendió el error su cetro despiadado:  
y la densa y mortífera tiniebla  
oprime en sueño fiero  
el genio independiente.  
Desde Pirene al Bétis, desmayado  
muere su fuego ardiente;  
y dó sonaran cánticos suaves,  
solo se escuchan graznadoras aves.

Yace entre el polvo vil despedazada  
la cítara sublime, donde Herrera  
de Austria cantó las armas victoriosas:  
la lira de Villegas delicada,  
y la que mas severa  
ensalzara hasta el cielo  
á Argensola y Rioja, de viciosas  
malezas cubre el suelo;  
dó el estrago y tus hierros contemplando,  
sombra del gran Leon, vagas llorando.

Febo empero al lamento doloroso  
de las fugaces musas compasivo,  
vuela en su carro al último occidente,  
Airado mira al escuadron sañoso  
hollar lauro y olivo  
y el harpa y laud sonoro  
que fue su gloria. El arco omnipotente  
vibra la flecha de oro:

«¿Y qué, dice, será que el monstruo impío  
domine el fértil clima que fue mio?

«¿Por qué donde sonaron mis loores  
mas dulces que en la cumbre del Parnaso,  
sus pabellones la barbarie ondéa?

¿Por qué los campos que sembró de amores  
la voz de Garcilaso,  
triste silencio oprime?

Natura, oye mi voz. El genio sea  
que su gracia sublime

restituya á la musa castellana:

nazca ya el padre de la lira hispana.”

Dijo, y Melendez fue. La tierna mente  
el mismo Apolo informa, y de las ciencias  
los arcanos recónditos le inspira.

En sus labios destila miel luciente  
perfumada de esencias.

La delicia del mundo,

dulce amor en su seno ya suspira:

y del carcax fecundo

le da la flecha, que atrevida y blanda

las almas postra y los sentidos manda.

Cual del nevado seno de la aurora

animoso se lanza el sol ardiente

á la roja mansion del mediodia;

alegres ven la tierra y mar sonora

la vida y luz presente:

la natura adormida

despierta en brazos del hermoso dia:

y de su rayo herida

la noche con su escuadra rutilante  
se sumerge en los piélagos de Atlante :

Así el jóven gallardo en el regazo  
de las sensibles musas resplandece ;  
sus primeros acentos destruyeron  
de la antigua barbarie el ciego lazo.

Pulsa la lira , y crece  
desusada alegría.

Canta : los fieros monstruos ya cayeron :  
y al son de su armonía  
retoña el lauro , cuya sombra amada  
cubrió del *docto* ibero la morada.

El plectro de oro la sublime Clío  
aplica en tanto á la divina lira :  
su giro enfrena el espacioso cielo :  
el agua pende en el callado río.

Del mar la herbiente ira  
el austro regalado  
templa á deshora ; y al hispano suelo ,  
dó el eco alborozado

la dulce voz mil veces reverbera ,  
anuncia así su gloria venidera :

«Teged , ninfas de Iberia , la guirnalda  
de verde mirto y encendida rosa  
al genio celestial , que os amanece.

Cogedlas en la plácida esmeralda ,  
que el márgen deliciosa  
del sacro Tormes llena :  
allí el Zurguen , dó Filis resplandece ,  
y la floresta amena ,

y las gracias del céfiro inconstante,  
y canta amores tiernos tierno amante.

«O bien de fresco pámpano ceñidle  
la pura frente y lira, enagenado  
del néctar, que en los vasos centelléa.  
En las Castalias ondas desleidle  
el vino maspreciado,  
cuando á gozar provoca  
las ninfas y pastores del Otéa:  
que en su risueña boca  
dulce beso imprimió Baco y Citéres,  
y es padre de las danzas y placeres.

«Mas cuando ya los años juveniles  
caigan como la flor de primavera  
ante la edad madura deshojados,  
no la sañuda cólera de Aquiles  
dirás, ni el asta fiera  
de Marte armipotente:  
que Venus á tus labios delicados  
solo entonar consiente  
del amador los plácidos solaces,  
las breves guerras y las blandas paces.

«O ya si mi deidad á tí descende,  
*de pompa, magestad y gloria llena,*  
y en soberano ardor tu pecho tierno  
mas animosa y atrevida enciende,  
la magnífica escena  
de las artes hermosas  
y el triunfo cantarás, ó en el Averno  
las huestes orgullosas

aprimionadas que al querub siguieran  
y al trono inaccesible se atrevieran.

«Mas ¿quién podrá á los campos y á las flores  
robarte? A tí te ofrece la natura  
de su beldad la pompa variada.

Tú festivo entre risas y entre amores,  
ya de la rosa pura,  
ya del clavel triunfante

celebrarás la gracia delicada;  
ó al hondo mar de Atlante

lanzarse Apolo entre carmin y grana,  
cediendo el cielo á la argentada hermana.

«O bien la dulce y pastoril avena

robando al tierno Gesner, enlazado

dirás á amor con la virtud sencilla,

la piedad filial, y de la amena

campiña el don preciado,

y la linda pastora,

que entre el pudor y la inocencia brilla

mas pura que la aurora,

y cándida beldad y fe constante

ofrece en premio al venturoso amante.

«Mas ya vuela el otoño de la vida

sobre tu edad; y entonces mas suave,

mas apacible sonará tu canto.

Entonces de tu cítara subida

cada suspiro grave

un himno á la natura,

y al hacedor de la natura santo

será y á la ternura;

dando con tus acentos celestiales  
lecciones de virtud á los mortales.

«Aunque ¡ó mengua! ¡ó baldon! del patrio suelo,  
que con tu dulce voz ennobleciste,  
lamentas alejado la ira impía,  
y los gemidos de tu amargo duelo  
Garona escucha triste.

El Ródano insolente  
suspende, complacido en tu armonía,  
su rápida corriente,  
y se florece al canto desusado  
la eterea cumbre del Pirene helado.

«¡Que furor, ó crueles! la alma lira  
que en sus clemencias os concede Apolo,  
¿así echais á regiones apartadas?  
¿Así el varon ilustre, por quien gira  
mas rico que el Pactolo  
y envidia de naciones  
el breve Tormes? ¿Cuándo renovadas  
oíreis ya las canciones  
que el Céfito á sus vegas repetia?

¿quién el fuego os dará que genios cria?  
«Mas triunfa tú desde el extraño clima,  
viendo los hijos de tu noble aliento.  
El orgulloso Tajo, el Dauro, el Bétis  
tu gloria aclaman ya. Tú el Dios que anima  
el español acento;  
y en cuanto embravecido  
la Iberia ciña el piélago de Tétis,  
serás, libre de olvido,

árbitro de la lira soberano,  
y nuevo Apolo del Parnaso hispano.”

Cantó, y la verde cumbre de Helicona  
al destino aplaudió del genio ibero:  
la alegre frente Anacreon desnuda  
del pámpano, y el vaso y la corona  
le alarga placentero.  
Horacio ve envidioso  
al Píndaro español, y le saluda  
con ceño respetoso:  
y Virgilio, en sus brazos sollozando,  
tierna sublimidad le va inspirando.

## XI.

A LA MUERTE DE DON JUAN MELENDEZ VALDES.

*„Et dulces moriens reminiscitur Argos.”*

VIRGILIO.

No muere el genio, no. Pudo la tumba  
encerrar las cenizas  
del inmortal Batilo; mas el fuego,  
que su divino espíritu animaba,  
sobre los siglos vuela,  
y á la sublime eternidad anhela.

Y vivirá, mientras al mar de ocaso  
los españoles rios  
vuelquen las ondas, que halagó su acento;  
y á la beldad y á su cantor enlacen

refulgente corona  
 las soberanas ninfas de Helicon.

Del amor en el seno y en los brazos (1)  
 de la amistad llorosa  
 ¡ay! exhalaste el último suspiro:  
 la dulce imágen de la patria amada,  
 que ennobleció tu lira,  
 ante tus ojos moribundos gira.

Los cierras á la luz. Con tardas ondas  
 breve raudal mezquino (2),  
 del sacro Tajo y Bétis envidiado,  
 ignora, cuando riega de tu tumba  
 las marchitadas flores,  
 que allí yacen de Iberia los amores.

En tanto mas perene monumento,  
 que los de Roma y Caria,  
 un rey piadoso á tu memoria eleva (3).  
 El bronce muere y se deshace el mármol;  
 mas el canto divino  
 no se rinde al imperio del destino.

Tu sombra agradecida se conmueve,

(1) Su esposa doña María Andréa de Coca y su sobrino don Cristoval Melendez Valdes, fieles compañeros de sus infortunios, fueron su único consuelo en la larga y penosa enfermedad que precedió á su muerte.

(2) El Herault.

(3) La edicion de sus poesías hecha de orden de S. M. en la imprenta real, será en los siglos futuros uno de los primeros títulos de la nacion española á la gloria poética.

y en el sepulcro helado  
 circula un rayo de tu hermoso genio;  
 que por cantar al bienhechor augusto,  
 hoy de la parca fiera  
 la inexorable ley romper quisiera.

Descansa, sombra ilustre: cuantos vates  
 son hijos de tu aliento  
 desde el Ebro á la playa gaditana,  
 cumplirán tu deber; y el sacro nombre  
 del Pindo en los vergeles  
 coronarán las musas de laureles.

Y tú, tierra hospital, que sus cenizas  
 benigna ocultas, salve;  
 eterno y dulce abril de flores ciña  
 y embalsame con aura deliciosa  
 la humilde tumba, donde  
 al Tibulo español la parca esconde.

En ella yace á un lado el plectro de oro  
 que en ternura sublime  
 las sonoras cuerdas encendia,  
 y el pámpano y el mirto citeréo  
 que su lira adornaba,  
 y del vendado dios rota la aljaba.

Salve, bella Occitania: ó tú, querida  
 mansion de las Pierias:  
 su primer llama á trovadores tiernos  
 tú viste difundir, cuando sañuda  
 en fieros torreones  
 la barbarie arbolaba sus pendones.

Desde el Alpe al selvoso Pirinéo

no hay monte , valle ó rio ,  
 que no acuerde la gloria de las musas ;  
 á Florian el dulce y virtuoso  
 el Gard arrebatado  
 oyó de madre selva coronado.

Mas allá la Nereida enternecida  
 aun hoy llora la muerte  
 del malogrado Garcilaso ; el Sorga ,  
 resbalando entre límpidas guijuelas ,  
 cuando halaga las flores ,  
 susurra de Petrarca los amores.

Aquí el márgen del rápido Garona  
 oye los dulces cantos ,  
 que á la sensible Isaura (1) se consagran:  
 allí la ninfa del Adur vencido  
 quiere aplacar con ruegos  
 la inexorable sombra de Cienfuegos (2).

¡ O tierra sacra á Febo ! Ya el destino  
 á tanto nombre ilustre  
 unió el del padre del Parnaso ibero.  
 Salve mil veces ; y en tu gremio gocen  
 amado y quieto asilo  
 los manes del dulcísimo Batilo.

(1) Fundadora de los *juegos florales* de Tolosa.

(2) Yace en Orthez , donde murió año de 1809.

## XII.

## ELOGIO DE FILENO.

Dame, dulce Talía,  
 tu lira ya templada :  
 cíñela de las rosas, que colora  
 con blanda luz el alba nacarada,  
 trayendo en su regazo al nuevo día ;  
 y del ramo, que adora  
 el sacro Apolo en el Anfriso ameno,  
 corona á mi Fileno.

Mientras que yo le canto,  
 triunfando del olvido,  
 del bético Parnaso excelsa gloria ;  
 él acalló el horrísono graznido  
 de infaustos buhos ; y el acerbo llanto,  
 que la antigua victoria  
 causara del error al coro hermoso,  
 él enjugó piadoso.

Que apenas la ribera  
 del Bétis cristalino  
 halagó vencedor su dulce acento,  
 cae desplomado el trono diamantino,  
 que la barbarie pérfida erigiera :  
 y ya repite el viento,  
 vago de flor en flor y de hoja en hoja,  
 los cantos de Rioja.

Salve mil y mil veces,

¡ó tú, del dios de Delo  
 grata delicia, alumno el mas amado,  
 que vió en su selva el heliconio suelo!  
 ¡ó tú, que entre los genios resplandeces  
 del Bétis celebrado,  
 cual sobre el coro de la noche umbrosa  
 brilla la luna hermosa!

Contra el bando enemigo  
 no el vengativo rayo  
 del clario Dios ya implorarás ferviente,  
 ó tú, cisne del Bétis: frio desmayo  
 le oprime, y el silencio es su castigo.  
 Si el márgen floreciente,  
 el mas amado de las musas santas,  
 ajó con viles plantas,

Ora abatido yace:  
 canta el vandallio rio,  
 ó mi Fileno, el triunfo soberano:  
 la bella ninfa de su cauce frio  
 en las dulces canciones se complace,  
 que entregada á tu mano  
 renueva ya en su plácida ribera  
 la cítara de Herrera.

Y la blanda terneza  
 del cantor de Heliadora  
 y el digno acento de sublime lira  
 Febo nos vuelve con tu voz sonora:  
 por la amistad tu pecho y la belleza  
 inocente suspira;  
 y son de la virtud sacros loores

tus cánticos de amores.

Y luego desdeñando  
la trompa horrisonante,  
que la guerrera ninfa te ofrecia,  
pasas de Eden los muros de diamante,  
y de Milton rival cantas llorando  
la mansion de alegría,  
y el harpa de Sion lúgubre y triste  
con sábia mano heriste.

Mas ¡ay! ¿por qué la lira,  
cantor divino, arrojas,  
y de Grocio y de Locke el genio austero  
súbito invocas? ¿Las amables hojas  
desciñes del laurel? ¿Qué Dios te inspira?  
¿Hirióte el dardo fiero  
de ambicion, y á los pueblos y á los reyes  
dictar presumes leyes?

No: que oyó el grito horrendo  
del ciego fanatismo:  
vió de la humanidad el lloro ardiente,  
y va á librarla del abierto abismo.  
Vedle ya la justicia defendiendo:  
ved el pecho inocente,  
ya, ya del fiero golpe casi herido,  
por su voz defendido.

La saña y el encono  
y el interes sombrío  
sojuzga su elocuencia vencedora,  
de la verdad afirma el poderío,  
y erige á la clemencia excelso trono:

así la encantadora  
voz del tracio en las ismaras riberas  
calmó las ondas fieras.

¡Triunfo al hijo de Apolo!  
¡Triunfo al varon divino,  
del Pindo honor, de la inocencia escudo,  
de la amistad modelo peregrino!  
No basta á mi Fileno un lauro solo:  
cuantos la gloria pudo  
plantar ciñendo su inmortal morada,  
cogió con mano osada.

Ya el abril refulgente  
los valles de Helicon  
ledo guarnece de floridas galas:  
ya mas vistosa y nítida corona  
tejen las ninfas para orlar tu frente:  
ya las tendidas alas  
bate alegre en la cima del Parnaso  
el cándido Pegaso.

En ella abierto mira  
para tí el templo sacro  
de la inmortalidad. ¿El ara ardiente  
no ves, dó ante el celeste simulacro  
sube el incienso en abrasada pira?  
junto al sólio eminente  
del mismo Apolo entre su lumbre clara  
tu sólio se prepara.

Allí de esplendor puro  
la Iberia enriqueciendo  
glorioso triunfarás : himnos sonoros

se entonarán, tu nombre engrandeciendo,  
 dó Bétis baña el hispalense muro,  
 y á sus vates canoros  
 la docta frente ceñirá tu mano  
 del lauro soberano.

## XIII.

A DALMIRO : EL GENIO DE SU AMIGO ANFRISO NO ES  
 PARA LA POESIA SUBLIME.

Fileno cantará, Dalmiro mio,  
 con voz, que emule la del sacro Homero,  
 del primer hombre el ciego desvarío  
 y el castigo severo.

Como perdida su feliz morada  
 el delito á sus hijos dejó en suerte:  
 y del furor de Dios ministra airada  
 al mundo entró la muerte.

Mas no tu caro Anfriso el flaco aliento  
 á la region celeste alzar procura,  
 ni del sol con funesto atrevimiento  
 beber la lumbre pura.

El ser inmenso, cuya voz potente  
 en inmudables polos fijó el mundo,  
 no osaré yo cantar, ni de su mente  
 el consejo profundo.

Alas de fuego ciñe, y sublimado  
 sobre la baja tierra en raudo vuela

asciende Milton y penetra osado  
las bóvedas del cielo.

A su admirada vista un punto solo  
es cuanto abraza la inferior esfera;  
y ya bajo sus pies del claro polo  
mira arder la lumbrera.

Ve enagenado cuál la estrella ardiente  
llena de fuego el eternal vacío,  
y en torno de ella la inclinada frente  
vuelve el planeta umbrío.

Por la region de inaccesible lumbre  
con vuelo mas audaz las alas tiende,  
y del celeste alcázar en la cumbre  
el éter puro hiende.

A las moradas inmortales llega,  
dó ensalza al Hacedor el almo coro;  
y el abrasado serafin le entrega  
templada el harpa de oro.

Sus labios toca: y en la llama santa  
el dilatado pecho enardecido,  
del que es el adorable nombre canta,  
Ser, que será y ha sido.

Mas ¿ cómo, gran Jehová, tu alteza anhela  
engrandecer el hombre dignamente,  
si el querubin del sol su rostro vela  
ante tu rostro ardiente?

No de mi débil lira gloria tanta  
será en humilde tono oscurecida:  
mi musa ni altanera se levanta,  
ni teme vil caída.

Mas dulcemente á tí, cándida aurora,  
cantaré, cuando ya tu luz temprana  
los horizontes plácida colora  
de sonrosada grana.

Y cuando ya la pavorosa noche  
del nuevo dia la venida siente,  
y precipita el estrellado coche  
al lóbrego occidente.

Y á tí, luciente sol, cuando rompiendo  
del alterado mar las ondas frias,  
con pura luz los orbes encendiendo  
el carro ardiente guías.

Cantaré alegre cuál el verde prado  
de variados matices se enriquece,  
y entre lirios y rosas al ganado  
crecido pasto ofrece.

Y cuál en la corriente placentera  
Febo se mira del sereno rio,  
y su imágen, que activa reverbera,  
tiembla en el cristal frío.

O bien cuál el arroyo sonoroso  
entre lucientes guijas libre salta,  
y las flores del márgen delicioso  
de aljófares esmalta.

¿Pues qué, si la amistad, gloria del hombre,  
dulce Dalmiro, canto en la pradera,  
y aprende de mi voz tu amado nombre  
la vándala ribera?

Salve, santa amistad, sola consuelo,  
alivio sola tú de mis pesares:

salve; y atiende desde el alto cielo  
benigna mis cantares.

Que ya de un corazon atormentado  
único gozo y esperanza eres.  
En tí busco mi paz , escarmentado  
de pérfidos placeres.

## XIV.

A DALMIRO. (*Imitacion de Horacio*).

Tú , querido Dalmiro , tú conmigo  
del Alpe fiero la nevada cumbre  
y los carpacios riscos vencerias :  
tú de la Hercinia al intrincado abrigo ,  
que jamas conoció del sol la lumbre ,  
y al golfo del Lapon me seguirias :  
ó al piélago inclemente ,  
que ciñe al libio ardiente ,  
ó á dó el Indo del alba los corales  
recibe en sus raudales .

Mas ¡ ojalá que el término sereno  
de mi vejez consiga en el florido  
campo , que baña el Bétis sosegado !  
Mi triste pecho , de amargura lleno ,  
olvidará las penas que ha sufrido ,  
y logrará el reposo suspirado .  
No sed del oro insana ,  
no la ambicion tirana ,

no del amor el venenoso fuego  
turbará mi sosiego.

Allí de un infeliz el fértil suelo  
dulce mansion será, donde el aliso  
compite al del frondoso Guadiana,  
ni es envidiado el refulgente cielo,  
que retrata en sus ondas el Anfriso:  
donde se eleva de Híspalis ufana  
el muro generoso,  
y el cerro dó lloroso  
de Itálica lamenta el peregrino  
el mísero destino.

De la pálida parca el hierro fiero  
allí termine mi enojosa vida,  
blandamente mis miembros desatando:  
tú, amigo, á mi suspiro postrimero  
en tu seno darás dulce acogida:  
y el no elevado túmulo regando  
de helecho y mustias flores,  
te verán los pastores  
mis cenizas honrar, bañado en llanto,  
con el funéreo canto.

## XV.

A ARISTO: LA TRANQUILIDAD DE LÓS ALUMNOS DE  
LAS MUSAS. (*Imitacion de Horacio.*)

Las musas, caro Aristo, dulcemente  
al nacer me halagaron,

y de mirto y de lauro refulgente  
mi cuna entrelazaron.

Y cuando en la apacible primavera  
de mi edad vagué solo,  
junto al Bétis su lira placentera  
me dió templada Apolo.

Halló mi juventud abandonada  
en su clemencia asilo:  
y exento de pesares, mi morada  
fue el Helicon tranquilo.

Cuando entre mil cuidados enojosos  
se aflijen los mortales,  
doy al mar y á los vientos tempestosos  
la tristeza y los males.

Seguro vivo si tu antorcha brilla,  
alma paz, á la tierra,  
y seguro si esgrime su cuchilla  
la enfurecida guerra.

¿Qué á mí, si sobre el Istro caudaloso  
Napoleon fulmina,  
ó el anglo con mil naves orgulloso,  
los piélagos domina?

Tú, que en las puras aguas te complaces  
y en abundosas fuentes,  
dulce Clio, te pido que me enlaces  
las flores refulgentes.

Flores cogidas en el fresco abrigo  
de tus selvas umbrosas:  
y teje de ellas á mi caro amigo  
guirnaldas olorosas.

Que sin tí nada pueden mis canciones;  
 y el nombre de mi Aristo  
 llevar quisiera en inmortales sonos  
 de la aurora á Calisto.

Cántalo, musa, tú. La amistad tierna  
 es digna de tu lira,  
 y un alma dulce, que el amor gobierna  
 y la virtud inspira.

## XVI.

A EUTIMIO: QUE DISIPE LOS PESARES CON EL VINO.

*(Imitacion de Horacio.)*

Alaben otros de la sábia Atenas  
 el antiguo esplendor, ya sepultado  
 en míseras ruinas;  
 ó ya del Ande las avaras minas,  
 ó de oro y plata el Méjico abastado:  
 ó el fértil campo y márgenes amenas,  
 que esclavizan al Ródano insolente:  
 ó la ciudad del Soma floreciente,  
 sobre cenizas pérfidas fundada:  
 ó la que entre las ondas levantada,  
 del Adria domadora,  
 libre se juzga y el placer adora.

Cual de Bizancio el elevado muro  
 ensalzará, que el Bósforo domina:  
 y cual el rico puerto

de Ulisipo, ó al orbe entero abierto  
 el Támesis nubloso, ó la marina,  
 dó pierde su raudal el Elba puro,  
 de soberbias murallas coronado.  
 Otros del Rin el valle dilatado  
 celebrarán y del Danubio errante :  
 y otros del Sena la ciudad triunfante,  
 de mudables señores,  
 aplaudirán con líricos loores.

A mí ni el márgen bello del Pó frio,  
 ni del soberbio Tíber las riberas  
 me son tan deliciosas,  
 como las puras aguas sonoras  
 del lento Guadaira, y las praderas  
 de la humilde Alcalá, y el bosque umbrío,  
 donde de Baco y del amor preciado  
 el mirto con la vid crece enlazado :  
 y aquellas arboledas florecientes,  
 humedecidas de perennes fuentes,  
 cuyos mansos raudales  
 el sábio moro dividió en canales.

Bien me detenga en su feliz orilla  
 el Garona estrangero, ó ya los sotos  
 del Nervion florido,  
 aquel suelo será por mí aplaudido  
 y objeto dulce de mis tiernos votos.  
 Allí á la sombra de la vid sencilla  
 su licor blando la amargura ahuyenta,  
 cual súbito disipa la tormenta  
 el puro Noto, que la mar en vía;

ó cual trayendo el sonrosado día  
la aurora refulgente,  
lanza la noche al lóbrego occidente.

Olvida, olvida con el dulce vino  
tus penas, caro Eutimio, ya te quejes  
de un amor malhadado,  
del venturoso Tajo desterrado,  
ó ya los montes de Aquitania dejes,  
donde te liga el pérfido destino.  
De bárbara discordia el grito horrendo  
y las civiles armas Pen huyendo;  
si páramo desierto ó selva umbría  
contra la tempestad le defendia,  
del viento y la mar brava  
con el henchido vaso se burlaba.

Y á los tristes amigos les decia:  
«estamos ya en los brazos de la suerte,  
ó amados compañeros:  
no tan cruel será, como los fieros  
que, proclamando libertad, dan muerte.  
Dejemos para siempre la isla impía,  
dó su trono ha sentado el fanatismo;  
y las corrientes del cerúleo abismo  
y el Aquilon impávidos sigamos:  
y un inocente pueblo establezcamos  
en vastas soledades,  
que de la Europa ignoren las maldades.

De mí fiad: bajo seguras leyes  
iguales viviremos y ordenados.  
O amigos valerosos,

de la antigua Albion restos preciosos,  
 que véisteis vuestros campos abrasados,  
 teñido en sangre el solio de los reyes,  
 y al execrable usurpador infando  
 en nombre de la patria degollando,  
 ¿son mas que aquellos los presentes males?  
 Hoy las tristes memorias funerales  
 con el vino borremos:  
 mañana al mar inmenso volveremos."

## XVII.

LA SEGURIDAD. (*Traducción de Leonard.*)

Si las tranquilas ondas de occidente  
 halaga el blando viento,  
 y jugando en las velas mansamente  
 las lleva por el húmedo elemento:

Siguen mis ojos á la nave alada  
 y envidio su ventura;  
 y vierto, ausente de mi patria amada,  
 lágrimas de pesar y de ternura.

De gozo salta el corazon, si suena  
 sobre el golfo batiendo  
 torcido el remo, y las riberas llena  
 de los grumetes el festivo estruendo.

Quiero dejar las florecientes cimas,  
 que circundan mi prado,  
 y llevar á otros mares y á otros climas  
 el bien y el mal de mi inconstante hado.

Mas cuando en alas de Aquilon silboso  
la tempestad descende,  
y lanzándose el rayo tortuoso  
los encrespados piélagos enciende :

Me vuelvo entonces al oculto abrigo  
de mi humilde cabaña,  
que entre las ramas del laurel amigo  
burla del rayo y de Aquilon la saña.

Y exclamo: «aventuroso el que dormido  
al son del arroyuelo,  
ni oyó del mar el áspero bramido  
ni vió su espalda amenazar al cielo.»

## XVIII.

AL SUEÑO.

*El himno del desgraciado.*

„El grande y el pequeño  
Iguales son lo que les dura el sueño.”

Desciende á mí, consolador Morféo,  
único dios que imploro,  
antes que muera el esplendor febéo  
sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno dia  
me encuentre aletargado,  
cuando triunfante de la niebla umbría  
ascienda al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana  
 tu calma silenciosa  
 aquel feliz, que en lecho de oro y grana  
 estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones  
 de Pluto y de Citéres,  
 las que á la tarde fueron ilusiones,  
 á la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamas la matutina estrella  
 en tus brazos rendido  
 al que bebió en los labios de su bella  
 el suspiro de amor correspondido.

¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia  
 no turbe su contento:  
 que es perpetua delicia su existencia,  
 y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace el orbe colorando  
 la sonrosada aurora,  
 y el ave sus amores va cantando,  
 y la copia de abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo  
 la noche sosegada,  
 y de trémula luz esmalta el cielo,  
 y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso  
 huye en veloz carrera,  
 une con breve y plácido reposo  
 las dichas que ha gozado á las que espera.

Mas ¡ay! á un alma del dolor guarida,  
 desciende ya propicio:

cuanto me quites de la odiosa vida,  
me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿De qué me sirve el súbito alborozo,  
que á la aurora resuena,  
si al despertar el mundo para el gozo  
solo despierto yo para la pena?

¿De qué el ave canora, ó la verdura  
del prado, que florece,  
si mis ojos no miran su hermosura,  
y el universo para mí enmudece?

El ámbar de la vega, el blando ruido,  
con que el raudal se lanza,  
¿qué son ¡ay! para el triste, que ha perdido,  
último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,  
la esfera luminosa:  
en vano, de almas tiernas confidente,  
los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza, que derrama  
á un pecho enamorado,  
si su tranquila amortiguada llama  
resbala por las faldas del collado:

No es para un corazón, de quien ha huído  
la ilusión lisonjera,  
cuando pidió, del desengaño herido,  
su triste antorcha á la razón severa.

Corta el hilo á mi acerba desventura,  
ó tú, sueño piadoso;  
que aquellas horas, que tu imperio dura,  
se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yazga mi mente,  
y muerto mi sentido:

empapa el ramo para herir mi frente  
en las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño  
á la ceniza yerta:

solo ¡ ay de mí! que del eterno sueño,  
mas felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida  
fantasmas voladores,  
ni los sucesos de mi amarga vida  
con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento  
la triste imágen fiera:

bástale su malicia al pensamiento,  
sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,  
que volarán contigo:  
y el dolor de perderlos cuando huyeres,  
de atreverme á gozar será el castigo.

Deslízate callado y encadena  
mi ardiente fantasía:

que asaz libre será para la pena,  
cuando me entregues á la luz del día.

Ven, termina la mísera querella  
de un pecho acongojado.

¡ Imágen de la muerte! despues de ella,  
eres el bien mayor del desgraciado.

## XIX.

## EL MEDIODIA.

¡Cuán sereno esplendor el sol hermoso  
 derrama por la esfera  
 ya cercano al cenit! venció su rayo  
 la niebla oscura de la noche fría;  
 venció al Euro inclemente,  
 árbitro de los piélagos de oriente.

Y triunfador á la celeste cumbre,  
 cual monarca glorioso,  
 asciende al trono de su vasto imperio.  
 Allí su hoguera inextinguible vierte  
 en inmensos raudales  
 luz y vida á los orbes celestiales.

Siente el calor en el recinto umbrío  
 de la amena enramada  
 el rebaño, que trisca alborozado:  
 y el pastor, recostado en el lindero  
 entre las blandas flores,  
 canta con dulce avena sus amores.

Se esparce por los valles la vacada:  
 en el sereno río  
 jugueton salta el libre pecezuelo:  
 mientras al son de la segur tardía  
 de su amorosa pena  
 el rudo leñador los montes llena.

Salve, benigna luz: celeste llama,  
 que el hombre animas, salve:

¡cuán deliciosa suavidad serpéa  
 por mis lánguidos miembros ! ¡cuán tranquilo  
 en la verde floresta  
 me asalta el sueño de la dulce siesta !

Del rayo caluroso van huyendo  
 por el soto sombrío  
 la mansa oveja y el pastor cansado :  
 y el perro , que espantaba vigilante  
 con áspero ladrido ,  
 bajo el fresco arrayan yace tendido.

Ven , sueño recreador : ya de sus fuegos  
 el sol ardiente inunda  
 la dorada mansion del mediodía.  
 Ven , te invoca la sombra del aliso ,  
 que agita el viento blando ,  
 y el plácido arroyuelo susurrando.

Las aves suspendieron los amores :  
 solo su tierno arrullo  
 la tórtola tal vez del bosque envía.  
 Ven , dulce sueño , ven : que recostado  
 sobre la verde grama ,  
 un pecho libre de ambicion te llama.

## XX.

### LA VEGETACION.

Ven , suspirado mayo : ya en las urnas  
 de los últimos piélagos de ocaso  
 las Pleyadas lluviosas se escondieron :  
 el hijo silbador del alto polo

encadenado gime en las vertientes  
 del Dofre estéril: só la algosa Sirte  
 el ábrego invernal yace oprimido,  
 y descendiendo del celeste toro  
 el Céfiro fecundo, entre las flores  
 rey de la primavera se corona.

A su presencia el gérmen escondido,  
 que en su seno abrigó la madre tierra  
 bajo el hielo sutil, robusto brota  
 y la llama del ser esparce al mundo.  
 Siente el vivaz impulso el alto cedro,  
 que en las bases del monte palestino  
 afirma sus raíces: y lo siente  
 la humilde tricolor, que la verdura  
 con su matiz recamará del prado.

¡Qué oceano de vida se derrama  
 sobre el sediento campo! el pardo velo  
 ya desaparece, y de brillantes hojas  
 el desnudo frutal su copa viste.

Fecundidad sonrío, y de sus dones  
 el mas pelado risco se engalana,  
 y hasta en la ardiente arena del desierto  
 súbitas islas de verdura brotan.

¿Dó está la escarcha, que elevó el diciembre  
 en pirámides mil? ya desatada,  
 serpeante arroyuelo, plata y perlas  
 derrama en los arbustos de su márgen.

¡Cuál vuelan en las alas del Favonio  
 las semillas de vida, que otros prados  
 esmaltarán de floreciente gala!

¡cuál recibe en su seno la flor tierna  
 el pólen procreador! unas alegres  
 al viento y á la luz abren el cáliz,  
 lecho de su placer. Otras mas cautas  
 entre el matiz de las cerradas hojas  
 al universo ocultan sus amores.

Creced ¡ó hermosas é inocentes flores!  
 sed del alba delicia, y de la tierra  
 el mas dulce cuidado: sed del hombre  
 el placer, el consuelo y la esperanza.  
 El delicado olor de vuestro seno  
 al alto cielo suba, cual tributo  
 del mundo agradecido: la hermosura,  
 sencilla é inocente cual vosotras,  
 para adorno del pecho ó de la frente  
 á las perlas del Ganges os prefiera.

Mas ¡oh! ¿quién debilita los matices,  
 que pintaban el prado? el sol impío  
 ¿por qué á la rosa en su esplendor temprano  
 el pétalo luciente descolora?  
 ¿por qué, verdor hermoso, que cubrias  
 las abundantes mieses, vas dejando  
 el vástago gentil, y en ruda avena  
 y en raspa adusta se trocó tu pompa?  
 y tú, blando azahar, que de oro y nieve  
 los pensiles atlánticos ceñiste,  
 y á la amable deidad de las praderas  
 colmaste de tu aroma el lindo seno,  
 ¿por qué marchito sin honor ni gloria  
 al pié del árbol hacinado yaces?

Mas ¡ay! fuerza es ceder, flor desgraciada,  
 al hado inexorable. Si te adorna  
 del pétalo pomposo la natura,  
 no, no es por tí: los rayos fecundantes  
 en él se quiebran de la luz: tu seno  
 con sus vivaces fuegos penetrando,  
 el dulce fruto, que abrigaste, animan.  
 Breve es tu edad, y víctima pereces  
 del crudo amor: como el placer humano,  
 asi blando y fugaz pasó tu brillo.  
 Mas fue tu vida hermosa. El fresco ambiente  
 con tu fragancia saludable y pura  
 templaste para el hombre: si ora yaces,  
 lastimosa beldad, lánguida y mustia,  
 benéfica en tu muerte, el suave fruto,  
 memoria tuya y de tu amor, nos dejas.

Mira cuál vaga entre montones de oro  
 alegre el labrador: y recogiendo  
 el sabroso alimento de los hombres,  
 arrostra el sol ardiente del estío.  
 Mira cuál corta de la vid frondosa  
 los purpúreos racimos: cuál derriba  
 del pintado vergel las dulces pomas.

Salve, naturaleza bienhechora,  
 que la esperanza y el placer del hombre  
 y el adorno del mundo al puro seno  
 de las amables plantas confiaste.  
 Salve: jamas del labio agradecido,  
 jamas del pecho, que benigna inspiras,  
 el himno faltará de tus loores.

## XXI.

\* A OLIMPIA, CANTORA INSIGNE.

Tal vez con trino blando hirió mi oído  
amante ruiñeñor, cuando á deshora  
la fiel consorte que su pecho adora  
reclama desde el nido.

Yo sentí el murmurar del arroyuelo  
sobre límpidas guijas resbalando,  
y el estruendo sublime que elevando  
las aguas van al cielo,

Ya en los jardines de la Granja fria  
surtidores inmensos se desprendan,  
ó ya, Versailles, rápidas desciendan  
por tu repuesta umbría.

Yo percibí medroso navegante  
del británico estrecho el sordo ruido  
con que en las playas de Albion dormido  
desbrava el mar de Atlante.

Yo del anciano Samio, á quien venera  
la antigua Italia, alumno silencioso,  
imaginé el concierto sonoro  
de la estrellada esfera.

Yo fui jóven, y amé, y enloquecido  
del dulce labio de la amada mia  
el tímido suspiro gocé un dia  
de amor correspondido.

Mas yo escuché tu voz, Olimpia hermosa,

cuando en subidos tonos halagaba  
 las márgenes del Sena, y encantaba  
 soto y vega frondosa.

Y olvidé cuanto pudo mis sentidos  
 otro tiempo hechizar: que al blando acento  
 en nuevo y desusado movimiento  
 quedaron sorprendidos.

Y oír me pareció el divino canto  
 que exhala el serafín, si en harpa de oro  
 del Hacedor anuncia al almo coro  
 la gloria y nombre santo.

Ni fué ilusión: que en tí la imágen pura  
 adoré de celeste inteligencia,  
 al contemplar de un ángel la inocencia,  
 el canto y la hermosura.

## XXII.

\* A UNA SEÑORA, NO CONOCIDA DEL AUTOR SINO  
 POR LA NOTICIA DE SUS VIRTUDES.

Jamas vió el infeliz, á quien la suerte  
 condenó en su nacer á noche impía,  
 los esplendores nítidos que vierte  
 el lumínar del día.

Mas su calor benéfico sintiendo,  
 la bendice y adora agradecido;  
 en su ofuscada mente revolviendo,  
 cuando su nombre ha oído,

Si será, visto, tan amable y grato

como el murmurio de apacible fuente,  
ó cual halaga su excitado olfato  
de la rosa el ambiente.

Yo así del hado la implacable ira  
y de perdidos bienes la memoria  
lamentando, de verte, bella Amira,  
no conseguí la gloria.

Mas ¡oh! por la fragosa y triste sierra,  
dó me aprisiona el Aquilon sañado,  
se anunció en tí cuanta bondad la tierra  
lograr del cielo pudo.

El ingénuo candor; la noble mente,  
por las sensibles musas inspirada;  
la mano siempre abierta al indigente;  
y la amistad sagrada.

Fueron, divina Amira, las señales  
con que la fama consagró tu nombre,  
grabado ya en las aras eternas  
que al bien levanta el hombre.

Y en vano la modestia, que encubria  
la virtud, cuando oculta más hermosa,  
su mal seguro velo desprendia  
ante la vista ansiosa.

De puros rayos la corona ardiente  
en que el disco inmortal esconde Apolo,  
le anuncia, apenas raya en el Oriente,  
al ocaso y al polo.

Y si humilde se encierra la viola  
en su cárcel de plácida verdura;  
ni la luz sus matices tornasola;

ni al Euro se aventura ;

Ni elevada en el vástago brillante  
el lirio envidia su celeste gala ,  
bien la descubre el céfiro , fragante  
del aroma que exhala .

Yo , ignorada beldad , la lira mia  
consagré , bien que anciana , á tus loores :  
é invoqué en mi exaltada fantasía  
el Dios de los amores .

Nacar suave , que al aurora tiñe  
los celages del lóbrego horizonte :  
cándida nieve , con que enero ciñe  
la cumbre de alto monte :

Mezclados en tu rostro y en tu cuello  
imaginé : y la lumbre soberana  
puse en tus ojos , que el lucero bello  
prodiga á la mañana .

Luego te dí las formas hechiceras ,  
que el genio adivinó de Praxiteles ,  
y cuantas gracias brillan placenteras  
de Idalia en los vergeles .

«Necio , Urania exclamó (y el plectro de oro  
sacudió blandamente en mis oídos) ,  
de tal belleza el celestial tesoro  
no alcanzan los sentidos.»

«Tu la hermosura frágil solo cantas ,  
puro , aunque frágil , y preciado velo ,  
en que se gozan las virtudes santas  
y ostentan su modelo.»

«Y olvidas el espíritu dichoso ,

que de supremo fuego iluminado,  
 en dulces ojos y en semblante hermoso  
 su imágen ha grabado.”

“Todo acaba : y dos muertes el destino  
 reservó para tí , triste hermosura :  
 una , del tiempo al hierro diamantino ;  
 otra , en la tumba oscura.”

“Solo la alma virtud al cielo crece ,  
 dó fué su cuna ; dó tornar desea :  
 allí á Amira el elogio que merece  
 dará la excelsa Astrea.”

### XXIII.

\* A DON MANUEL JOSÉ QUINTANA, EN SU VUELTA  
 A MADRID EN 1828.

Vuelva en hora feliz á las riberas  
 del breve Manzanares  
 aquel vate divino , cuyo canto  
 trayendo al fuerte ibero á los altares  
 del patriotismo y á las lides fieras ,  
 fué del galo terror, de España encanto.  
 Vuelva : que ya la paz sus pabellones  
 benéfica extendiendo  
 palmas al genio da : del crudo Marte  
 cesó el fragor horrendo ;  
 y al abismo lanzada la discordia  
 que prolongó la lucha y los temores ,  
 guirnaldas cogen en el fértil suelo

unidos con las musas los amores.  
 Vuelva : que ya la escena mantuana  
 le espera armado del puñal luciente  
 con que el héroe de Astúrias libertando  
 á la oprimida gente ,  
 castigó los delirios de su hermana ,  
 ¡ ay ! dignos de piedad , si piedad cabe  
 en quien su sangre por la patria olvida ;  
 si agraviado español perdonar sabe .

Y ¿ cuál nuevo espectáculo preparas ,  
 hijo de Melpomene ,  
 al público terror ? ¿ Acaso herida  
 presentarás la lusitana hermosa ,  
 víctima del orgullo ? ¿ O bien cayendo  
 en la ciudad del Bósforo alevosa  
 á manos de los mismos que liberta  
 al gran Rugero ? y en venganza justa  
 de bravos almugábares la espada  
 el Helesponto en sangre retiñendo ?  
 ¿ O bien con libre pluma , dedicada  
 de nuestros héroes á la inmensa gloria ,  
 nuevos laureles añadir te agrada  
 al que en su tumba consagró la historia ?

Escribe ó canta : tu nacion lo espera :  
 Apolo te sonrío :  
 y en tu fama presente y venidera  
 de un fiel amigo el corazon se engrie .

## XXIV.

\* A DON VENTURA VEGA, EN RESPUESTA A UNA  
ODA QUE ESCRIBIÓ EN ELOGIO MIO.

Cuando tu lira, que templó Dione,  
cánticos dulces de amistad resuena,  
y el nombre humilde de tu caro Anfriso  
robas al Orco:

Callan los vientos alterados: calla  
el mar sonante, que la playa ibera  
azota fiero, y sus raudales Bétis  
plácido guía.

Gózase ufano en el laurel que ciñes  
con docta mano á su felice alumno,  
y ya á tu frente de la sacra oliva  
teje coronas.

Fileno, gloria de su herbosa márgen,  
émulo digno del sublime Herrera,  
adopta grato el que á su musa cedes  
himno suave.

Y «canta, dice, ó jóven, á quien dieran  
su blando beso Melpomene y Clio;  
canta, y las rosas que el Permeso riega,  
ciñe á tu lira.

La virtud canta y la amistad, y el hombre  
unido al hombre en hermanales lazos:  
tu voz primera cual sañudo trueno  
tiemble el impío.

Así en la cuna el animoso Alcides  
 las bravas sierpes domeñó, probando  
 aquellas fuerzas que sentir debían  
 Lerna y Tiféo.

Así del Ebro la veloz corriente  
 detuvo el Tracio, y de la Ismaria playa  
 mónstruos y riscos su divino canto  
 blandos oyeron.

Febo á tu mente concedió benigno  
 el rayo osado de su pura llama:  
 dió á tus acentos su dulzura Venus,  
 Marte su brio.

Mas cuando subas con gloriosa planta  
 á la árdua cumbre del doblado monte,  
 y allí á los vates de la Iberia seas  
 digno modelo:

No olvides antes visitar las aras  
 y el templo austero de la gran Minerva,  
 y en vez de mirto, roble misterioso  
 cubra tus sienas.

De su ave sacra en la callada noche  
 sigue constante el velador graznido:  
 y los tesoros que el profano ignora,  
 roba á Sofia.

Cisnes de Mantua y de Venusa, nombres  
 que en Helicon consagró la fama,  
 reyes del canto, en todas las edades  
 gloria de Apolo:

La alta doctrina del sublime reo,  
 honra y oprobio de su madre Atenas,

dió á vuestras musas que al excelso Olimpo  
vuelen osadas.

Sí, amado Vega: de Parnaso el númen  
tanto promete al estudioso genio;  
y es de Épitecto la lucerna débil  
faro del Pindo.”

## XXV.

\* A DON FERNANDO DE RIBAS.

Tú, ambicioso Fernando, no contento  
con el mirto gentil que Venus misma  
ciñe amante á tus sienes juveniles,  
aspiras al laurel, que altivo crece  
en la árdua senda del Parnaso. Orlado  
de un ramo y otro á la querida patria  
piensas volver desde el voluble Sena.  
¡Noble ambicion, que excitará tu amigo!  
y perdona si ilustre veterano  
de Apolo, las veredas de Helicon  
se atreve á señalarte. Ya mis dedos,  
trémulos por la edad, vagando errantes,  
no aciertan con las cuerdas de la lira,  
en mis débiles manos mal segura;  
y las ninfas del Pindo, al fin mugeres,  
de los ruegos se burlan de un anciano.  
Mas la noble amistad será mi musa,  
y animará mis labios: tú, benigno,  
si no mi canto, aceptá mis deseos.

Muere, oh Fernando, el fósforo brillante  
 del humano placer apenas luce  
 pocos momentos en la mano ansiosa  
 que se atrevió á tocarle: mas no muere  
 la lumbre del saber: vence los siglos,  
 y á la sublime eternidad aspira.  
 ¿Cuándo el acento del sagrado Homero;  
 cuándo la voz del cisne mantuano  
 ó los himnos del vate de Venusa  
 el hombre olvidará? . . . Vuelan los tiempos,  
 y en sus rápidas alas arrebatan  
 reyes, tronos, naciones y ciudades.

¿Quién conoce el lugar dó el primer cetro  
 empuñó el fundador de Babilonia?

¿Dó está, Cartago, tu orgulloso muro?

¿dó tus naves, oh Tiro? ¿Quién posee,  
 Damasco altiva, tus montones de oro,  
 despojos del Ocaso y de la Aurora?

Mas el nombre divino de los vates  
 vivirá mientras goce el triste humano  
 de este sueño fugaz que llaman vida.

La noble inspiracion, que al canto mueve,  
 es el sagrado aliento con que al hombre  
 animó el Hacedor, cuando del polvo  
 le ensalzó á ser su imágen; y las obras,  
 que esta aura celestial y eterna cria,  
 tienen su vida, y perecer no pueden.

Mas en balde, mi amigo, el pecho herviente  
 sentirás de su fuego enardecido,  
 si el estudio tenaz no da alimento

á su divina luz : que inútil llega  
 grande antorcha al fanal amortecido  
 que sin pábulo yace. Las sentencias  
 que sublime dictó filosofía  
 á Ciceron y á Sócrates : los cuadros  
 en que de Roma el triunfo y el oprobio  
 pintaron Livio y Tácito : las glorias  
 de tu nacion que al Ganges y al Ocaso  
 aterró vencedora con sus armas :  
 y en fin , quanto los hombres llaman grande ;  
 quanto herir puede y elevar á un tiempo  
 en alas del saber la fantasía ,  
 meditarás atento y cuidadoso.

De aquel sublime son llena tu oido,  
 que en siglo mas feliz el Tajo y Bétis  
 de los iberos cisnes escucharon :  
 mas cauto evita los perversos monstruos ,  
 que el amor de la necia sutileza  
 y la hinchazon ridícula produjo.  
 Habrás adelantado , si los versos  
 del tierno Garcilaso se deslizan  
 á tu pecho halagüeños cual las ondas  
 de pura y mansa fuente entre las flores :  
 si te hechiza severa quanto dulce  
 la lira de Rioja : si de Herrera  
 el desusado canto te arrebatara.  
 Imitarás la suavidad sublime  
 y candorosa de Leon ; mas huye  
 tal vez su tosco desaliño : teme  
 como sierpes las gracias seductoras

del atrevido Góngora: y de Lope  
no te deslumbre, no, la fácil musa  
que da entre mil guijarros un diamante.

Y si imitar quisieres los poetas  
que ilustran nuestra edad, atento estudia  
la correccion de Moratin, la frase  
y el tono de Batilo, y de Cienfuegos  
la entereza y vigor; mas no el estilo,  
á las leyes del habla mal sujeto.

Los demas viven, y al acerbo diente  
de la envidia cruel expuestos yacen:  
mas en su tumba morirá la envidia,  
y sus nombres gloriosos á otros siglos  
revelarán las trompas de la fama.

Y ¡ oh, si el tuyo tambien, caro Fernando,  
en la futura edad fuese aplaudido,  
y oyese yo desde el sepulcro oscuro,  
que será pronto mi postrer asilo,  
tu elogio resonar! Grata alegría  
sentirá entonces mi ceniza yerta:  
deseará repetir tus alabanzas  
mi sombra: mas los labios entreabiertos  
sellará al punto el cetro de la muerte.

## XXVI.

\* A MI AMIGO D. JOSÉ DE MURGA, EN SU DÍA.

Quiero de blanco lirio y pura rosa  
ceñirte, lira mía,

y halagar de Helicon la falda umbrosa,  
cantando de mi amigo el fausto día.

Urania, mis acentos escuchando,  
al alumno querido  
sonreirá, y las Castalias á su mando  
aplaudirán tu nombre repetido.

Minerva, para ornar tu sábia frente,  
enlazará festiva  
con las murtas del Pindo floreciente  
de Euclides y Newton la rara oliva.

Y luego la canora Melpomene  
tu corazón amable  
dirá, y el dulce asilo que en él tiene  
la casta fe, la paz inalterable.

Y el decoro modesto, y la prudencia,  
de las virtudes guía,  
y el celo dirigido por la ciencia,  
y el justo ceño á la maldad sombría.

Mas el canto á las ninfas celestiales  
del Permeso dejemos,  
y aquí nosotros, míseros mortales,  
modestamente á tu salud brindemos.

Venga Baco, y su llama halagadora  
viva en los ojos salte:  
ni tu inocente risa encantadora,  
dulce amistad, de nuestros labios falte.

Ni el plácido licor tu amable esposa  
hoy nos lo mida escaso:  
si el placer en los ánimos rebosa,  
rebose el vino en el sediento vaso.

Que es grato dar á la feliz locura  
 un rápido momento ;  
 y prudente , olvidar con su dulzura  
 los pesares de un siglo de tormento.

Vive , amado José : y si mi canto  
 oyen las musas pias ,  
 la amistad , la virtud y el amor santo  
 de seda y oro tejerán tus dias.

## XXVII.

\*

EL EMIGRADO DE 1823.

Huye , Ernesto infeliz , huye este suelo  
 que devora sus raros habitantes ,  
 y no conoce la virtud : dó cubre  
 almas de tigre máscara alevosa  
 de religion mentida : dó el perverso  
 en el nombre de Dios mata y sonríe  
 y á su víctima insulta : dó envenena  
 el vil error de la moral la fuente.  
 Ni el trono está seguro ni la choza  
 de su furia infernal . . . ; Ay del Monarca  
 que en reprimirla piense ! Mil legiones  
 agavilladas de furiosa plebe  
 bajo la enseña de la paz , los hurtos  
 defienden , que á la estúpida ignorancia  
 un tiempo hicieran la ambicion y el dolo :  
 y el yugo asolador que los oprime ,  
 la noble inteligencia embruteciendo ,

proclaman ley del cielo sacrosanta.  
 ¿Quién contrasta la infanda tiranía  
 que á las almas se atreve, dó no llega  
 el dominio del cetro ó de la espada?  
 ¿Qué no osará el poder á quien se postra  
 la mente soberana? No hay afecto  
 libre de su opresion: el amor gime:  
 yacen rotos los lazos con que une  
 el padre al hijo, á entrambos la consorte  
 benéfica natura: ya vacilan  
 de la moral las leyes eternas.  
 Obligacion es delatar: dar muerte,  
 un acto de heroismo: las ideas,  
 impiedad y ruina: solo ensalzan  
 la estupidez, que sanguinaria y dócil,  
 reina de las virtudes se apellida.  
 ¡Desgraciado de aquel que mostrar ose  
 tu antorcha, ¡oh razon pura! los puñales,  
 que el rencor y calumnia ya preparan,  
 al fiero rayo del poder unidos,  
 le herirán indefenso. ¡Muy mas triste  
 quien al público bien se consagrare,  
 ardida el alma en noble patriotismo!  
 No hay mas artes aqui que echar la garra  
 al fruto opimo del sudor ageno  
 gritando ó *libertad* ó *altar y trono* (1).

---

(1) Solo se censura aqui el horrendo abuso que se hizo en las diversas épocas de aquel año de estas palabras, sagradas por otra parte para todo buen español.

¿Qué importa á estos impíos que su patria,  
 árbitra en otro tiempo de ambos mundos,  
 pobre, inexhausta é ignorante sea  
 ludibrio de las gentes? Si ellos gozan  
 del artista y colono los despojos,  
 que mil abusos á sus manos llevan,  
 reinen estos abusos: y el que intente  
 reformarlos, perezca; que es contrario  
 de las antiguas leyes venerandas,  
 protectoras del ocio y de la fraude.

Ni el asilo doméstico respetan,  
 ni dignidad, ni mérito. El esbirro,  
 en el silencio de la noche oscura,  
 manto del crimen, su poder despliega,  
 y rompe el blando sueño, que á los hombres,  
 bálsamo de los males y cuidados  
 el cielo concedió. Gime el esposo,  
 de su esposa y su prole dividido,  
 y en indignas prisiones aherrojado.  
 Nadie goza el descanso: al inocente  
 ensueños tristes atormentan: todos  
 se admiran, cuando ven la luz del alba  
 rayar en el oriente, no haber sido  
 despertados al grito de una fiera.  
 Tal vez á pocos la opresion alcanza:  
 mas ¿qué vale, si á todos estremece?  
 El opulento teme sus riquezas,  
 cebo de los insectos: el que goza  
 alguna parte del poder, la teme:  
 que mil y mil á suplantarle aspiran.

Teme el sábio si el bien que ha meditado  
 sospecha el delator : teme el esposo ,  
 si la belleza que feliz le hace ,  
 de algun potente irritará el deseo.  
 Solo vive tranquilo y descuidado  
 el que no es poseedor . . . ni aun de una idea.

Y ¿hay quien quiera morar en este bosque  
 de bandidos y monstruos ? ¿quien desee ,  
 donde el poder al mérito persigue ,  
 tener parte en el mando ? . . . . Agenos climas  
 busquemos , dó tranquila la inocencia  
 en venturosa paz logra sus días ;  
 dó protege la ley sin echar lazos ,  
 y dó la autoridad solo se siente  
 en el bien que dispensa ó mal que evita.

Mas ¡ay! que aunque infeliz , eres mi patria ,  
 ¡ oh suelo dulce donde habitan fieras !  
 Al dejarte , en pedazos dividido  
 siento mi corazon . . . ¡ cuántos recuerdos  
 mi mente asaltan ! Este duro roble ,  
 hijo del elevado Pirineo ,  
 reciba en su corteza mis suspiros :

Un hijo tuyo , oh patria idolatrada ,  
 huye de tí , mas sin dejar de amarte :  
 si le destierra la fortuna airada ,  
 todo su amor te queda cuando parte.

Y tú , Occitania bella , acoge blanda  
 á tu huésped antiguo , que otro tiempo  
 moró alegre tu plácida espesura ,  
 y hoy te pide sosiego , no ventura.

## XXVIII.

\*

## LA MUERTE DE PATROCLO.

«Ya de Patroclo el pecho  
 hirió la hectórea lanza,  
 y de su ardiente sangre  
 el duro campo baña.  
 No, Aquíles, le guardaron  
 tus celestiales armas,  
 que solo á tu defensa  
 la diosa destinara.  
 Mas tú prudente huyes  
 las ásperas batallas,  
 y solo te recrean  
 los juegos y las danzas.  
 Prefieres los deleites  
 al campo de la fama,  
 y al grito de Belona  
 las liras de Accidalia.  
 Mas ya que así á la gloria  
 renuncias y á la patria,  
 y con fingidas iras  
 tu torpe amor recatas,  
 ¿por qué á tu dulce amigo  
 dejaste que volara  
 dó no dudosa muerte  
 sañuda le aguardaba?

Tu le enviaste á Héctor ,  
 terror de Europa y Asia ,  
 como al neblí de Escitia  
 la tierna inerme garza.  
 Y en el combate duro  
 ni tu amistad le ampara ,  
 ni con tu voz le animas  
 ni aun con mirar le inflamas.

Tú , tú le diste muerte :  
 su sombra va indignada ,  
 y en la ribera estigia  
 de tí pide venganza.  
 Y de Priamo el hijo ,  
 que tus despojos guarda ,  
 en tus tranquilas popas  
 ya prenderá sus llamas.  
 Huye , Aquiles: de Egeo  
 las rizas ondas pasa ;  
 y oculte otra vez Scíros  
 tus gozos y tu infamia.”

Asi el sagaz Ulíses  
 á Aquiles denostaba ,  
 cuando su pecho ardia  
 en fuegos de venganza.  
 Al Itaco insolente  
 mira indignado , y calla :  
 y de Ilion al muro  
 furioso se abalanza.  
 Héctor cae : no su sangre  
 sació la ardiente rabia :

de Aquiles á la furia  
¿qué víctimas bastarán?

Así virtud, denuedo,  
gloria, amistad acaban,  
si enciendes, Venus cruda,  
tu inextinguible llama.

## XXIX.

\* AL REY NUESTRO SEÑOR, PROTECTOR DE LAS  
BELLAS ARTES:

*composicion inserta en la coleccion litográfica de los cuadros  
del Museo, enfrente del que representa á S. M. á caballo.*

Si el arte del pincel dió movimiento  
á tu imágen, *Fernando*, y noble vida,  
cuando refrenas con gallardo aliento  
del bridon cordobés la frente erguida,  
fue corto don y escaso monumento  
de mortal genio y mano agradecida:  
que á consagrar tu gloria aun no bastara  
el dios que tiene en Helicon su ara.

¿Qué verso dignamente ensalzaria  
al protector augusto de las Artes?  
ó ¿en qué mármol el bien se grabaria  
que á sus alumnos pródigo repartes?  
tú con el númen, que los genios cria,  
el alto imperio de la gloria partes:  
si él les inspira el fuego soberano,  
el pábulo á ese fuego da tu mano.

Por tí su bella fábrica adelanta,  
 de Europa envidia, el español Muséo;  
 espléndida mansion, que á Febo encanta,  
 y desdeña por ella su Licéo:  
 por tí á la gloria el genio se levanta,  
 que temió de la tumba ser troféo;  
 y ornada de laurel su frente eleva  
 la sombra del sublime Villanueva.

Por tí este templo, de las musas nido,  
 poseerá los prodigios de belleza,  
 que en tersa piedra el arte ha repetido,  
 del buril emulando la pureza:  
 por tí verá la Europa ya reunido  
 aquel tesoro de inmortal riqueza,  
 que á tus palacios dieron los pinceles  
 del Ceuxis español y ausónio Apeles.

Prodigando á las artes generoso  
 grandes modelos de una y otra escuela,  
 de los artistas bienhechor piadoso,  
 al genio das las alas con que vuela;  
 hijo del cielo noble y luminoso,  
 sin el poder que en su fomento vela,  
 ni aspira á gloria ni renombre adquiere,  
 y en ócio estéril se consume y muere.

Que en vano el oro en el natal minero  
 sus preciosos raudales prolongara,  
 si el hombre no buscasse su venero  
 rompiendo el seno de la tierra avara:  
 en vano de los astros el sendero  
 con fuego inextinguible se abrasara,

si un héroe bienhechor del sol fecundo  
no diese un rayo al aterido mundo.

¡Salve, oh tú, de las artes florecientes  
promovedor excelso! venerado  
vuele tu nombre á las futuras gentes,  
en mármoles y liras celebrado:  
á la nestórea edad siglos aumentes,  
del amor de tus pueblos coronado;  
y á tus augustos pies humear se vea  
de la discordia la extinguida tea.

## XXX.

\* A LAS BODAS DE FERNANDO VII Y MARIA  
CRISTINA DE BORBON.

Ninfa Real, que en la campiña amena  
del Sebeto y su márgen floreciente  
y en la playa feliz de la Sirena  
hechizo fuiste de la ausonia gente;  
pues truecas de Parténope la arena  
por el Tajo y su aurífera corriente,  
de un pueblo, fiel al Rey y á la belleza,  
oye el voto que dicta la terneza.

Mil siglos goza el trono; y mas que el trono,  
el amor de un Monarca esclarecido,  
que de la suerte domeñó el encono,  
y las discordias condenó al olvido.  
Tu gloria excelsa, que en acorde tono  
hoy canta de Hipocrene el coro unido,

mientras tu nombre el español bendice,  
 en la edad venidera se eternice.

La virtud santa, que meció tu cuna,  
 de tan augustos padres invocada,  
 ciña el laurel espléndido, que aduna  
 de Pirene y de Alcides la morada:  
 exenta del poder de la fortuna  
 suba contigo al sόlio venerada,  
 y de amor y bondad el mirto blando  
 enlace al cetro justo de Fernando.

Y ofrezca al seno del amante esposo  
 florida juventud, gracia risueña,  
 rosas sembradas del pudor hermoso,  
 apostura gentil, habla halagüeña:  
 y en el lecho nupcial, dó misterioso  
 tremola ya el placer su casta enseña,  
 al dulce amor Fecundidad sonría:  
 y tú, cielo, la excelsa prole envía.

Prole de bendicion, que la esperanza  
 cumpla del valeroso pueblo hispano:  
 en juvenil edad la ardiente lanza  
 vibrará contra el bárbaro africano:  
 y cuando la razon ya se afianza  
 con la luz del consejo soberano,  
 prudente dictará benignas leyes  
 que admiren las naciones y los reyes.

Ni solo del amor las prendas caras  
 estrecharán el lazo de Himeneo:  
 que no en balde, Cristina, ante sus aras  
 te vió Minerva, Apolo en su Licéo.

Orne la oliva con sus hojas raras  
 las rosas fugitivas del deseo:  
 y la santa amistad, del cielo hija,  
 al vendado rapaz sábia dirija.

Quando por los afanes fatigado,  
 de un justo rey solícito desvelo,  
 busque tu esposo aquel sosiego amado  
 que á España da su paternal anhelo,  
 en tu habla dulce admirará hechizado  
 de la alta mente el generoso vuelo,  
 y en tu sonrisa, envidia de la aurora,  
 todas las gracias que el mortal adora.

Asi el poder en el regazo hermoso  
 del tierno amor y la virtud descansa,  
 y los cuidados del reinar penoso  
 la blanda voz de la amistad amansa.  
 El torrente, en la sierra impetuoso,  
 por la florida vega se remansa,  
 y en sus bellos colores complacido  
 por el cauce feliz corre adormido.

¡Oh tú, del alto cielo don divino,  
 de Iberia por las súplicas logrado!  
 Acepta el gozo público, adivino  
 de las venturas que prepara el hado.  
 La esplendente diadema, que al destino  
 te enlaza del Monarca mas amado,  
 corona al estrechar tu frente pura  
 la virtud, el amor y la hermosura.

## XXXI.

AL MISMO ASUNTO.

*Albricias*, suena la ribera undosa  
del sacro Tajo en su espesura amena:  
*Albricias* Mantua, y el inmenso pueblo  
gira gozoso.

Los faustos *vivas* por el suelo hispano,  
cual puros rayos del naciente día,  
de monte en monte hasta el remoto golfo  
rápidos vuelan.

Oyelos grato el animoso Celta;  
los que del Turia y Guadalete beben,  
y la alta sierra, dó su agreste cuna  
tuvo Pelayo.

*Ven, Himeneo*, alborozados claman  
pueblos dichosos por su rey felice:  
*viva la ninfa del campano río:*  
*ven, Himeneo.*

*Sus lindos ojos al Esposo lancen*  
*mas vivo incendio que el del patrio Soma:*  
*de la Sirena con su dulce acento*  
*venza el hechizo.*

*Y entre las flores que risueña Venus*  
*al genial lecho y los amores viertan,*  
*mezcle Lucina sus fecundas rosas:*  
*ven, Himeneo.*

Aquí dó enlazan sus raudales claros  
 Adur y Nive, y en remanso alegre  
 pintan el cielo, de nupciales dichas  
 plácido emblema:

¡Ay! no me es dado de la patria amada  
 ver el contento, ni escuchar los himnos  
 que á su Fernando la española musa  
 canta sublime.

Mas lo que puedo con mi acento débil  
 de lejos sigo su celeste tono:  
 que no desdeñan caudalosos rios  
 mísera fuente.

Y en cuantos climas de su rey amante  
 respira un noble corazon ibero,  
 del fausto Sena al mar que entrambos Indios  
 férvido ciñe:

Diré el reinado de la paz hermosa,  
 y la clemencia á la hermosura unida,  
 y en cien cadenas la discordia atada,  
 fiera bramando.

Y entre los dones de la rubia Céres  
 vertiendo alegre sus riquezas Pluto,  
 y el mar inmenso que españoles naves  
 sulcan de nuevo.

Diré los triunfos que á la augusta prole  
 reserva el cielo, y los laureles sacros,  
 la verde oliva que á sus sienas tejen  
 Marte y Minerva.

Y si el acento de inspirado vate  
 rompe los velos á la edad futura,

de los dos mundos los iberos fuertes  
miro enlazados.

En tanto, ó lira, tus ancianas cuerdas  
entrega al Austro que de España viene,  
y ledo clama: «¡que Fernando viva!  
viva Cristina!»

## XXXII.

\* EN EL DIA DE S. M. LA REINA NUESTRA SEÑORA  
DOÑA ISABEL II, EN 1833.

Cuando el furor de la discordia impía  
derramaba sin fin sangre española,  
¿qué bandera de paz, ó patria mia,  
por tus antiguos muros se tremola?

En las manos benéficas de un númen  
sobre las tierras, sobre el mar ondea:  
y en vano el odio y el error presumen  
quemarla audaces con su infanda tea.

Ved á *Cristina*, cuyo noble acento  
«Paz, clama, al español. Cesen las lides;»  
y «paz» repite alborozado el viento  
desde Pirene á la mansion de Alcides.

Velada en negro luto su hermosura  
sobre la tumba de *Fernando* llora:  
Mas ¡oh! la mente generosa y pura  
ni el dolor rinde ni el pesar desdora.

Que á España, prenda de su amor, no olvida,  
España, de *Isabel* sagrada herencia:

y el cielo decretó que nueva vida  
la diesen la hieldad y la inocencia.

Ya á tu nombre, *Isabel*, el fuerte hispano  
vuela ansioso á la lid y á la victoria:  
ya al besar con ardor tu tierna mano  
predice siglos de ventura y gloria.

Si de males la fúnebre cohorte  
se arrojó fiera sobre el patrio nido,  
ya entre falanges que lanzara el Norte,  
ya en las iras del pueblo dividido:

A una sonrisa tuya el trono amado  
aparezca de Témis y Amaltea:  
calme tu voz el piélagos alterado,  
é iris grato de paz tu cetro sea.

Asi en oscura noche pavorosa,  
si brama el Bóreas y retumba el trueno,  
raya improviso el alba deliciosa,  
y alegra el orbe con fulgor sereno.

Asi en las selvas del Moncayo frio,  
mansion de helada nieve y crudo rayo,  
se alza la rosa con lozano brio,  
dulce primicia del naciente mayo.

Crece, ó augusta *Niña*; que fecunda  
de héroes España adorará tus leyes:  
y el nombre de *Isabel* por vez segunda  
respetarán los pueblos y los reyes.

## POESÍAS FILOSÓFICAS.

## I.

## LA BENEFICENCIA.

*„Nostrí pars optima sensus.“*

JUVEN.

Alma beneficencia , ya te canto :  
 asaz sonaron en mi acorde lira  
 del dios vendado la funesta ira  
 y de su madre el venenoso encanto :  
 asaz en la ribera  
 del patrio Bétis aumenté su gloria ,  
 cuando en voz placentera  
 sus flechas celebrando y mi victoria ,  
 de Emilia los loores  
 aplaudieron las ninfas y pastores.

Dulce ilusion , aunque gozosa , vana ,  
 que lo mejor robaste de mi vida ,  
 huye veloz , como la luna herida  
 del triunfante esplendor de la mañana :  
 ¿ qué fuego desusado  
 hierva en mi pecho ? ¿ qué centella ardiente  
 con brillo regalado  
 penetra el seno á mi ofuscada mente ,  
 y de su horror oscuro  
 brota de la virtud el rayo puro ?

No mas hermoso entre la niebla fria  
 del alterado piélago de oriente  
 levanta el sol la enrojecida frente,  
 padre y monarca del rosado dia:  
 no mas tierna la aurora  
 sobre la flor del aterido prado  
 su blando aljófara llora:  
 no mas sereno el céfiro templado  
 dulce calor fecundo  
 vierte en los seres del inmenso mundo.

Salve, luz celestial: fuego escondido,  
 que en este yerto corazón dormias,  
 salve: disipa con tus llamas pias  
 la ciega oscuridad de mi sentido:  
 mi espíritu enardece:  
 purifica mis labios: pueda el canto,  
 que ya en mi pecho crece,  
 si la voz de un mortal alcanza á tanto,  
 domar la envidia fiera,  
 é igualar de los siglos la carrera.

O mas bien, vuela tú; y al triste humano  
 comunica tu llama abrasadora  
 en la fulgente cuna de la aurora,  
 y donde hiela el último Oceano:  
 tu ardor hermoso sienta  
 desde el feroz caribe, que tranquilo  
 de sangre se alimenta,  
 hasta el esclavo estúpido del Nilo,  
 que á la alzada cuchilla,  
 cordero inerme, la cerviz humilla.

Se verá entonces la anchurosa tierra  
 en hermanales vínculos unida,  
 y huyendo de tus rayos pavorida  
 su negro pabellon plegar la guerra:  
 odio, rencor, venganza,  
 interes, ambicion, copiosos males,  
 que dió con la esperanza  
 la caja de Pandora á los mortales,  
 ya tan infaustos nombres  
 solo en la historia aprenderán los hombres.

Pálido cae de vuestra impura frente  
 el funesto laurel que la adornaba;  
 y el orgullo infernal que os animaba,  
 postrais rendidos á la luz naciente.  
 ¿No veis la envidia horrenda,  
 que el celeste esplendor bramando esquivava;  
 y por oculta senda  
 vertiendo fiera su ponzoña activa,  
 huye con raudo vuelo  
 á nunca mas turbar la luz del cielo?

¿No veis, no veis al ciego fanatismo,  
 de su ominoso sόllo derrocado,  
 cuál gimiendo se lanza despechado  
 á la negra mansion del patrio abismo?  
 el puñal de Megera  
 ved cuál se escapa de su ardiente mano:  
 ved de su cabellera  
 las serpientes dormir: el grito insano,  
 precursor de destrozos,  
 oprime ya con pérfidos sollozos.

Pérfidos, sí: que ardiendo en viva saña  
 recuerda altivo sus funestas glorias,  
 de Merindol y Albiga las victorias,  
 y la extinguida hoguera de la España.

El siglo infausto llora,  
 que el alma devoró de los mortales  
 su antorcha abrasadora,  
 y erigió entre nublados celestiales,  
 del crédulo esperanza,  
 el trono del orgullo y la venganza.

El libre pensamiento los impíos  
 oprimiendo en oscura servidumbre,  
 consagraron á un Dios de mansedumbre  
 de humana sangre caudalosos rios:  
 su bárbara cuadriga  
 holló los cetros y el laurel triunfante  
 y de la paz amiga  
 la dulce rama: el fuego devorante,  
 que sus ruedas abrasa,  
 yerma el campo infeliz por donde pasa.

Mas ¡ah! que ya cesaron los horrores  
 del tenebroso siglo de la ira,  
 y el abatido monstruo ya suspira,  
 devorado de inútiles furores.  
 Y tú, yerto egoismo,  
 que la frente á los cielos levantaste,  
 y un imperio en tí mismo  
 del universo entero te formaste,  
 ¿cómo cayó espantoso  
 de tu poder el hórrido coloso?

Cual sube audaz en las heladas cimas ,  
 que el aterido mar del norte baña ,  
 de endurecida nieve alta montaña ,  
 muerte y terror de los polares climas :  
 firme , inmoble y segura  
 sufre el eterno sol del Cancro ardiente :  
 la inmensa mole y dura  
 opone al rayo de la luz clemente ,  
 y en su seno acogida  
 niega por siempre al fuego de la vida :

Asi en el corazon , que el monstruo fiero  
 con su hielo infernal entorpeciere ,  
 jamás la triste humanidad espere  
 restos hallar de su calor primero.

¡ Ay de aquel desgraciado  
 que á su interes ó á su placer se atreva !  
 el hierro despiadado  
 ya amenazando está. Sin que le mueva  
 ni el rencor , ni la saña ,  
 tranquilo en sangre y lágrimas se baña.

Furias del Orco , huid : y tú , amor santo ,  
 padre de cuanto anima y cuanto crece ,  
 benigno á los mortales resplandece ,  
 y vierte al orbe tu apacible encanto.  
 La oscura venda deja ,  
 con que la infiel mudanza te cubria  
 y la celosa queja :  
 por ella el hombre te llamó algun día ,  
 maldiciendo tu imperio ,  
 placer mentido y torpe cautiverio.

Las dulces flechas que te dió natura  
para esparcir del ser la llama ardiente,  
templa, ó amor, en la sagrada fuente  
de la amistad inextinguible y pura:

y el amante enlazado

á la gentil beldad que lo enamora,

en lágrimas bañado,

exclame al despuntar de cada aurora:

«¡ destino venturoso,

el de hacerte feliz, siendo dichoso!»

Tú, divina amistad, del alto cielo  
al mundo, que te implora, ya descende,  
y en sus heridas amorosa extiende  
el bálsamo apacible del consuelo.

Gloria de los mortales,

salve: tú robas á la humana vida

la mitad de los males;

y á la breve porcion, tal vez mentida,

del bien, tú sola eres

quien renuevas los rápidos placeres.

Contigo la piedad en lazo amado  
temple al hombre los ásperos enojos,  
y el tierno llanto de sus dulces ojos  
calme el llanto infeliz del desgraciado:  
asi el blando rocío

el Euro entre sus alas atesora;

y cuando el soplo frio

del Aquilon los campos descolora,

con su lluvia templada

vuelve el ser á la rosa desmayada.

Mas ¡ oh ! ¿ ves la bondad , naturaleza ,  
 que tus inmensos ámbitos domina ,  
 y entre los rayos de su luz divina  
 ostenta pura su inmortal belleza ?  
 yo escucho el grato acento ,  
 que inunda de placer los corazones :  
 yo miro al vago viento  
 enarbolar los cándidos pendones ,  
 y su númen sagrado  
 el orbe todo venerar postrado.

Ya , ya la mano al pálido indigente  
 tiende benigno el prócer : junto al lecho  
 del moribundo en lágrimas deshecho  
 ya la piedad el poderoso siente :  
 ya el oro fermentido ,  
 por el que vió otro tiempo la doncella  
 su limpio honor vendido ,  
 es dote y premio á la modestia bella ,  
 y con hermosas flores  
 enlaza la virtud y los amores.

Contempla el padre anciano enagenado  
 de sus caducos años el consuelo ,  
 y sonrío al festivo nietezuelo ,  
 que con gracia infantil juega á su lado ;  
 y en su vejez felice ,  
 último rayo de un sereno día ,  
 al bienhechor bendice  
 que coronó sus canas de alegría ,  
 y plácido y tranquilo  
 descende de la tumba al quieto asilo.

Y tú, joven beldad, ¡cuán dulcemente  
 en la mansion del infeliz suspiras!  
 de la sañuda enfermedad las iras  
 ¡cuál templa tu ternura diligente!  
 ¡con qué rosas aviva  
 las gracias de tu angélico semblante  
 la bondad compasiva!  
 las ve el amor; adóralas tu amante:  
 y el premio entre sus brazos  
 da á tu piedad con regalados lazos.

Mas ¿veis á aquellas almas celestiales,  
 que en sus aras reunió beneficencia,  
 el seno penetrar de la indignancia,  
 y arrancarle el secreto de sus males?  
 ¡cuál endulzan piadosos  
 de un triste corazon el triste duelo!  
 ¡cuál brillan generosos,  
 de la maldad, que dominaba el suelo,  
 enemigos osados,  
 para el bien de la tierra conjurados!

¡Santa conjuracion! todas las gentes  
 seguirán tu bandera victoriosa:  
 prepara ya, posteridad dichosa,  
 laurel sagrado á las heróicas frentes.  
 Triunfad: el mundo entero  
 subyugue el entusiasmo que os anima;  
 y volando ligero  
 de nacion en nacion, de clima en clima,  
 por siempre cante el hombre  
 de la virtud el sacrosanto nombre.

Salve, hermosa virtud. ¿Cómo, si dabas  
 alma y vida á mi ser, no te sentía?  
 ¿cómo en mi seno sin vigor yacía  
 la fuerza celestial que le inspirabas?  
 Ya sé cuál es la fuente  
 de aquel vago llorar que la ternura  
 vertió á mi rostro ardiente:  
 ya conozco del bien la emocion pura,  
 que el mísero gemido  
 tal vez me sorprendió del desvalido.

Renueva pues tus cuerdas, dulce lira;  
 y en desusado y victorioso acento  
 acalla el grito del rencor sangriento  
 y la voz de la muerte y de la ira.  
 Rompe el velo sombrío,  
 que ocultó al hombre bajo el torpe imperio  
 del egoismo impío,  
 de su existencia el divinal misterio,  
 y enseña á los humanos  
 á ser en dulce paz dulces hermanos.

Que este impulso del bien, que en su clemencia  
 á nuestras almas concedió natura,  
 no puede, no, morir; la envidia impura  
 él lanzó de la edad de la inocencia.  
 El en la selva umbría  
 el hombre al hombre unió, cuando entre breñas  
 la sociedad nacía:  
 él postrando las hórridas enseñas  
 del interes inmundo,  
 los Casas y los Pen produjo al mundo.

Instinto natural, allá en el seno  
 del hondo corazón yace escondido,  
 dó el orgullo y el vicio fermentado  
 lo aduermen con su plácido veneno:  
 mas cuando el torpe encanto  
 rompe una vez de la infernal cautela,  
 por donde el rojo manto  
 extiende Febo, generoso vuela,  
 y estrecha blandamente  
 en lazo bienhechor la humana gente.

Así del claro sol destello puro,  
 en tímida centella transformado,  
 entre sus densas láminas trabado  
 encierra el pedernal inerte y duro.  
 Mas si activo el acero  
 fuerza á mostrarse la encubierta llama,  
 con ímpetu ligero  
 sobre el pábulo breve se derrama,  
 y crece y es hoguera,  
 y al Alpe y á Pirene consumiera.

## II.

LA BONDAD ES NATURAL AL HOMBRE.

¿Quién fue, quién fue el primero,  
 que á la crédula gente dijo impío:  
 «despeñado por lúbrico sendero  
 se precipita al mal vuestro albedrío,

y hechuras de una imbécil providencia,  
el crimen y el dolor son vuestra herencia?"

¿Quién fue que en torpe olvido  
de la virtud sencilla é inocente  
el siglo sepultó? ¿que así atrevido  
del pecho humano blasfemó insolente,  
y calumnió con pérfida impostura  
igualmente al Criador y á la criatura?

El Averno profundo  
lo abortó en sus furores sobre el suelo  
para tender al engañado mundo  
del atroz fanatismo el ciego velo,  
ó porque pueda sancionar impía  
sus crímenes la adusta tiranía.

¿Malo el hombre, insensato?  
¿corrompido en su ser? de la increada,  
de la eterna beldad vivo retrato,  
en quien el sacro original se agrada,  
¿solo un monstruo será, que horror inspira,  
prole de maldición, hijo de ira?

Y ¿por qué en su semblante  
la dulzura y bondad impresas lleva?  
¿por qué la vista noble y radiante  
al alto Olimpo generoso eleva,  
como buscando ansioso é impaciente  
de su origen la cuna refulgente?

¿Quién á su pecho ha dado  
este instinto de amor, que el hombre liga  
al hombre en sociedad? ¿quién le ha enseñado  
en las delicias de la paz amiga

á dividir con los demas mortales  
la herencia de sus bienes y sus males?

¿ De dónde el tierno llanto,  
que, si ve al infeliz, su rostro baña?  
¿ De dónde de la patria el amor santo?  
¿ la piedad paternal? ¿ la justa saña  
que brota en los airados corazones  
si el despotismo arbola sus pendones?

Bueno nace y hermoso  
el alma ser, honor de la natura:  
y aun entre el llanto acerbo y doloroso,  
que en su niñez le arranca la amargura,  
brilla en sus dulces labios pura y lisa  
de la bondad la angélica sonrisa.

Y luego jóven siente  
la activa llama del amor suave,  
y eternizando su existencia ardiente,  
como de Arabia la insepulta ave,  
nuevos seres produce al claro día,  
antes que yazga su ceniza fria.

Y en regalados lazos  
la dulce prole su cariño paga,  
á su cuello estrechada y á sus brazos:  
sustenta protector, plácido halaga;  
y en perpetuo solaz tranquilo espera  
el fin forzoso á su feliz carrera.

Tal es el hombre, cuando  
ni la opresion ni el fanatismo impío  
forma en las tierras ambicioso bando;  
libres las almas del furor sombrío,

que á temblar y á matar las arrebatá,  
y tiembla el necio y el malvado mata.

Tal es el que cantaste,  
dulce Virgilio, tú, cuando tendido  
al pie de umbrosa haya le miraste  
en apacibles ocios divertido,  
enseñando á los ecos gemidores  
el nombre de su bella y los amores.

O bien mas virtuoso  
el que vió en las helvéticas montañas  
Gesner sublime de Aquilon silboso,  
del hielo agudo despreciar las sañas;  
y en medio á la selvática natura  
aras alzar al dios de la ternura.

Asi del Erimanto  
vagó el hombre feliz por las riberas,  
sonando eterna paz en blando canto  
el eco de las ménalas praderas,  
cuando olvidados bélicos furoros,  
dió Arcadia el cetro á cándidos pastores.

Y aquella edad dorada  
desconocida en la sangrienta historia;  
mas cuya grata imágen lastimada  
la humanidad conserva en su memoria,  
y que pintaron en el suelo ibero  
el tierno Fenelon y el sacro Homero.

Las riberas del Bétis  
feliz la vieron en virtud sencilla;  
y el gaditano mar, donde de Tétis  
cayendo al gremio el sol, último brilla,

á la codicia , á la ambicion armada  
¡ay, breve tiempo! defendió la entrada.

La infame sed del oro  
y el amor del poder enfurecido  
de sangre humana y de inocente lloro  
bañó el mísero suelo entristecido ,  
y en los vestigios de la choza pia  
sus palacios alzó la tiranía.

Y luego levantando  
la adulacion su fementido acento ,  
del cielo hizo bajar el regio mando ,  
santificando al opresor violento ;  
y á un execrable y bárbaro asesino  
proclamó imágen del poder divino.

Gritó entonces artera  
la vil supersticion: «tristes humanos,  
sufrid y obedeced: si brilla fiera  
la dura espada en homicidas manos ,  
sufrid: nacísteis todes criminales:  
así Jove castiga á los mortales.»

Y así fue esclavo el hombre ,  
y así malvado fue. Su genio ardiente  
buscó en la guerra el ínclito renombre:  
surcó los mares la perversa gente ,  
y á sus reyes y dioses imitando ,  
la triste humanidad fue destrozando.

¿Qué fuerza bienhechora  
volverá al hombre su bondad natía?  
que del ardiente golfo de la aurora  
hasta dó hielá Cinosura fria

el poder, la maldad y la impostura  
su sagrado carácter desfigura.

Vosotras, consagradas  
almas á la virtud, la humana mente  
formad piadosas: caigan las lazadas  
que el fanatismo le ciñó inclemente:  
y libre la vereis, noble y gloriosa  
lanzarse al bien, que conocer no osa.

Y si yace oprimida  
de la verdad la tímida centella,  
cual suele entre la niebla denegrida,  
que exhala el mar, la vespertina estrella,  
romped heróicos con potente mano  
el torpe hechizo al corazón humano.

¿Dónde el alma sublime  
está, que el fuego sacrosanto inflama,  
y que del hombre el infortunio gime?  
Nazca ya al mundo la encubierta llama,  
nazca; y en mil incendios esparcida,  
siembre de la bondad la hermosa vida.

### III.

#### LÁ AMISTAD.

„Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo.”

RIOJA.

El himno santo de amistad rebose  
de mi inspirado seno:

tú, celestial virtud, mi númen eres.  
 Resuena audaz, ó lira; un nuevo modo  
 y desusado emprende: el fuego ardiente,  
 que al pítico cantor dispensa Febo,  
 y el sabio desvarío,  
 que derrama en los vates Hipocrene,  
 son hielo y niebla junto al fuego mio.

Brote la voz del corazón: resuene  
 en tiernos corazones,  
 asilos tuyos, ó amistad. — Respondan,  
 cual flébil eco en la repuesta gruta.  
 Aquí tienes tus aras, aquí tienes,  
 deidad oculta, víctimas y templo.  
 Aquí la espada impía  
 no alcanza, ni la astucia del inicuo,  
 ni el furor de la armada tiranía.

Lejos, profanos, id. Allá os aguardan  
 con la ambición sañuda  
 la maldad y el cruel remordimiento.  
 Pues lo quereis, sed infelices. Niegue  
 á vuestro helado pecho sus ardores  
 el sol de la amistad; y en pos corriendo  
 de pérfida esperanza,  
 al fiero númen erigid del mando  
 el altar de la envidia y la venganza.

O al cenagoso piélago lanzados  
 de sórdidos placeres,  
 á Venus sin amor, sin dulce risa  
 á Baco invocareis; ó ya de Pluto  
 el don aciago anhelareis sedientos:

todo lo gozareis , menos la dicha ;  
 la dicha , hermosa herencia ,  
 que á un tierno corazon el cielo guarda ,  
 hasta entre el polvo vil de la indigencia.

Para el amigo pecho reservaste ,  
 benéfica natura ,  
 tu inexhausta belleza. ¿ Qué es el canto  
 de las pintadas aves , si mi Eutimio  
 conmigo no lo oirá ? ¿ qué es la verdura  
 del fresco valle , el nácar de la aurora ,  
 ni el Austro enamorado ,  
 que halaga el blando seno de las flores ,  
 si á gozarlos sin tí soy condenado ?

Brilló hermosa la tierra , brilló el cielo  
 al feliz hombre , cuando  
 transmitir pudo su emocion suave  
 en otro corazon. La pura fuente ,  
 que por floridas márgenes resbala ,  
 la blanda luz de la argentada luna ,  
 los astros , que salieron  
 bajo su imperio á embellecer la esfera ,  
 emblemas del amor entonces fueron.

Y la muger divina , cual descuella  
 la rosa nacarada  
 entre las hijas del abril florido ,  
 las tiernas gracias y el pudor mostrando ,  
 de la beldad se coronó por reina.  
 Arde el hombre á su vista , y de su seno  
 viva llama desprende :  
 llama fugaz , que muere dando vida ,

y que de nuevo la amistad enciende.

¿Quién consuela, infelice moribundo,  
tus últimos instantes?

el caro amigo, en cuyo seno espiras.

¿Quién el pecho ulcerado, que lamenta  
la ingratitud y la perfidia, vuelve  
al amor de los hombres? el amigo,  
que le guardó constante

su corazón; y ni el sañudo hierro,  
ni del tirano el cetro fulminante,

Aterró su lealtad: sube animoso  
al fiero cadahalso,

y con su muerte ilustre lo ennoblece:  
rompe muros, escuadras atropella,  
arrostra el golfo y su indomable furia,  
audaz se entrega á la sangrienta saña  
del bárbaro enemigo,

denodado acomete al mismo Averno,  
por dar la vida á su adorado amigo.

¡Cuán grata de mi rápida existencia  
duplica los placeres

el alma amante, que en mí bien se goza!

¡Cuál consuela mis lágrimas el llanto,  
con que responde á mi aflicción! ¡Cuál arde  
en mi pecho, ó virtud, tu santo fuego,  
cuando tu mano miro,

Eutimio amado, al infelice abierta,  
y su pena halagar con tu suspiro!

No es tan dulce al cansado caminante,  
sí la ercimia montaña

venció ó el hielo de la cumbre alpina,  
 complacido vagar por los pensiles  
 del sosegado Pó, como á tu Anfriso,  
 del crimen fatigado y de los hombres,  
 hallar en tu alma pura  
 el no violado é inocente asilo,  
 dó anidan la virtud y la ternura.

Fulmina, ó Jove: agote el infortunio  
 contra mí sus rigores:

persígame el poder: grave mis dias  
 horrenda proscripcion: niégume esquivo  
 sus dones el amor: derrame el cielo  
 sobre mí sus incendios devorantes:

no verás á las quejas  
 mi labio abrirse, ni al dolor mi pecho,  
 si un dulce amigo en tu piedad me dejas.

Hijos de la amistad, almas queridas,  
 abrid los tiernos brazos

y el blando seno al amoroso vate.

Vosotros sois mi bien y mi tesoro:  
 ¿qué es sin vosotros el vivir? si un dia  
 perderos debe el desgraciado Anfriso,  
 entonces, parca impía,  
 su existencia, ya inútil y enojosa,  
 lanza al abismo de la tumba fria.

## IV.

AL MISMO ASUNTO.

¿Dónde, santa amistad, tu pura llama  
 anima á los mortales? ¿qué dichoso  
 clima ilustra tu rayo generoso,  
 ó en cuál region tu fuego se derrama?  
 ¿en qué pueblo el luciente  
 Febo de cuantos dora  
 de la remota aurora  
 hasta dó muere el dia,  
 oye aclamar tu nombre dulcemente  
 en himnos de alegría?

Tú del piadoso cielo fuiste dada  
 al mundo, y con tu influjo soberano  
 en grata paz el venturoso humano  
 gozó los años de la edad dorada.  
 El odio enfurecido  
 y el interes inmundo  
 aun no el Orco profundo  
 lanzara sobre el suelo;  
 y vivió el hombre con el hombre unido,  
 digno de tí y del cielo.

Mas ¡oh! cual leve sombra el inocente  
 siglo pasó y el tiempo afortunado:  
 la negra envidia el hierro despiadado  
 puso en la mano á la sencilla gente:  
 viendo brillar su filo

contra el inerme pecho ,  
de tu altar , ya deshecho ,  
elevas temerosa  
el presto vuelo , y al celeste asilo  
te refugias llorosa.

Hija de la virtud esclarecida ,  
¡ oh ! vuelve , vuelve al olvidado trono ,  
que profanó el mortal , cuando el encono  
tiñó en sangre su mísera guarida :  
vuelve , y la infanda guerra  
doma y la triste ira ;  
tu suavidad inspira  
en tiernos corazones ,  
y adore ya feliz la inmensa tierra  
tus cándidos pendones.

## V.

*Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con  
la profesion militar.*

A DON FRANCISCO JAVIER DE HORE.

*„Pietate insignis et armis.“*

VIRGILIO.

De la herborosa sirte se desata  
horrible tempestad : la luz serena  
oscurece del sol y enluta el orbe :  
el rayo brama en la encendida nube ,

y rasgándole el seno ,  
su rápida carrera sigue el trueno.

Las cavernas retumban: los peñascos  
estallan con fragor: vuelcan los rios  
embravecidas ondas: las arenas  
revuelve el mar sobre la adusta playa ;  
y los tristes humanos  
alzan al cielo trémulas las manos.

Ese terror universal, que sienten  
hombres y fieras, el sañudo silbo  
del Noto asolador, la densa lluvia  
que las campiñas cubre, ¿anuncia al mundo  
su destruccion postrera  
y de un airado Dios la saña fiera?

No; ya el veneno de la peste activo,  
que en los calmados vientos escondia  
el otoño febril, consume el rayo:  
ya con sus fuegos cárdenos renueva  
el caluroso ambiente,  
y temple el alto sol del Sirio ardiente.

Y esa incesante lluvia, que amenaza  
de la afligida Pirra el triste siglo,  
y aquel torrente, que el riscoso márgen  
vence soberbio y acomete el campo,  
á la estacion florida  
preparan ya los gérmenes de vida.

Sí, mi Javier: la próspera natura  
ligó al forzoso mal el bien suave.  
Bajo el estéril hielo crece oculta  
la espiga del abril: al seco estío

los plácidos aromas  
debe el frutal y las sabrosas pomas.

De esas montañas áridas, reliquias  
volcánicas del globo, monumentos  
de destruccion y ruina, se despeña  
sembrando vida en la llanura el rio.

¿Quién, sino el mar sañudo,  
dar libre paso á otro hemisferio pudo?

Maldiga el delicado ciudadano  
la adarga y lanza del bravo Marte:  
cargue de execracion aquel primero,  
que en breves tubos encerró la muerte,  
y con industria fiera  
el rayo abrasador robó á la esfera.

¿De qué fuerza sin él contra el impío  
la sociedad se armara? ¿quién pudiera  
de la agena ambicion vivir seguro?

¿Qué no osara la infanda tiranía,  
si su furia traidora  
no contuviese espada vengadora?

El tranquilo placer, que goza el hombre,  
ya habite los palacios, donde brillan  
la púrpura y el oro; ó retirado  
al seno de Minerva; ó bien le cubra  
techo de humilde paja,  
debe al guerrero, que imprudente ultraja.

Y si cual suele el espumoso rio  
minado el dique, la enemiga hueste  
por las campiñas patrias se derrama,  
de su indiscreta compasion entonces

el áspero castigo  
ve de la humanidad el necio amigo.

Y ¿no es humanidad la dulce vida  
por la patria entregar? ¿quién mas piadoso  
que el que defiende de opresion injusta  
matronas, niños, jóvenes y ancianos,  
y el incendio y la muerte  
contra el inicuo usurpador convierte?

Hiere, sí: mas tranquilo el caro hermano  
descansa en brazos de la dulce esposa:  
mata, y el suelo tiñe en roja sangre,  
y espiga de cadáveres las lindes:  
mas de feroz violencia  
florece libre la paterna herencia.

Y si tal vez el enemigo fiero  
las armas rinde á su valor, olvida  
que fue enemigo, y le socorre hermano:  
nunca hirió noble brazo al abatido,  
que su piedad reclama:  
sino al soberbio, que á la lid le llama.

Así modelo á la futura gente  
de valor y piedad miró Sicilia  
al gran Timoleon, cuando á los mares  
medroso huyendo y derrotado el peno,  
su libertad amada  
gozó de Cérés la feliz morada.

Justa cuanto horrorosa fue la prueba  
que á su austera virtud pidió el destino;  
que en sangre fraternal manchó su patria,  
mas sangre de un tirano. Agradecida

la ciudad de dos mares  
al fuerte vengador erige altares.

Díos del corintio fue : mas ¡ay! crinada  
de víboras la euménide sañuda,  
ante sus ojos gira : ve teñido  
de rojo humor el profanado techo,  
y huye á climas lejanos,  
ya endurecido á castigar tiranos.

Ofrecióle la altiva Siracusa,  
libertada por él, cetro y diadema :  
diadema y cetro adornan la indignada  
del fiero hermano macilenta sombra,  
que de vil tiranía  
odiosa imagen le persigue impía.

Y dice: «¿ por qué, pues, yerto cadáver  
allí á mi acento vengador caiste?  
¿ por qué yace á las fieras desperdicio  
desde la infausta Escila al Lilibéo  
el bárbaro africano,  
si el yugo ha de oprimir al triste humano?»

No : depongo el acero. Alzarlo manda  
la humanidad sobre el feroz malvado,  
que pide la corona y grita al hombre :  
*esclavo sé*. Deber tan doloroso  
ya dejé satisfecho,  
y destrocé ¡ infeliz! mi tierno pecho.

¿ Brilló la libertad? basta la sangre :  
¡ eterna maldicion al que levanta  
sobre hacinadas míseras ruinas  
con hierro y llama en soledad horrenda

su injusto poderío ,  
y se atreve á decir : *el hombre es mio!*

Doliente humanidad, la lanza aguda  
vibraré solo en tu defensa. Amigos,  
no se dirá que al sanguinoso solio  
subió Timoleon; ó que por tierra  
tanto muro postrado ,  
tanto cuerpo de fuertes destrozado

Sirvió solo á mi orgullo. En este asilo  
lamentaré la víctima que el cielo  
á inmolar me obligó. Goce Trinacria  
la dulce libertad; y si algun dia  
la amenaza un tirano ,  
pronta á vengarla encontrareis mi mano.”

Dijo ; y el templo augusto de la fama  
le abrió las puertas de oro. Tú, que aspiras  
al sagrado laurel; tú, á quien ya vieron  
pródigo de tu sangre las riberas  
del lento Guadiana,  
despojo á la ambicion gala y britana:

Y ansioso del peligro y la peléa  
de noble intrepidez modelo fuiste,  
no pienses que por la áspera carrera  
del fiero Marte encontrarás la gloria,  
si su furor violento  
no temple la piedad con blando aliento.

¡ Valor y humanidad ! almas sublimes,  
que oprime , mas no abate el infortunio ,  
almas nobles , defensa de la patria ,  
cuando la patria en su defensa os llame ,

mientras yace olvidada  
 en ocio ingrato vuestra invicta espada ;  
 Amad al hombre y socorredle. Un dia  
 menos severo os mirará el destino :  
 y si tal vez á la espantada tierra  
 lanza Belona el grito de la muerte ,  
 un corazon piadoso  
 sabreis llevar al trance riguroso.

¡ Con qué placer te miro, dulce amigo ,  
 levantar puro las augustas aras  
 de la santa virtud para los hijos  
 del implacable Marte ! ¡ cuán gozoso  
 entre su grito horrendo  
 la voz de la piedad estoy oyendo !

Vuela, alma generosa. . . De furores  
 fácil es inundar la tierra, fácil  
 verter de sangre caudalosos rios :  
 la grande empresa y árdua y solo digna  
 de un corazon sublime,  
 es consolar la humanidad que gime.

## VI.

### LA MAÑANA.

Rompe la niebla el sonrosado dia  
 del apacible oriente,  
 y sobre el golfo de la aurora fria  
 renace el sol ardiente.

Por los inmensos orbes se derrama:  
 la natura adormida  
 siente el calor de su celeste llama  
 y ser recobra y vida.

Que si robó la luz al triste suelo  
 la noche silenciosa  
 cuando mostró sobre el cenit del cielo  
 su frente pavorosa,

Ora lanzada al piélago de Atlante  
 el reino de las horas  
 te cede, astro del día rutilante,  
 que la tierra enamoras.

Ya el pajarillo por la selva umbría  
 salta en ligero vuelo:  
 los grillos rompe de la nieve fría  
 el tímido arroyuelo.

Abren su cáliz las nacientes flores,  
 y cefirillo osado  
 les roba en mil balsámicos olores  
 el beso regalado.

Todo es beldad. Hasta el breñal ríscoso  
 verdura y rosas mana:  
 hasta el pantano estéril de oloroso  
 junquillo se engalana.

Caro Melanio, y tú, de las pastoras,  
 dulce Aristo, cuidado,  
 venid: gozad tan deliciosas horas  
 con vuestro Anfriso amado.

Que así del cielo la piedad halaga  
 los míseros mortales,

y con placeres fáciles les paga  
los no evitados males.

¿ Por qué engañado en pos de su tormento  
anhela el hombre insano,  
cuando naturaleza á su contento  
brinda con larga mano?

¿ Quién recostado al pie de los laureles,  
que agita el manso viento,  
envidia los magníficos doseles  
del pérsico aposento?

¿ Quién el templado ambiente respirando  
y el ámbar de la vega,  
sueña en las glorias del funesto mando  
y á la ambicion se entrega?

Jamas en débil leño oyó el bramido  
del piélagó inclemente  
quien se adormió una vez al blando ruido  
de la emboscada fuente.

Otros se ciñan el laurel sangriento  
del bárbaro Gradivo:  
y bajo techo rústico el contento  
me halague á mí festivo.

Abre, natura, á un alma, que inspiraste,  
tus brazos hondadosos.  
Soy hombre: á ser dichoso me formaste,  
y á hacer á otros dichosos.

## VII.

A ALCINO. *(Imitacion de Horacio.)*

Huyó la nieve fría :  
 cobra el campo su yerba : el eminente  
 árbol su copa umbría :  
 ya menguado el torrente  
 besa humilde la márgen floreciente.

Ora que el verde manto  
 tiende sobre los valles primavera,  
 al son de dulce canto  
 va la ninfa ligera  
 hechizando con danzas la pradera.

Mas nadie, Alcino, fie  
 del sol alegre y el templado viento :  
 si ora Favonio rie,  
 el estío sediento  
 le lanzará de su florido asiento :

Para morir, apénas  
 vierta otoño pomífero sus dones  
 en las selvas amenas ;  
 y luego en los peñones  
 rebramarán los crudos Aquilones.

En alas de las horas  
 rapidísimo el año se desprende :  
 mas de abril las auroras  
 tornan, si Febo asciende  
 al rojo toro, y el cenit enciende.

De enero las ruinas  
 mayo alivia : nosotros , si pasamos  
 las puertas diamantinas  
 de Aqueronte , quedamos  
 polvo y sombra , y al ser jamas tornamos.

Que no , Alcino , á mis brazos  
 te volverán de alli la dulce lira ,  
 que entre pampíneos lazos  
 blando placer suspira ,  
 ni la santa piedad , que en tí respira.

No de aquellas mansiones  
 Cintia pudo librar su alumno amado :  
 las tartáreas prisiones  
 de Piritóo osado  
 romper á la amistad no le fue dado.

Goza , goza la hora ,  
 que aunque fugaz , benigna se te ofrece :  
 de la parca traidora  
 te burla , y favorece  
 al desvalido , que á tu umbral fallece.

Cuanto placer gozares ,  
 cuantos bienes con mano generosa  
 al pobre dispensares ,  
 lo aumentas á la hermosa  
 vida , y lo libras de la tumba ansiosa.

## VIII.

A LA SABIDURIA. (*Traducción libre de Richardson.*)

Ya el ave de la noche  
 deja el oscuro albergue,  
 donde esquivó del día  
 la lumbré refulgente:  
 y en tanto que las horas  
 beleño al mundo vierten,  
 entre las densas nieblas  
 sus negras alas tiende.  
 Con apagado canto  
 los vientos ensordece:  
 á meditar convida,  
 ¡y el necio vil la teme!  
 De Palas atenéa  
 amor, salve mil veces:  
 yo àl aviso severo  
 de tu voz obediente,  
 del templo, dó sus aras  
 tu angusta diosa tiene,  
 en la callada noche  
 saludo los dinteles.  
 Cuando la hermosa luna  
 su blanda luz extiende,  
 y la ilusion mentida  
 del mundo desaparece:  
 ni la ignorancia osada

fingir colores puede,  
 que con doloso brillo  
 el pensamiento cieguen,  
 entonces ¡ cuán benigna  
 del que á implorarla llegue  
 el silencioso voto  
 aceptará clemente!  
 Minerva ¡ ó tú, del hombre  
 alivio dulce siempre!  
 ¡ ó delicioso origen  
 de cándidos placeres!  
 En tus divinas aras  
 mi humilde ruego suene,  
 que de ambicion exento  
 el corazon te ofrece:  
 y de la luz guiado,  
 que grata me concedes,  
 á mas dignos objetos  
 aspiro noblemente.  
 No el mando suspirado,  
 no del Ofir los bienes,  
 no la flor venenosa  
 codicio de Citéres;  
 del humano deseo  
 ridículos juguetes,  
 son para el necio dichas,  
 y envidias para el débil.  
 A mí tu santa llama  
 benévola desprende,  
 que la inmortal belleza

de la virtud me muestre :  
los monstruos exterminé  
y la tiniebla ahuyente ,  
que del vivir la senda  
infestan y oscurecen.  
De un pecho puro dame  
la alegría inocente ,  
y que tu ley divina  
en mis afectos reine.  
Marchita edad tirana  
las rosas del deleite ,  
y á ser polvo en la tumba  
aprenderán los reyes :  
mas con verdor eterno  
prosperan tus laureles ,  
ni del tirano olvido  
la odiosa mano sienten.  
Tú el corazón del sabio  
benigna fortaleces  
para arrostrar del vulgo  
las mofas insolentes ;  
por tí al malvado huye ,  
no empero le aborrece :  
de la maldad se indigna ,  
del vicio se conducele.  
Salve : si tú lo animas ,  
vencer mi pecho puede  
del hombre la injusticia ,  
las iras de la suerte.

## IX.

A BERILO : ROGÁNDOLE QUE VUELVA AL BÉTIS A LOS  
BRAZOS DE SUS AMIGOS.

Asaz de nieve y hielo  
el monte su cerviz mostró cubierta :  
asaz del crudo cielo  
la campiña desierta  
sufrió el granizo destrozada y yerta.

El Noto proceloso  
despoja á abril de su florida gala :  
y silbando horroroso  
la mies naciente tala  
y el fuerte roble con la tierra iguala.

Al claro Bétis vimos  
ceñuda levantar la ovosa frente,  
y los troncos opimos  
en su rauda corriente  
llevar al dios del húmido tridente.

Las miseras cabañas  
del cierzo y de la lluvia heridas yacen ;  
y al pie de las montañas  
malignas yerbas nacen ,  
que los hambrientos corderillos pacen.

Con dolorido llanto  
el pastor sus mejillas humedece :  
el tardo buey en tanto  
bajo el yugo fallece  
y el ganadillo trémulo fenece.

¿Cuál dios ¡ ay desventura !  
 invocarán los cándidos pastores ?  
 tú, Pan, de la espesura,  
 que con tus ninfas mores,  
 sal coronado de espadaña y flores :

O tú, que del ganado  
 defensa y de las rubias mieses eres,  
 ¡ ay ! sobre el yermo prado,  
 benigna madre Ceres,  
 la abundancia derrama y los placeres.

Mas tú á nuestros egidos,  
 dulce Berilo, ven : el cierzo fiero  
 templará sus bramidos,  
 y el mirto placentero  
 florecerá en las faldas del otero.

Que la amistad divina,  
 de los pesares dulce encantadora,  
 la tristeza termina,  
 y halaga cuando llora,  
 y disminuye el mal, y el bien mejora.

Al aherrojado Orestes  
 exento de temor Pilades vino ;  
 y ni aceradas huestes,  
 ni el suplicio vecino,  
 ni del tirano el pecho diamantino

Su espíritu aterraron :  
 descende al calabozo, y dulcemente  
 sus pechos se adunaron ;  
 y templo refulgente  
 fue de amistad la cárcel inclemente.

Dejó en aquel momento  
 libre á Orestes la Erínnis vengadora  
 y el azote cruento :  
 ni la voz gemidora  
 resonó de la adúltera traidora.

Al reino del espanto  
 Alcides por su amigo descendiendo,  
 el sempiterno llanto  
 cesó y el ronco estruendo  
 y del trifauce con el grito horrendo.

## X.

## LA VIDA HUMANA.

¿ No ves, Fileno, en la florida espalda  
 de aquella umbrosa sierra y eminente  
 como un hilo de plata entre esmeralda  
 nacer bullendo imperceptible fuente ?  
 y ¿ cuál resbala por la herbosa falda  
 tan tenue y fugitiva su corriente,  
 que del aura sutil aun no es sentida ?  
 así comienza nuestra frágil vida.

Véla despues, cuando segura pisa  
 del primer llano el floreciente suelo,  
 con otras varias en alegre risa  
 ya convertida en plácido arroyuelo.  
 Ora por los declives baja aprisa  
 buscando el valle con risueño anhelo :  
 ora lenta, la selva circundando,  
 con las flores del márgen va jugando.

O bien, ya mas audaz, por la cascada  
 se precipita á la profunda umbría,  
 donde entre densas nieblas asombrada,  
 al prado sale á ver la luz del dia.  
 Deslízase del susto ya olvidada,  
 siendo del campo hechizo y alegría,  
 sobre alfombras de nacar, oro y grana,  
 y es viva imágen de la infancia humana.

Mírala luego montaraz torrente,  
 su caudal con las lluvias aumentando,  
 que veloz, atrevido é impaciente  
 por pedregosos valles va sonando:  
 apenas sufre ni el marmóreo puente,  
 ni el márgen, que acomete rebramando,  
 ni el firme robledal de su ribera,  
 ni el monte que se opone á su carrera.

Ya llega á la escarpada catarata,  
 y sin mirar su riesgo, obedeciendo  
 al ímpetu, que ciego lo arrebatá,  
 se lanza á los abismos con estruendo;  
 yace entre espumas de nevada plata  
 aprisionado su furor gimiendo:  
 y las ondas, al viento abandonadas,  
 tiñe el sol de colores variadas.

Mas ya del hondo páramo se eleva  
 sobre el risco muzgoso, que lo ataja;  
 y á la campiña, que de pompa nueva  
 vistió el mayo gentil, airado baja:  
 redil y chozas por delante lleva,  
 y la encina firmísima desgaja:

y templado jamas y siempre altivo  
es de la juventud retrato vivo.

Alli aumentado á caudaloso rio,  
la extendida llanura dominando,  
por los ribazos de su márgen frio  
con magestad tranquila va pasando:  
no le amedrenta ni el sediento estío,  
ni el sol, que le amenaza fulminando:  
y sosegado en su feliz carrera,  
mengua no teme, y crecimiento espera.

Mírale con qué orgullo desdeñoso  
recibe los tributos, que á porfia  
le rinden, ya el torrente impetuoso,  
ya el manso arroyo de la selva umbría:  
la ribera, que el valle delicioso  
con raudal apacible florecia,  
pierde su nombre, y en sonoro estruendo  
por el cauce fatal entra gimiendo.

Mas adelante otro soberbio halla  
tan audaz, tan valiente y tan crecido  
opuesto en su camino. Undosa valla  
alzan las aguas: dóblase el bramido:  
disputan en acérrima batalla  
de quién todo el caudal irá regido:  
vence, é hinchado la corriente eleva,  
y esclavizado á su contrario lleva.

Ingrato al bosque amigo, que acopado  
le adornó con sus sombras placenteras;  
pérfido al muro, que besó humillado  
cuando apenas llenaba sus riberas,

bate, si crece, el torreón alzado,  
 los troncos vuelca, inunda las praderas:  
 no hay ley, no hay freno, que su furia atajen,  
 y es, mortal, de tus vicios triste imagen.

Mas ya su curso en pasos tortuosos  
 quiebra lánguido y débil: mil corrientes,  
 que van á herir los márgenes limosos,  
 parten su fuerza en pequeñuelas fuentes:  
 aquel caudal, que muros generosos  
 combatiera y ciudades florecientes,  
 es solo inerte masa y extendida,  
 al soplo de los vientos sometida.

Ya, aunque indignado, ve que lo reprimen  
 puentes soberbios, muelles elevados:  
 que sus raudales retorcidos gimen  
 del espolon macizo quebrantados;  
 que mil bajeles la cerviz le oprimen,  
 de riquezas y crímenes cargados.  
 Del mar vecino la amargura siente;  
 imagen tuya, ó senectud doliente.

Ya la cerúlea espalda amedrentado  
 ve al ponto inmenso, que sorberle espera:  
 ya solícito escucha y aterrado  
 el continuo rugir de la onda fiera:  
 ya á su pesar camina arrebatado  
 al tablazo extendido, donde muera:  
 ya la mar le recibe dividida;  
 y así, Fileno, acaba nuestra vida.

## XI.

A TIRSI: EL TEMOR DE LO VENIDERO ES INUTIL.

Desprendióse Aquilon del polo umbrío :  
ya lento el arroyuelo  
corre apénas , cuajado el cauce frio  
en prisiones de hielo.

Y la flor , que de perlas salpicada ,  
á su orilla crecia ,  
marchita , entre la nieve sepultada ,  
su belleza natía.

Ya el labrador en reja brilladora  
trueca el pértigo ardiente ,  
y tras la tarda yunta de la aurora  
mira la luz naciente.

Abre en tendido sulco el almo seno  
á la fecunda tierra ;  
y entre la nieve , de esperanzas lleno ,  
pródigo el grano encierra.

Y espera el fruto á su industrioso anhelo  
en mieses abundosas ,  
cuando mayo gentil al fértil suelo  
vierta encendidas rosas.

Mas antes ; ay ! que en la vernal morada  
del Aries nazca el dia ,  
tal vez su vida y su esperanza amada  
segará parca impía.

Ultimo invierno , Tirsi , el hado triste  
dará á tu vida acaso

el que ora en tempestad sañuda embiste  
los piélagos de ocaso.

Saber el fin, que decretó el destino,  
no es dado á los mortales :

¿qué vale, Tirsi, con temor mezquino  
aumentar nuestros males ?

Reine en tu pecho el plácido alborozo,  
y el necio afan alanza ;  
ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo  
por dudosa esperanza.

La edad caduca por fatal sendero  
vuela á la tumba oscura.

Goza el tiempo, que es tuyo : el venidero  
¿quién, Tirsi, lo asegura ?

## XII.

A DALMIRO : DEBEN ABANDONARSE LOS CUIDADOS.

(*Imitacion de Horacio.*)

¿Qué te importa, si el galo belicoso  
vence, Dalmiro mio,  
el Rin soberbio, ó en el Alpe helado  
tremola sus pendones victorioso ?  
ó si el britano impío,  
del orbe separado,  
los piélagos altera  
y llena de terror la playa ibera ?

¡ Ah ! ¡ cuán pequeño afan á nuestra vida  
impuso el justo cielo,

cuando con blanda voz naturaleza  
á gozar de sus dones nos convida!

No, pues, el vano anhelo

de la infausta riqueza,

ni el inútil cuidado

de hoy mas perturbe el pecho sosegado.

Sí: que la juventud cual leve viento

huye precipitada,

y la árida vejez con planta odiosa

huella la flor mas tierna, de su aliento,

de su albor despojada.

No igual la luna hermosa

muestra siempre el semblante,

ni igual despide el sol su luz brillante.

¿Por qué, pues, con empresas superiores

á la flaqueza humana

el ánimo caduco fatigamos?

Ciñe, ó Dalmiro, de olorosas flores,

ciñe la sien ufana;

y mientras que gozamos

de nuestro abril florido,

las penas enojosas da al olvido.

Y riberas del Bétis delicioso

alegres discurriendo,

en grata union á la amistad divina

entonemos el himno sonoro:

y luego el manso estruendo

de fuente cristalina,

la noche y Filomena

convidarán á la quietud serena.

XIII.

A ALBINO: LA FELICIDAD CONSISTE EN LA MODERACION DE LOS DESEOS. (*Imitacion de Horacio.*)

Descanso pide al cielo el navegante,  
cuando entre niebla oscura  
se oculta Febo, ni su luz brillante  
da cierta Cinosura.

Descanso pide el galo belicoso,  
domador de naciones:  
descanso el anglo, cuando el mar undoso  
discurren sus pendones.  
Mas ¡oh! no el triunfo de la guerra impía,  
dulce Albino, lo adquiere,  
ni cuantas perlas y oro Febo cria  
adonde nace y muere:

Sino el parco vivir, la sóbria mesa,  
el pecho descuidado,  
que la ambicion no aguija, ni embelesa  
el interés malvado.

Y el dócil corazón, que blando cede  
á la fortuna ciega,  
y entre el placér, que grata le concede,  
olvida el que le niega.

¿Por qué en deseos el mortal destruye  
la breve edad, que alcanza,  
y en pos del bien mentido, que nos huye,  
anhela la esperanza?

¿Por qué otro sol buscando y otras tierras  
 inquieto, dí, te agitas?  
 Si de la amada patria te destierras,  
 á tí jamas te evitas.

Goza el placer, que pródiga natura  
 te ofrezca sin desvelo:  
 templa con blanda risa la amargura,  
 que te destine el cielo.

¿Quién es feliz en todo? si al contento  
 va la desgracia unida,  
 halaga con el bien tu pensamiento,  
 y el mal futuro olvida.

Febo te dió su lira numerosa:  
 la virtud un amigo:  
 rompe la venda á la ilusion dañosa  
 y vive ya contigo.

#### XIV.

INVOCACION DEL POEMA DE LUCRECIO: *De rerum  
 natura.*

Madre de los romanos, alma Venus,  
 deleite de los hombres y los dioses,  
 que el navegable mar, la tierra fértil,  
 productora de los frutos, llenas  
 con tu nombre divino: tú, que el orbe,  
 que los astros girantes señoreas;  
 tú por quien se conciben los vivientes  
 y á la luz pura de los cielos nacen,

tú el Aquilon sañudo, tú la bruma  
 del escarchado invierno al polo ahuyentas ;  
 que apenas apareces , la morada  
 de Céres brota flores , te sonríe  
 el extendido ponto , y resplandece  
 con blanda llama el sosegado viento :  
 y cuando la rosada primavera  
 abre las puertas del fulgente día ,  
 y el amoroso Céfito rompiendo  
 la prision del ocaso , halaga el mundo ,  
 el coro volador de dulces aves  
 anuncia tu llegada , el tierno pecho  
 herido con tu harpon : rebaños , fieras ,  
 por entre alegres yerbas van saltando :  
 pasan ligeras los veloces rios ;  
 y el atractivo del placer siguiendo ,  
 dó quier las llamas obedientes vuelan .  
 Tú el blando amor esparces , ya en los campos ,  
 que pinta el ledó abril ; ya en las montañas ,  
 ya en los senos del piélagó rugiente .  
 De amor llenas la selva : « amor » resuenan  
 las frondosas mansiones de las aves ;  
 y así del ser la llama fugitiva  
 por tu divino influjo se propaga .  
 Inspira tú mi acento , tú , que el mundo  
 y la natura mandas : nada amable ,  
 nada alegre es sin tí : nada del día  
 goza sin tí la refulgente lumbré .

## XV.

PODER DE LA IMAGINACION EN EL SUEÑO.

(Traducción de Delille.)

Así en continua acción la fantasía  
 discurre á su placer: pinta, engrandece  
 y produce fecunda. Cuando al orbe  
 tiende la quieta noche el negro velo,  
 y duermen vientos, piélagos y selvas,  
 ¿quién no siente su activo poderío?  
 Cual resuena vibrante el duro bronce,  
 aun despues de pulsado: cual la barca,  
 impelida una vez de fuerte brazo,  
 no olvida el remo y sobre el agua vuela,  
 así aun en la quietud se agita el alma,  
 á los impulsos, que sintió, obedece,  
 y la noche en sus cuadros copia el dia,  
 y eco los sueños son de las ideas.  
 El pincel delirante á veces une,  
 separa á veces sin razon ni tino,  
 y muda y desconcierta los objetos:  
 como en el claro espejo de las ondas  
 vemos pintarse el inclinado tronco  
 superior á su copa, la alta nube  
 por el profundo abismo circulando,  
 la tierra bajo el agua, los corderos  
 en la mansion del pez, y los arroyos  
 corriendo por la bóveda del mundo:  
 mas el alma del cuadro no varía.

Soñando el orador divide en partes  
su sermón y fastidia al auditorio.

Soñando el juez, por la chillante rueda  
de una elocuencia bárbara arrullado,  
duerme en el tribunal: sueña el ministro  
y su desden y gravedad ensaya,  
y extiende al memorial la corta mano:  
en sueños el actor sobre la escena  
su acción despliega y su mirada firme:  
en pos corre el autor del consonante  
y de la liebre el cazador: descubre  
el avaro infeliz nuevos tesoros.

Sueña el grande veneras: y al mendigo,  
benéfico Pentievre, el llanto enjugas.  
Del caro amigo, cuya ausencia llora,  
el amigo en sus sueños vé la imagen:  
la hora recuerda, reconoce el sitio,  
en que la acerba y triste despedida  
con silencioso lloro prolongando,  
inmóviles sus ojos le siguieron.

¿Describiré el delirio de un amante,  
y aquellos dulces sueños, que enriquece  
con ilusiones plácidas Morfeo?

Palpitando el amor y la esperanza  
en su anhelante seno, vé y escucha  
la celeste beldad, que lo enamora.  
Sobre el clavel purpúreo de sus labios  
muere el desden, y nace blandamente  
la lánguida sonrisa del cariño. . .  
Mira ¡ó felicidad! mira sus brazos,

sus regalados brazos extenderse,  
 y en amorosos nudos rodearle...  
 Recibe el beso ardiente del deseo...  
 tiembla bajo la mano encantadora,  
 que lo acaricia... El refulgente día  
 envidiará al nacer, ó noche oscura,  
 tus prestigios: ¿qué mucho, si en el nectar  
 del dulce amor empapas tus beleños?

## XVI.

A ALBINO.

Tú del sacro Helicon, mi dulce Albino,  
 ascendiste á la cumbre soberana,  
 y fuiste en ella honor del almo coro;  
 para tí su divino  
 mirto Vénus ufana  
 cultivó entre los nácares y el oro:  
 y si imitas de Apolo el sacro acento,  
 y de su noble aliento  
 celebras la victoria  
 en desusada lira,  
 el refulgente ramo de la gloria  
 que adora el Bétis, por tus sienes gira.

Mas no por igual senda el dios de Delo  
 á la inmortalidad pródigo guía  
 cuantos bebieron la Castalia fuente:  
 cual el templado cielo  
 canta y la selva umbría  
 y del manso arroyuelo la corriente.

Cual de celeste ardor arrebatado,  
 levanta el vuelo osado,  
 y el soberano asiento  
 de Júpiter temido  
 describe audaz y el vasto firmamento  
 á su voz poderosa estremecido.

Cual las revueltas haces y el horrendo  
 carro de Marte y la homicida guerra  
 y el asta de Belona ensangrentada  
 y el pavoroso estruendo,  
 con que al mortal aterra  
 la trompa, por las madres detestada.  
 Cual el dulce solaz de los pastores,  
 los tranquilos amores  
 dirá y el ocio blando:  
 y cual del generoso  
 Baco, la copa alegre vaciando,  
 celebra agradecido el don precioso.

Mi musa no las rosas y alelíes,  
 que halaga Iedo con raudal sonoro  
 el Permeso apacible, altiva quiere:  
 ni orientales rubíes,  
 ni las coronas de oro,  
 que Febo á sus alumnos repartiere.  
 Si modesta viola, malva errante  
 ó girasol amante  
 tejieren mi guirnalda,  
 entonces tu glorioso  
 triunfo del Pindo en la canora falda  
 admirado veré, mas no envidioso.

## XVII.

A FILENO: EL SOSIEGO DE LA VIRTUD.

¡ O mil veces feliz quien del profano  
vulgo no conocido ,  
burla de la ambicion el dardo insano ,  
y se acoge al retiro apetecido !

La paz, ó mi Fileno ,  
la paz lo halaga en su amoroso seno.

Y respirando el aura deliciosa  
de la santa alegría ,  
gozoso y grato en voz armoniosa  
himnos entona al Hacedor del dia ,  
cuando del rojo oriente  
eleva Febo la encendida frente.

Y cuando al ocultar su lumbre pura ,  
la noche sosegada  
va descubriendo entre la niebla oscura ,  
de luces mil la esfera iluminada ,  
canta el poder divino ,  
que señaló á los astros su camino.

¡ Ah! no en vano á su vista resplandece  
la tierra engalanada  
con las riquezas , que al mortal ofrece :  
su alma pura , de gozo enagenada ,  
recibe el don precioso ,  
y humilde adora al bienhechor glorioso.

No la homicida trompa á los furores  
 y á las lides lo inflama,  
 ni del pérfido dios de los amores  
 arde en su pecho la funesta llama:  
 tú, virtud, sola eres  
 la fuente perenal de sus placeres.

¡Hija del cielo! tu favor divino  
 ¿podrá serle negado  
 al que contrario y bárbaro destino  
 arranca del sosiego suspirado,  
 ligándolo inclemente  
 con duro lazo á la perversa gente?

¡Ah! no: vierta en el mundo su veneno  
 la maldad orgullosa:  
 del varon justo el no manchado seno  
 será de la virtud morada hermosa;  
 y aquel sagrado abrigo  
 no violarán ni el crimen, ni el castigo.

## XVIII.

### LA GLORIA DE LOS HOMBRES BENEFICOS (1).

Reina ya en nuestros climas: la ribera,  
 beneficencia santa, te convida  
 del olivoso Bétis, dó florida  
 se complace la amable primavera:

---

(1) Leida en junta general de la sociedad patriótica de Sevilla en 24 de Noviembre de 1800.

aquí dó reverbera  
 cayendo en occidente  
 la amortiguada luz del sol hermoso,  
 erige, erige el trono venturoso,  
 y triunfa eternamente.

Héroes de paz y bendición, la gloria  
 os ceñirá de plácidos laureles:  
 no con manos sangrientas y crueles  
 los rociará la bárbara victoria,  
 ni mostrará la historia  
 de innumerables hombres  
 sobre el campo los restos hacinados;  
 ni de su sangre y maldición cargados  
 vuestros augustos nombres.

Difundís del saber la lumbre clara,  
 de la virtud los celestiales dones;  
 y graba en los humanos corazones  
 el dulce amor vuestra memoria cara.  
 Allí el cielo os prepara  
 mas grato monumento,  
 que cuantos sobre el campo devastado  
 la mano erige del feroz soldado  
 al vencedor sangriento.

A vuestra voz confuso desaparece  
 el ocio y el error: dó espino rudo  
 pobló las vegas, entre el hielo agudo  
 ya la naciente espiga reverdece.  
 Al labrador ofrece  
 la selva engalanada  
 entre colgantes flores fruto opimo:

ya de la hojosa vid pende el racimo  
 en la roca escarpada.

Por vos el sábio a la mansion ardiente  
 se eleva de la luz, madre del dia,  
 y del celeste giro la armonía  
 audaz revela a la admirada gente.  
 En el nítido oriente  
 señala la urea cuna,  
 do nace el sol tras la rosada aurora,  
 y el desigual semblante, que colora  
 a la argentada luna.

O cuando de Aquilon la nave herida  
 del mar desierto en la escollosa plaga,  
 rotas velas y antena, incierta vaga  
 de las hinchadas olas combatida,  
 la senda ya perdida  
 al marinero yerto  
 señala en el fanal, que el polo luce,  
 y de la cara patria lo conduce  
 al suspirado puerto.

Por vos el genio a la natura hermosa  
 vencedor roba el misterioso arcano,  
 y noble don del cielo soberano,  
 no se adormece en languidez ociosa.  
 La juventud fogosa  
 busca en las sabias lides (1)

---

(1) La sociedad propone premios anuales á los discípulos mas sobresalientes de las tres clases de matemáticas, que estan a su cargo.

el verde lauro del pastor de Anfriso :  
 por vos no envidia Bétis al Iliso  
 sus Hiparcos y Euclides.

¡ Ah! si á la yedra de Helicon luciente,  
 de mi cítara humilde pompa altiva,  
 Minerva entrelazó la sacra oliva  
 del ramo, que á Newton ciñó la frente,  
 vuestro es: el pecho ardiente  
 en juvenil anhelo  
 de excelsa gloria y de saber ardía:  
 y con el premio, que los genios cria,  
 me ensalzásteis al cielo.

Y tú, amable niñez, dulce esperanza,  
 dulce amor de tu patria, ¡ cuán piadoso  
 de vuestro labio de carmin gracioso  
 admite Dios el himno de alabanza!  
 Dios de bondad, tú lanza  
 al denegrido Averno  
 el vicio; y en mil hierros oprimido,  
 jamas de la inocencia el fementido  
 empañe el lustre tierno.

Mas ¿ veis? ¿ ó bien encanto delicioso  
 me engaña? yo la miro: ledo brilla  
 entre el amado coro, que acaudilla,  
 mas que de humana su semblante hermoso.  
 Ora del Pindo umbroso  
 sobre la lira mia,  
 blandas rosas, lloved: la virtud canto:  
 resuene en Helicon su nombre santo  
 con mas grata armonía.

Elisa (1), salve, ó tú, de nuestro suelo,  
del Bétis dulce gloria. Salve, amada  
siempre y digna de amor: tú fuiste dada  
á nuestra patria del benigno cielo.

Por tí su justo celo  
anima el virtuoso;  
y al ver de la bondad la imágen pura,  
tiembla el crimen audaz y en noche oscura  
se esconde tenebroso.

Tú en la niñez de la virtud derramas  
el fuego que tu pecho ha consumido.

Tal vez, amante esposo, complacido  
verás embellecer sus puras llamas  
á la beldad que amas;

y con blanda sonrisa  
dirás feliz: «la cándida inocencia,  
la dulce paz, la celestial prudencia  
adoro en tí de Elisa.»

Vive feliz, y si á la lira mia  
triunfar del tiempo edaz fue concedido,  
tu gloria vivirá libre de olvido  
desde la aurora hasta dó muere el día:  
y mientras la fe pia,  
el ánimo elevado

(1) La señora marquesa de Paradas se ha consagrado á la educacion de la niñez en una de las tres amigas gratuitas erigidas por la sociedad. Es de esperar, que tan noble ejemplo, seguido por otras señoras, contribuya poderosamente á mejorar la educacion del bello sexo.

y la bondad no odiaren los mortales,  
 cual nuncio de favores celestiales  
 será tu nombre amado.

Hijos de Apolo, ¿y la gallarda frente  
 doblareis mas ante el guerrero injusto?  
 ¿Postrareis á sus pies el lauro augusto,  
 que habeis cogido en la castalia fuente?  
 De Gradivo inclemente  
 olvídense la ira,  
 ó virtud, por tus cándidos pendones:  
 abraze vuestros nobles corazones  
 el fuego, que me inspira.

Las trompas arrojad: de Pirro alabe  
 otro y de Aquiles los funestos nombres:  
 mi lira, bienhechores de los hombres,  
 solo cantar vuestras hazañas sabe:  
 y mientras Delio acabe  
 su perpétua carrera  
 del mar de Iberia en las espumas frias,  
 vuestra gloria inmortal dirán los dias  
 á la edad venidera.

## XIX.

### LA FELICIDAD PUBLICA (I).

Sobre las cuerdas de mi lira vuela  
 el cántico del bien, ora que tiende

---

(1) Leida en junta general de la sociedad patriótica de Sevilla en 24 de Noviembre de 1802.

la dulce paz sus blancos pabellones,  
 y de la adusta frente los guerreros  
 el yelmo ensangrentado desenlazan.  
 Héroes de maldicion, el hierro impío  
 y el tronante cañon dejad: la tierra,  
 ya saciada de sangre y de ruinas,  
 á ser feliz sin vuestra espada anhela:  
 y tú, felicidad, del alto cielo  
 el mas precioso don, mi acento mueve:  
 enseña por mi voz á los mortales  
 el arte de gozar; y la hermosura  
 de la santa virtud brille á sus ojos:  
 cual otro tiempo á cándidos pastores  
 en la dorada edad tú amanecías  
 con los primeros rayos de la aurora;  
 y al derramar los sueños deliciosos  
 la oscura noche, libres de cuidados  
 en tu materno gremio reposaban.  
 ¿Por qué el hombre olvidó la ley suave,  
 que le dictaste entonces? el deseo  
 del bien de los demas ¿por qué no anida  
 en el humano corazon? Mortales,  
 solo á este precio lograreis la dicha.  
 ¡Quién me diese exhalar del pecho mio  
 el fuego bienhechor que lo consume,  
 y en los helados ánimos lanzarlo!  
 Tú, ambicion del poder: tú, del Averno,  
 pálida envidia, reina: tú, vil odio,  
 de insaciables serpientes devorado:  
 vosotras, pestes del horrendo Erebo,

al patrio abismo huid: libre la tierra  
de la ominosa hueste, en el humano  
el ya feliz humano se complazca.

Labra, ó natura, en tu escondido seno:  
el hierro bienhechor: labra, no temas:  
que no ya el hombre en homicida punta  
ó alfange coryo trocará tus dones;  
ni sepultado en el amigo pecho  
el pérfido puñal, horrorizadas  
gemirán tus entrañas maternas:  
mas convertido el mineral precioso  
en reja aguda, de la hermosa tierra  
penetrará los escondidos senos,  
y hará brotar la fuente de abundancia.  
Desde las altas sierras desatados  
derramarán el gérmen de la vida  
sobre las vegas los fecundos rios:  
no ya enrojecerá la sangre humana  
su raudal puro, ni Eco en sus riberas  
del bronce asolador el estallido  
lanzará flébil al remoto golfo:  
mas el sonido de la dulce avena  
y el canto del amor sobre sus ondas  
resbalará tranquilo: el Euro leve  
lo llevará, cuando la aurora nace,  
desde los labios del pastor querido  
al redil de su bien: dulce el Favonio,  
cuando el sol muere, en sus purpúreas alas  
lo halagará, y á la cancion suave  
sonreirá amante la gentil pastora.

Rodeará en tanto á la fecunda madre  
la prole de su amor: no de su gremio,  
del gremio maternal el hijo insano  
se arrojará tras el fantasma impío  
de gloria funeral, ni de la trompa  
el ronco son aterrará sus lares.

Cual la robusta encina, que vegeta  
desde el antiguo siglo, no insultada  
del huracan, verá los dulces hijos  
á su lado crecer. Firme y profunda  
la virtud en sus ánimos se asienta,  
como el monte, que estriba sus raíces  
en las bases del mundo. El padre amante  
sobre la esteva del arado espera  
la risa matinal. Trabajo y premio  
son su felicidad: el verde prado  
da á su rebaño pasto delicioso  
entre las bellas hijas de la aurora:  
sobre su frente, del sudor cargada  
y de la honrosa ancianidad, tranquilos  
se multiplican del placer los días.

Mas ¿cuál prora veloz el ancho golfo  
rompe en sulco espumante? La alegría  
y el bien lleva á las márgenes remotas,  
y el bien traerá á los campos de su patria.  
Pacífico habitante de la cuna,  
dó en los brazos del Euro nace el día,  
goza tranquilo tan feliz morada.  
No, Ganges, tus riberas florecientes,  
ni tu sacro raudal enrojecido

verán los dulces pueblos de la aurora.  
 Y vosotras, mansiones del ocaso,  
 que veis templarse en los inmensos mares  
 el carro abrasador, que dora el cielo,  
 no temais: no ya viene la alta nave,  
 de muerte, luto y destrucción preñada,  
 á espigar de cadáveres los campos  
 y á trocar sangre y crímenes por oro.  
 Solo viene pacífica á ofrecer  
 los dones, que derrama la natura  
 en los prados del Bétis. Las riquezas,  
 que el abismo del piélago espumoso  
 y el fiero Noto separó del hombre,  
 en busca suya vuelan á otros climas  
 bajo las alas de tranquila popa.  
 Así el mortal, fundando su ventura  
 en la dicha comun de sus hermanos,  
 une en lazo de paz entrambos orbes.

¡Dulce ilusion! vosotros, oh felices,  
 oh gloriosos varones, de la patria  
 á un tiempo la esperanza y la delicia,  
 á vosotros el cielo ha concedido  
 dar vida á mi ilusion. Sientan las almas,  
 del bien comun y de virtud sedientas,  
 brillar sobre las márgenes del Bétis  
 un nuevo sol de nueva edad de oro.  
*Haced bien, instruid*: que agradecida  
 de la posteridad la inmensa prole  
 esculpirá en el templo de la gloria  
 vuestro nombre y loor. «Aquel primero,

dirá, sembró de refulgente lumbre  
 la senda del deber, y las lecciones  
 del mutuo amor dictaba á los mortales.  
 Aquel de nuevos gérmenes poblaba  
 las patrias vegas, y el vigor nació  
 su genio agricultor enriquecía  
 de la fecunda tierra. Sobre el Pindo  
 se sació aquel de la inspirante onda,  
 y cantó la virtud y los solaces.  
 Cuál la balanza, que equilibra el mundo  
 enseñaba, y la fuerza que arrebató  
 al sol ardiente el pálido Saturno,  
 y entre argentadas lunas lo sostiene.  
 Y cuál en fin con sobrehumano acento  
 á la admirada juventud corria  
 el velo del empíreo; *Dios, mortales,*  
*un Dios de amor vuestro destino rige.*  
*El dulce amor es la virtud hermosa,*  
*y eternidad de amor será su premio."*

Así dirá: y en el sepulcro frío  
 vuestros callados manes escuchando  
 las bendiciones de la edad futura,  
 gozarán otra vez del bien que hicieron.

## XX.

## EL TRIUNFO DE LA TOLERANCIA (1).

¡ Ay! ¿ cuándo brillarás, felice día,  
 en que estreche el humano  
 con el humano la amorosa diestra?  
 ¿ cuándo será el momento, que destierre  
 á la olvidada historia  
 el grito funeral de guerra y gloria?

Dulce beneficencia, tú del cielo  
 el don mas delicioso,  
 del mísero mortal desconocida,  
 ¿ adónde, adónde fijarás tus aras,  
 cuando en tu fuego ardiente  
 se purifique la malvada gente?

¡ Ah! descende: tu santo trono sean  
 rendidos corazones,  
 y la virtud tu sacrificio: extiende  
 el cetro bienhechor, que te confía  
 el Hacedor del mundo,  
 y llena el orbe de tu ardor fecundo.

¡ Oh tantas veces tanto suspirada  
 de las almas sensibles,  
 y apenas á sus votos concedida!

---

(1) Léida en una sociedad de beneficencia, cuyas reuniones se celebraban en el local de la extinguida Inquisición de Sevilla.

ven: contigo la paz, la tolerancia,  
y la amistad hermosa  
embellezcan la tierra ya dichosa.

Que asaz de sangre retirió su acero  
el fanatismo impío,

de la máscara hipócrita velado:  
asaz quemó su antorcha asoladora,  
á la ambicion prestada,  
del inocente la infeliz morada.

Sí: yo los ví: ¡los monstruos! de ira ardiendo,  
sedientos de venganzas,  
invocaron á un Dios de mansedumbre:  
en su sangre de amor fieros mojaron  
los agudos puñales,  
y á destrozarse volaron los mortales.

¡Oh tristes campos de la antigua Albiga!  
¡oh cavernas del Alpe!  
¡oh noche infanda de delito y muerte,  
en que el furor sagrado y la perfidia  
y la ambicion insana  
las Galias inundó de sangre humana!

Y tú ¡oh España, amada patria mía!  
tú sobre el solio viste,  
con tanta sangre y triunfos recobrado,  
alzar al monstruo la cerviz horrenda,  
y adorado de reyes,  
fiero esgrimir la espada de las leyes.

¡Execrables hogueras! allí arde  
nuestra primera gloria:  
la libertad comun yace en cenizas

só el trono y só el altar. Allí se abate  
bajo el poder del cielo  
del libre pensamiento el libre vuelo.

¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,  
qué sed devoradora  
de sangre y de suplicios os enciende?  
¿No veis en esa víctima sin crimen,  
que la impiedad condena,  
de la patria la mísera cadena?

Y ¿qué, grande Hacedor, en nombre tuyo  
siempre el mortal perverso  
degollará y oprimirá? Creando,  
cual es su corazón, un Dios de ira,  
¿volará á las matanzas  
invocando al Señor de las venganzas?

Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbría  
desde la helada orilla  
del caledonio golfo se desprende?  
*hombres, hermanos sois, vivid hermanos:*  
y vuela al mediodía  
y al piélago feliz dó nace el día.

Sí: que una vez el Hacedor benigno  
dijo: *que la luz sea,*  
y fue la luz. Tronó sereno el cielo,  
y desde el Tajo hasta el remoto Ganges  
desplómense al abismo  
las aras del sangriento fanatismo.

Salud, mundo infeliz: ya destruido  
ves el imperio horrendo  
que levantó el error: ya se oscurece

al celestial aspecto de la lumbre  
 la abominable hoguera,  
 que un diluvio de sangre no extinguiera!

¡Ay! que ya del oceano saliendo  
 la lumbre bienhechora,  
 por los iberos campos se dilata.

¡Ay! que ya las riberas inundando  
 del levítico Bétis,  
 llega á las playas últimas de Tétis.

Mas ¡oh! ¿dónde se fija? ¡oh santuario  
 por siempre respetable,  
 otro tiempo espelunca de furoras!  
 sí, santa luz: dó tus reflejos miro,  
 allí con luz sombría  
 de la supersticion la antorcha ardia.

Ardia, sí: y los hombres engañados,  
 que deslumbró su fuego,  
 allí mismo la muerte fulminaban,  
 en tu nombre, ó Señor de las piedades:  
 allí, allí los insanos  
 degollar meditaban sus hermanos.

Y la calumnia, como sierpe astuta,  
 que sus vestigios borra,  
 la víctima inocente sorprendia:  
 y pérfida de Témis la balanza  
 oprimió al acusado  
 con el peso de un Dios de furia armado.

Ese lumbroso oriente, ese divino  
 raudal inextinguible  
 de saber, de bondad y de clemencia,

fue trono de feroces magistrados,  
 cuya justicia impía  
 vengar de Dios la injuria presumia.

¡Olvido eterno á su crueldad! y sea  
 castigo á tanto crimen  
 el perdon, que las víctimas conceden.  
 Si es posible, tu velo, ó tolerancia,  
 sepulte sus errores,  
 y tú, prole futura, los ignores.

Hijos gloriosos de la paz, el día  
 del bien ha amanecido:  
 cantad el himno de amistad: que presto  
 lo cantará gozoso y reverente  
 el tártaro inhumano  
 y el isleño del último oceano.

## XXI.

\* EPISTOLA A JOVINO, ELEVADO A UNA  
 MAGISTRATURA.

Ya en fin, Jovino, los serenos días  
 de la virtud renacen: ya alentada  
 con el favor de la justicia augusta,  
 asciende al santo sòlio y se corona:  
 al sòlio, tanto tiempo disputado  
 por la perfidia vil, que horribles sañas,  
 negra calumnia y alevoso hierro  
 á la inocencia y probidad opuso.  
 Tiempo infeliz aquel, dulce Jovino,  
 que el mérito temblando caminaba

al debido esplendor , por entre puntas  
de no evitadas flechas , que á tu seno  
asestó infame y escondida mano.

Mas la virtud , en cuyas santas aras  
un puro corazon siempre ofreciste,  
tus vacilantes pasos dirigia :

y el puñal venenoso y las saetas  
de tí apartó su impenetrable egide.

¡ Ah ! tal vez densa y horrorosa nube  
vomita al aire el pálido Aqueronte ,  
que en raudo remolino sube al cielo ,  
y se afirma en los mares : desde el polo ,  
cual descogido velo , al austro ardiente  
en las alas del Noto se despliega.

En vano la acomete el tibio rayo  
de la naciente aurora , que perdido  
entre sus sombras vencedoras muere ,  
y á los mortales ojos huye el dia.

Mas pronto desde el Ganges se desata  
el Euro volador , que ante su rostro  
la extendida tiniebla va ahuyentando :  
y partiéndola en rápidos celages

la arroja triunfador al seno oscuro  
del remoto Occidente : el sol rosado  
muestra benigno la encendida frente ,  
y postrado el mortal la luz bendice ,  
y al dador de la luz gozoso adora.

Tropa feroz , de la virtud divina  
enemigos jurados , su luz santa  
no el sañudo rencor , no la calumnia ,

que en vuestro labio anida, no la envidia  
 eclipsarán, ni la impiedad funesta,  
 que reina de los vicios coronada,  
 á nuestro siglo reservó el ayerno.  
 Procede su esplendor de aquella lumbre,  
 inaccesible á vuestra fiera audacia;  
 y el blasfemo furor presume en vano  
 manchar el sol de sempiterna vida.  
 El inspira en el pecho virtuoso  
 soberano vigor: del mundo impío  
 no la horrible amenaza lo acobarda,  
 ni lo eleva el favor. Manso, apacible  
 en la prosperidad, libre y contento  
 en la adversa fortuna, nunca pierde  
 el puro norte que sus pasos rige.

Abre el malvado la funesta huesa,  
 dó el justo caiga, en la ignorada via,  
 y con ramage pérfido la encubre.  
 Del sendero fatal mano invisible  
 aparta al inocente: el ciego lazo  
 del vil insidiador será la tumba.

Sí, mi Jovino: la virtud hermosa  
 hoy por tí triunfa: de la santa Astrea  
 oráculo veraz, da tú á los hombres  
 el reinado feliz de la justicia.  
 ¡Venturoso el mortal cuyo destino  
 del labio justo pende! No en el oro  
 fundará su orgullosa confianza  
 el magnate inmoral, que al pobre insulta;  
 ni el favor ambicioso los delitos

sepultará del malhechor ilustre.  
 Seguro y sin temor el calumniado  
 verá á su juez , y en el sereno rostro  
 las señas llevará de su inocencia ,  
 temblando en tanto el impostor perjuro.  
 No abatida la frente el pobre humilde  
 ante el avaro , llorará vendida  
 la mísera heredad de sus abuelos  
 en precio de la usura , ni los hijos  
 mendigarán , ni la doliente esposa  
 vil sustento al autor de su ruina.

Mientras sus brazos del vigor nació  
 gocen robustos , la pequeña tierra  
 con el útil sudor bañará alegre ,  
 y rey de su heredad al cielo santo  
 bendecirá sobre el precioso fruto.

Mas ¡ venturoso tú , que en paz tranquila ,  
 útil á los mortales y á tí mismo ,  
 el precio sentirás de la existencia !  
 No en purpurado sólio ni á un vicioso ,  
 á un turbulento pueblo tú presides :  
 mas dó mora en sencillos corazones  
 la amistad no manchada , el amor blando ,  
 y la dócil piedad , allí le plugo  
 á la virtud el erigir su trono :  
 allí debes reinar : ¿ qué á tí el insano ,  
 el confuso rumor de las ciudades ?  
 Donde el hombre , ignorante de sí mismo ,  
 corre , engañado por la vil caterva ,  
 la senda del placer , hasta que halla ,

término inevitable, su ruina.  
 ¿El justo acaso en la mansion del crimen  
 aspirará á mandar? ¿Podrá ser útil  
 en la guarida horrenda de los malos  
 quien solo á la virtud rinde homenaje?  
 Cual en oculta selva donde moran  
 rapaces lobos, tierno corderillo,  
 que inocente se entró por la espesura,  
 tiembla á la vista del feroz rebaño,  
 y del pavor cogido, sin defensa,  
 la no dudosa muerte quieto aguarda;  
 resuena el bosque con alegre ahullido,  
 y los voraces dientes rechinando,  
 cada cual por su presa lo señala:  
 el justo asi, que inadvertido llegue  
 dó reina la maldad, víctima triste  
 caerá inmolada al odio ó á la envidia.

¡ Ah! no la gloria de enmendar los hombres  
 el móvil es de los que aspiran ciegos  
 al supremo poder: la ambicion sola,  
 la funesta ambicion sus pasos guia.  
 ¿Qué espíritu ominoso, desatado  
 del seno del Erebo, á los mortales,  
 inspiró el ansia del sangriento sólio?  
 Ese de gloria asolador fantasma,  
 que ocupa con su sombra el universo,  
 y que el menor desastre vuelve en humo,  
 ¿quién el primero lo mostró á la tierra?  
 El ronco son de la homicida trompa  
 tras sí arrebató al héroe, y al combate.

cual sangriento león se precipita  
y da de mil cadáveres cubierto  
el fértil campo, que de roja espiga  
doró el mayo gentil: la rabia infanda  
en los despojos míseros se ceba;  
y aclamando la bárbara victoria,  
su adusta sien corona de laureles,  
con inocente sangre reteñidos;  
gloria por cierto de los tigres digna!  
¿Cómo la aplaudé el hombre, á cuyo pecho  
sentimientos tan dulces dió natura?  
Desde el luciente sόlio, dó se agotan  
las riquezas del Indo, duerme imbécil  
un monarca, de esclavos rodeado,  
el efímero sueño del orgullo.

Y se llama glorioso, cuando gime,  
sin que él lo sepa, su extendido imperio,  
de sátrapas facciosos devorado.

Alma beneficencia, hija divina  
de la virtud, ¿ dó está el mortal felice,  
que siguiéndote á tí busca la gloria?  
¿ la verdadera gloria, que tú enseñas?  
Mortales, atended su voz sagrada:

«Ama á tu semejante, y en silencio  
goza el dulce placer de serle útil.»

Blanda ley, que otro tiempo, mi Jovino,  
en tu sensible corazón grabaste.

Ora, amigo, entre cándidos pastores  
la ejercerás benigno. El alto cielo  
á tu cuidado la inocencia fia,

depósito sagrado, que inviolable  
puro le volverás: leyes, costumbres  
igual vigor tendrán dó tu rigieres.

No á la asechanza del malvado expuesta  
la tímida doncella, el padre anciano  
verá segar en flor sus esperanzas  
una vil seducción, y dolorido  
descenderá al sepulcro silencioso.

El amor conyugal al casto lecho,  
de numerosa prole coronado,  
presidirá con inmortal antorcha,  
y entre festivos nietos su edad larga  
gozará en paz el venerable abuelo.  
¡Dulces escenas! ¡ah! tú las realiza,  
y sé feliz, haciendo venturosos.

¡Quién me diera, Jovino, que á tu lado,  
haciendo mía tan dichosa suerte,  
en tus delicias mi penar trocará!  
En tanto desde el Bétis te saluda  
el desdichado Anfriso, que fallece  
de pesares eternos devorado.

Solo tú, dulce amigo, de mis penas  
conoces la amargura, y en tí solo  
un malherido corazón descansa.

Mas tú vive dichoso, y tus virtudes  
la dulce bendición del cielo atraigan.  
En no turbada paz tus años vuelen,  
cual entre blandas flores se desliza  
oculto el arroyuelo: vive, amigo,  
al bien, á la virtud: la amistad santa

reine por siempre en tu sensible pecho.  
 Mas ¡oh! ¡nunca el amor, dulce Jovino,  
 Con sus arpones ásperos lo hiera!

## XXII.

\* A FILENO: DEBE GOZARSE DEL PLACER.

Ya, mi Fileno, desde el rubio toro  
 vierte el sol joven sus calientes rayos;  
 y las prisiones que forjó el invierno  
 rompe de nieve.

Sobre guijuelas resbalando corre  
 gloria del valle ondisonante el río:  
 y el nuevo césped de su humilde orilla  
 muerde suave.

Rie natura. Con sus flores rie  
 alegre el prado y el vergel lozano.  
 Ya la enramada su naciente sombra  
 da á los amores.

¡Cómo en las rosas jugueton se mece,  
 hijo de mayo, el cefirillo loco!  
 ¡Cómo repite enamorada el ave  
 vuelos y trinos!

Todo es contento: todo al pecho humano  
 brinda delicias. El raudal sonoro,  
 fragante el aire y el calor estivo,  
 vida del mundo:

Un Dios anuncian, que benigno, amante  
 dando á los hombres el capaz sentido,

para su dicha cuanto el sol colora  
próvido cria.

Una sonrisa de su augusta frente  
vertió en sus obras la inmortal belleza:  
y otra, fecunda del placer, los gozos  
alma produjo:

Quando en la aurora del primero día,  
que brilló pura sobre el caos antiguo,  
su gloria excelsa alborozado el ángel  
dijo á los orbes.

¡Ah! ¿por qué el hombre del orgullo esclavo  
sigue una sombra de virtud fingida  
rebelde al cielo, y sus hermosos dones  
fiero rehusa?

Gozar no es crimen: que á gozar convida  
quien dió tan fácil el placer divino,  
y del deseo el aguijon sabroso  
puso en las almas.

La docta frente te ciñó Minerva  
de eterna oliva, y de su lauro Clío:  
¡guirnalda estéril! del amor la anude  
mirto fecundo:

Que un solo instante de delicias vale,  
cuando halagüena te acaricie Vénus,  
mas que los bronces dó tu nombre helado  
guarde la fama.

Y si los cantos que en sublime lira  
al aura diste del Vandalio rio:  
si Eden perdido, si el saber que doma  
bárbaros odios:

Serán eternos en la edad futura,  
 y á par de Herrera y Pufendorf te ensalzan  
 la musa ibera y la imparcial justicia,  
 libre de olvido:

¿Por qué la vida que tendrán tus obras,  
 tú mismo pierdes? ¿Disfrutarla esperas  
 cuando en la tumba inútil gloria halague  
 yerta ceniza?

Goza, Fileno? si el error austero  
 templó en su nieve tus fogosos años,  
 las raras canas que en tus sienas brillan,  
 cubre de rosas.

Harto ya hiciste por los hombres; vive  
 algun momento para tí. Dispensa  
 tambien Apolo al perezoso octubre  
 plácida llama.

## SONETOS.

## I.

MOISES.

Expuesto fue del Nilo en la corriente  
 el que á Israel intrépido acaudilla,  
 borrando de la faz la vil mancilla  
 de esclavitud á su oprimida gente:

Y al rey, que en la niñez tierna, inocente  
 ensangrentó la bárbara cuchilla,  
 con vigor celestial hiere y humilla  
 y sepulta en el piélago inclemente.

Asi necios los míseros tiranos,  
 ó mandan que no nazca el pensamiento,  
 ó que si nace audaz, al nacer muera.

Mas oculto se expone á los humanos,  
 y crece, y llega el vengador momento;  
 y al déspota sumerge la onda fiera.

## II.

CRESTES.

Dirige, Atrida, un númen enemigo  
 tu puñal, entre víctimas errante;  
 y sangre brota abierto y palpitante  
 el seno, que aunque aleve, fue tu abrigo.

De venganzas argivas ya testigo  
 huye el sol: arde en ira el gran tonante;  
 y no despide el rayo devorante  
 por darte igual al crimen el castigo.

Vive, y vive á las furias entregado;  
 que de tu madre el adulterio feo  
 y el hierro infando á tu maldad no alcanza:

Y entre cuantos delitos han manchado  
 la casa infame del horrendo Atréo,  
 el delito mayor es tu venganza.

### III.

#### ARISTIDES.

Arrojas de tu gremio, pueblo insano,  
 porque el nombre de *justo* no te agrada,  
 de la virtud la imágen consagrada,  
 gloria y modelo del linage humano.

Pronto será, que la homicida mano  
 brille, de ilustre sangre mancillada;  
 y la teja, ya honrosa y deseada,  
 por la cicuta trocará inhumano.

Goza Esparta sus héroes: Roma altiva,  
 los triunfos y laureles prometiendo,  
 su feroz prole incitará á adquirirlos:

Y Aténas solo á la virtud esquiva,  
 los varones ilustres persiguiendo,  
 sabe, mas que otro pueblo, producirlos.

## IV.

DEMOSTENES.

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,  
si es ya la libertad un nombre vano?  
Trasíbulo, lanzando al espartano,  
no el vicio y la maldad lanzó de Aténas.

De tu sublime voz la patria llenas;  
brillan asta y arnés contra el tirano;  
mas ¡ay! del griego en la cuidada mano  
las armas pesan mas que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias ¿quieres  
que el hierro, de los persas tan temido,  
contra el astuto macedon esgrima?

Y aunque al tirano venzas, nada esperes:  
que á un pueblo turbulento y corrompido  
¿cuándo falta un Filipo que lo oprima?

## V.

FOCION.

¿Perdiste, pueblo ingrato, la memoria?  
¡ay! ese anciano, que á la muerte envías,  
por sus hazañas numeró sus días,  
y te dió en cada hazaña una victoria.

Con él morirá Aténas; y tu gloria,  
que solo en sus virtudes sostenías,

se enterrará con sus cenizas frías,  
y en su suplicio acabará tu historia.

Cuando hubo en tí valor, no lisonjero  
demandaste cual ínclitas mercedes  
tu misma sangre á un bárbaro tirano.

Y esclavo ya del macedonio fiero,  
libre y grande te juzgas, porque aun puedes  
dar muerte al mas ilustre ciudadano.

## VI.

### VIRGINIA.

Vuela, Virginia, por la vez postrera  
de un padre al seno víctima adorada:  
la libertad de Roma esclavizada  
y el honor y la muerte allí te espera.

El puñal de Lucrecia otra vez hiera:  
corra otra vez la sangre inmaculada,  
y á los tartáreos dioses consagrada  
deje, tirano, tu cabeza fiera.

La ven, y vuelven del fatal desmayo  
los tímidos esclavos, ya varones:  
que al contemplar cuál mano la vertía,

La oprimida virtud súbito rayo  
rompe de los airados corazones,  
y devora la infame tiranía.

## VII.

## MARCO BRUTO.

¿ Pensaste , oh Bruto , que á nacer volviera  
la libertad , dó Sila no aterrado  
depuso la segur , de herir cansado ,  
teñida en sangre de la Italia entera ?

¡ De qué al mundo sirvió tu virtud fiera !  
A un tirano clemente y desarmado  
dado te fue oprimir ; mas no fue dado  
que libre Roma y corrompida fuera .

Pérfido Octavio , Antonio sanguinario ,  
pendiente de un puñal con mano impía  
tienen ya esa corona , que aborreces .

¡ Oh virtud necia ! ¡ oh brazo temerario !  
si era forzosa ya la tiranía ,  
¿ por qué á monstruos tan bárbaros la ofrecés ?

## VIII.

## ROMA BAJO LOS CESARES.

*Pan y circenses* pide el pueblo fiero ,  
que sometiendo á su constancia el hado ,  
al pie del capitolio vió postrado  
al peno , al galo , al griego y al ibero .

*Pan y circenses* pide ; y el que entero  
no temió á Aníbal , junto á Roma armado ,

aprende de sus triunfos ya olvidado,  
á obedecer á un déspota altanero.

Mas de aquella pobreza, que dió leyes,  
de aquel valor, fatal á los humanos,  
que hizo temblar los pueblos y los reyes:

Conserva aun degradado las señales;  
y así tan solo pide á sus tiranos  
breve alimento y juegos funerales.

## IX.

### TITO.

Aquí yace el gran Tito, que elegido  
para colmar la tierra de alegría,  
del trono desterró la tiranía,  
y venerado fue sin ser temido.

Y aunque el cetro, á sus manos concedido,  
hasta el linde del orbe se extendia,  
igualó al cetro la virtud, y el dia,  
que no hizo un bien, lloró como perdido.

El hierro destructor la parca esgrime,  
y sus floridos años inclemente  
lanzó al abismo del sepulcro helado.

Mas el amor universal lo exime:  
que jamas morirá, quien justamente  
delicia de los hombres fue llamado.

## X.

MARGO AURELIO.

A tí, sublime Aurelio, que el romano  
venera entre sus dioses por primero,  
he de cantar; á tí, del orbe entero  
padre, moderador y ciudadano.

Tú á Roma, herencia siempre de un tirano  
registre á todos blando, á tí severo:  
el cetro de Neron sañudo y fiero  
fue adorable y benéfico en tu mano.

Y acusando las bárbaras crueldades,  
que el poderío y la ambicion maquinan,  
tu nombre irá diciendo á las edades;

Que solo imperio justo y justas leyes  
hay donde los filósofos dominan  
ó donde son filósofos los reyes.

## XI.

EL TRONO.

De la régia amistad por fruto adquiere  
Árato una ponzoña devorante:  
á Luna incauto el odio, ya triunfante,  
con la segur de la justicia hiere:

Y la hermosa israelita, que prefiere  
un rey al cetro y al laurel brillante,

casi en los brazos de su augusto amante  
de mil puñales traspasada muere.

Conoce Arato á su asesino , y gime :  
Raquel su tierno Alonso en vano nombra :  
á Luna cubre ignoble sepultura.

Ya el trono ¿á quién deslumbra? ¿á quién oprime,  
sabiendo que es mortífera su sombra  
al valor , la amistad y la hermosura?

## XII.

A FERNANDO III DE CASTILLA.

Fernando , honor del trono , tú el primero  
su invicta fuerza á nuestra España diste ;  
á la discordia audaz freno impusiste  
y debelaste al mahometano fiero.

Padre del venturoso pueblo ibero ,  
aun mas que de tus hijos , tú reuniste  
virtudes de hombre y rey , y á un tiempo fuiste  
sábío , legislador , justo y guerrero.

Dejaste al Bétis tus cenizas caras :  
al Bétis , cuyos altos torreones  
purgó tu acero del comun tirano.

Y si tan pronto al cielo no volaras ,  
hubieras tremolado tus pendones  
en las playas del bárbaro africano.

## XIII.

SULLY.

Noble Sully, tú osaste ser humano  
 junto al altivo trono, y sus favores  
 dispensaste, á pesar de adadores,  
 fácil al pobre y duro al cortesano.

Fuiste amigo, no esclavo ni tirano  
 de un rey; y á los fanáticos furios,  
 de pérfida ambicion encubridores,  
 la máscara arrancó tu sabia mano.

Tú á la Europa, ignorante todavía,  
 enseñaste el primero quién conserva  
 mejor que el hierro el solio de los reyes:

Y siendo el pro comun tu eterna guía,  
 las dádivas de Pluto y de Minerva  
 enlazaste en el cetro de las leyes.

## XIV.

A ENRIQUE IV DE FRANCIA,

Mueres, Enrique, y en la tumba encierra  
 fanático furor los bellos dias  
 que á tu patria, á la Europa prometias,  
 plegado ya el pendon de infanda guerra.

Si tu clemencia y tu valor lo aterra,  
 sus iras se embravecen mas impías;

y en vano mil virtudes oponias  
al monstruo vil, que dominó la tierra.

Pasó la horrible noche de su gloria ;  
y en el oscuro abismo encadenado  
ni aguza su puñal, ni sangre vierte.

Mas aun espanta al mundo su memoria ;  
y de tan fieros crímenes culpado,  
el mas fiero de todos fue tu muerte.

## XV.

### GONZALO DE CORDOBA.

Tú, Gonzalo inmortal, fuiste el primero,  
que dictó leyes al furor de Marte ;  
por tí siempre invencible su estandarte  
en ambos orbes tremoló el ibero.

El altivo frances y el turco fiero  
probaron ya tu espada, ya tu arte,  
que de la tierra á la abrasada parte  
antes lanzara al árabe guerrero.

Sin dejar de ser fiel, fuiste envidiado  
de tu rey, y en su tumba, que cercana  
fijó á la tuya misterioso el hado ;

Gime al ver que tu gloria y la española  
coronan tu ceniza ; y sombra vana  
aun se indigna del Liri y Ceriñola.

## XVI.

A LA MUERTE DE D. RAMON DE LA PALIZA, MI AMIGO.

Vive el inicuo, y logra sosegado  
de crímenes sembrada su carrera,  
y burla en larga vida y placentera  
la tarda indignacion del cielo airado.

Y el justo, cuyo aliento prolongado  
dulce consuelo de los hombres fuera,  
baja al sepulcro en su sazon primera,  
de la envidiosa parca arrebatado.

¡Ay! cuando mas de tí se prometia,  
en tu temprana edad te pierde el suelo,  
y la fe y la bondad mueren contigo.

Y robó el hado en tan acerbo dia  
á las virtudes su mejor modelo,  
y al triste humano su mayor amigo.

## XVII.

A EUTIMIO.

Suele al mirar la nave zozobrando  
alegrarse el que habita en la ribera,  
no del mal que á los náufragos espera,  
sino de la quietud que está él gozando.

A mí, del crudo piélago escapando,  
en que probé de amor la saña fiera,

la razon bienhechora , aunque severa ,  
me da en su seno acogimiento blando.

Mas defendido con su amparo cierto  
y asegurado en su eminente abrigo ,  
tiemblo , Eutimio , á la mar embravecida :

Pues al tender la vista desde el puerto ,  
eres tú el que naufragas , dulce amigo ,  
mitad , la que mas amo , de mi vida.

## XVIII.

A ALCINO.

El que escapó del piélagó violento ,  
habiendo ya bebido la onda fiera ,  
fastidiado vegeta en la ribera ,  
y volver quiere al mar y al crudo viento.

Mi corazón tornó , de amor exento  
y escarmentado , á su quietud primera :  
mas ¡ ay ! ya nada teme , nada espera ,  
y es sinsabor y es tedio cada aliento.

Detesto la razon : su luz me ofende :  
amo el placer falaz , que fue mi daño ,  
y echo menos , ó amor , tus dulces dones.

Que no , mi Alcino , sin dolor se aprende  
tras tantos siglos de sabroso engaño  
el arte de vivir sin ilusiones.

## XIX.

A DELIA.

Si ví tus ojos , Delia , y no abrasaron  
mi corazon en amorosa llama ;  
si ví tus labios , que el abril inflama  
de ardiente rosa , y no me enagenaron :

Si ví el seno gentil , dó se anidaron  
las gracias ; dó el carmin , que Vénus ama ,  
sobre luciente nieve se derrama ,  
é inocentes mis ojos lo miraron :

No es culpa , no , de tu beldad divina :  
culpa es del infortunio , que ha robado  
la ilusion deliciosa al pecho mio.

Mas si en el tuyo la bondad domina ,  
mas querrás la amistad de un desgraciado  
que de un dichoso el tierno desvarío.

## XX.

LA SOCIEDAD.

Dó el bárbaro habitó choza mezquina  
de sangre y latrocinios siempre ansioso ;  
seguro por la ley , quieto y dichoso  
el hombre en las ciudades se avecina.

Y dó se alzaba bajo triste encina  
el crudo altar del druida espantoso ;

vergeles pinta el mayo delicioso  
y recama de mieses la colina.

Estos son, sociedad, tus gratos dones:  
tú al placer, tú á la paz, tú al amor santo  
convidas los humanos corazones.

Que la perfidia vil, el odio esquivo,  
y de la envidia el rencoroso llanto  
reliquias son del bosque primitivo.

## XXI.

### LA ENVIDIA.

Dulce es á la codicia, cuando alcanza  
doblar el oro inútil, que ha escondido:  
dulce al amor, feliz ó desvalido,  
meditar ya el placer, ya la esperanza.

Dulce es tambien á la feroz venganza,  
que no obedece al tiempo ni al olvido,  
los sedientos rencores, que ha sufrido,  
apagar entre el fuego y la matanza.

A un bien aspira todo vicio humano:  
teñida en sangre la ambicion impía  
sueña en el mando y el laurel glorioso.

Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,  
ni conoces ni esperas la alegría:  
que ¿dónde irás que no haya un venturoso?

## XXII.

## LA ESPERANZA.

Dulce esperanza, del prestigio amado  
pródiga siempre, que el mortal adora,  
ven, disipa piadosa y bienhechora  
las penas de mi pecho acongojado.

Vuelve á mi mano el plectro ya olvidado,  
y al seno la amistad consoladora:  
y tu voz, ó divina encantadora,  
mitigue ó venza la crueldad del hado.

Mas ¡ ay ! no me presentes lisonjera  
aquellas flores que cogiste en Gnido,  
cuyo jugo es mortal, aunque es sabroso.

Pasó el delirio de la edad primera,  
y ya temo el placer, y cauto pido,  
no la felicidad, sino el reposo.

## XXIII.

## LA RAZON INUTIL.

Es tarde ya para que amor me prenda  
en su lazo halágueno y feimentido:  
que aunque tal vez de la razón me olvido,  
el hielo de la edad ¿ quién hay que encienda ?

Es tiempo ¡ ay triste ! que á su voz atienda  
mi juvenil esfuerzo ya perdido,

despues de haberla insano desoido ,  
cuando ser pudo de mi esfuerzo rienda.

Asi va: los humanos corazones  
sufren en la verdad y en el engaño ;  
y sin gozar de sí ni un solo dia,

Venden la juventud á las pasiones ,  
la edad madura al triste desengaño ,  
y la vejez á la razon tardía.

## XXIV.

A ELISA:

En vano, Elisa , describir intento  
el dulce afecto: que tu nombre inspira ;  
y aunque Apolo me dé su acorde lira ,  
lo que pienso diré , no lo que siento.

Puede pintarse el invisible viento ,  
la veloz llama que ante el trueno gira ,  
del cielo el esplendor , del mar la ira ;  
mas no alcanza al amor pincel ni acento.

De la amistad la plácida sonrisa ,  
y el puro fuego , que en las almas prende ,  
ni al labio , ni á la cítara confio.

Mas podrás conocerlo , bella Elisa ,  
si ese tu hermoso corazon entiende  
la muda voz que le dirige el mio.

## XXV.

## DEL AMOR.

Alcino, quien los ásperos rigores  
de una ingrata beldad vencer procura,  
ni encantos á la tésala espesura,  
ni á la remota Cólcos pida flores.

Amar es el hechizo, que en amores  
la victoria y las dichas asegura,  
y somete el pudor y la hermosura,  
y corona al amante de favores.

Mas si el vil seductor quiere que sea  
una impura pasión amor hermoso,  
no se admire de verla desdeñada.

Que no es amante el que gozar desea,  
sino el que sacrifica generoso  
su bien y su placer al de su amada.

## XXVI.

## LA AUSENCIA.

Nace la aurora, y el hermoso día  
brilla de rojas nubes coronado:  
en mi pecho, de penas abrumado,  
la sonrosada luz es noche umbría.

De las aves la plácida armonía  
es para mí graznido malhadado,

y estruendo ronco y son desconcertado  
el blando ruido de la fuente fria.

Brotan rosas el soto y la ribera :  
para mí solo , triste y dolorido ,  
espinas guarda el mayo floreciente.

Que esta es, ó niño dios, tu ley primera ;  
no hay mal para el amor correspondido ,  
no hay bien que no sea mal para el ausente.

## XXVII.

### LA DUDA.

¿ Si será de amistad, Filis hermosa,  
la grata llama que en el pecho siento ;  
que como propio tu dolor lamento,  
y soy feliz, cuando eres venturosa ?

¿ O será amor ? Tu imágen deliciosa  
grabada está en el alma, y el momento,  
que obligado la deja el pensamiento,  
me es ingrato el pensar, la vida odiosa.

Amor es. Este ardor de verte, este  
inefable placer cuando te veo,  
¿ quién sino el dulce amor puede inspirarlo ?

Mas ¡ ay ! es como tú puro y celeste :  
é ignorando los fuegos del deseo,  
halaga el corazon sin abrasarlo.

## XXVIII.

A MI AMADA, EN EL DIA DE SU SANTO (1).

Ven, primavera, ven; y antes que dores  
la hermosa cuna donde nace el día,  
el dulce nombre de la amada mia  
corona con tus rayos y esplendores.

Brote la tierra anticipadas flores:  
sople el aura gentil que el mayo cria:  
rebose en selva y prado la alegría  
y el ruisenior festivo cante amores.

Añade nuevo lustre á la hermosura  
de mi adorado bien, y nuevo encanto  
á aquel mirar, que cuando hiere, halaga.

Y añade nuevo fuego á la ternura  
de su pasion, que nunca será tanto  
que al de mi ansioso pecho satisfaga.

## XXIX.

LA BELLEZA. (*Traduccion del Petrarca.*)

¿Dónde cogió el amor ó de qué vena  
el oro fino de su trenza hermosa?  
¿en qué espinas halló la tierna rosa  
del rostro, ó en qué prados la azucena?

---

(1) 19 de Marzo.

¿Dónde las blancas perlas , con que enfrena  
la voz suave , honesta y amorosa ?

¿ dónde la frente bella y espaciosa ,  
mas que el primer albor pura y serena ?

¿ De cuál esfera en la celeste cumbre  
eligió el dulce canto , que destila  
al pecho ansioso regalada calma ?

Y ¿ de qué sol tomó la ardiente lumbre  
de aquellos ojos , que la paz tranquila  
para siempre arrojaron de mi alma ?

### XXX.

LA TIMIDEZ. (*Traduccion del Petrarca.*)

Cuando el planeta que embellece el día ,  
vuelve á la casa del rosado toro ,  
y entre las puntas de encendido oro  
vivificante ardor al suelo envía : —

No á la faz solo de la tierra fria  
da en bellas flores nítido decoro :  
mas de la vida el celestial tesoro  
lleva del centro á la mansion umbría.

Asi mi hermoso sol su luz me ofrece :  
me mira , y va en mi seno derramando  
de dulce y blando amor llama halagüeña.

Mas ; ay ! mi labio tímido enmudece ;  
y aquel precioso fuego malogrando ,  
pierdo sin fruto la estacion risueña.

## XXXI.

LA QUERRELLA. (*Traducción del Petrarca.*)

Cuando Febo en los piélagos de Atlante  
templa su ardor y el aire se oscurece,  
quejas doy de mi mal, que entonces crece  
á la alba luna, al cielo rutilante.

Mi dolor cuento, simple é ignorante,  
á amor, que en los rendidos se enfierece;  
al adormido mundo, que enmudece,  
y al dueño esquivo de mi pecho amante.

De mis cansados ojos huye el sueño:  
triste suspiro y lamentable lloro  
en mi rostro y mis labios halla el día.

En tanto el alba su esplendor risueño  
difunde hasta el cenit: ¡y el sol que adoro,  
no amanece á templar la pena mia!

## XXXII.

LA NOCHE. (*Traducción del Petrarca.*)

Ora que callan cielo, tierra y viento,  
y duermen sosegados ave y fiera,  
el negro carro lleva por la esfera  
la noche, y yace el mar sin movimiento:

Yo solo peno y ardo, y ni un momento  
desbrava mi dolor, ni tregua espera:

mas ¡ ay! que él es de mi existencia entera  
á un tiempo la delicia y el tormento.

En un raudal cuajado de amargura  
mi ardiente sed alivio y refrigero;  
una es la mano que me hiere y cura.

Y así en el breve término de un día  
mil veces, crudo amor, renazco y muero,  
y siempre incierta está la vida mía.

### XXXIII.

REGALO A UNA NUEVA ESPOSA. (*Traducción del Bondi.*)

Esta, que aun lleva la encarnada espina,  
gloria de su vergel, purpúrea rosa,  
y esta blanca azucena y olorosa,  
bañada de la lluvia matutina;

Un pastorcillo á tu beldad divina  
ofrece, pobre don á nueva esposa;  
y no mal te convienen, Fili hermosa,  
cuando á adornar tu pecho las destina.

Del virgíneo carmin la rosa llena  
retrata tu pudor, y en sus albores  
tu casta fe la cándida azucena;

Y ese mirto, que anuda las dos flores,  
es, felices esposos, la cadena,  
con que os enlaza el dios de los amores.

## XXXIV.

LA NECEDAD. (*Traduccion del italiano.*)

El duro remo en la cansada mano  
y sometido al látigo inclemente,  
implora el galeote tristemente  
la libertad, aunque la implora en vano.

Mas si tal vez la alcanza, luego insano  
de abandonar los mares se arrepiente:  
la dicha de ser libre ya no siente,  
y en precio vil la vende á su tirano.

Asi yo delirante, dueño impío,  
con la argolla fatal mi cuello gravo,  
aunque logré por tu traicion romperla,

Y aun es mayor que su delirio el mio:  
pues sin merced alguna ser tu esclavo,  
es dar la libertad y no venderla.

## XXXV.

EL AMOR PERFECTO. (*Traduccion del Zappi.*)

Amo á Leucipe: aunque Leucipe ignora  
mi callada pasion, la amo constante:  
mi gloria es adorarla: el pecho amante  
ni premio anhela, ni piedad implora.

Y la amo, aunque gentil y halagadora  
á un dulce esposo su belleza encante:

que no el purpúreo celestial semblante,  
ni el lindo seno en ella me enamora.

Y la amaré, cuando la pompa verde  
marchite de su abril el tiempo odioso:  
que amo en ella aquel bien que no se pierde.

Y la amaré, cuando eclipsada estrella  
desfallezca mortal: que mas hermoso  
será entonces el bien que adoro en ella.

### XXXVI.

\* A FERMIN DIDOT, LITERATO, POETA Y TIPÓGRAFO  
INSIGNE.

Tú, que los signos del varon Dircéo,  
primero escritos en voluble arena,  
fijaste en sábia lámina, que enfrena  
la voz fugaz del genio ó del deseo:

Tú, que la antigua gloria de Tirtéo  
celebraste en las márgenes del Sena:  
tú, en cuya docta frente se encadena  
la guirnalda de Esquilo á la de Alcéo:

Pues un ara sublime has elevado  
á los nombres de Estéfano y Plantino,  
donde el tuyo, mas grande, es deseado;

Acepta el don sincero, aunque mezquino,  
que á la ciencia modesta consagrado,  
de tu fama inmortal ya es adivino.

## XXXVII.

\* A LA MUERTE DE DOÑA MARIA CANDELARIA  
CASAJUS.

Linda hermosura, que en su edad florida  
ennobleció del Bétis la ribera,  
al soplo helado de la Parca fiera  
yace aquí en triste polvo convertida.

¿Por qué mi amarga y enojosa vida  
aun el golpe fatal gimiendo espera?  
¿por qué el árido espino persevera  
si la rosa cayó del cierzo herida?

Jóven á las mansiones del espanto  
desciendes: la vejez, triste al perderte,  
queda entregada al tedio y al quebranto.

Asi se burla de la edad la suerte;  
y yo baño tu losa en tierno llanto,  
cuando debieras tú llorar mi muerte.

## XXXVIII.

\* AL REY NUESTRO SEÑOR EN SU REGRESO  
A MADRID EN AGOSTO DE 1828.

Mira á tu Rey, ¡oh Mantua afortunada!  
que siglos mil y mil glorioso viva:  
mira en sus sienes la fulgente oliva  
y á sus pies la discordia encadenada.

La paz sigue su triunfo coronada  
 con gratos dones de la industria activa,  
 y en el excelso trono compasiva  
 perdona errores la clemencia amada.

Solo tu voz, Fernando, consiguiera  
 volver su imperio á las violadas leyes  
 y abatir del rencor los pabellones ;

Y solo en tu poder la patria espera ;  
 que el legítimo s6lio de los Reyes  
 es el puerto de náufragas naciones.

### XXXIX.

\* EL SOL Y LA VIDA. (*Traduccion del ingles,  
 de White.*)

¡ Oh noche ! cuando á Adan fué revelado  
 quien eras, y aun no vista, oyó nombrarte,  
 ¿ no temió que enlutase tu estandarte  
 el bello alcázar de zafir dorado ?

Mas ya el celage etéreo, blanqueado  
 del rayo occidental, Héspero parte :  
 su hueste por los cielos se reparte,  
 y el hombre nuevos mundos vé admirado.

¡ Cuánta sombra en tus llamas ocultabas,  
 ó Sol ! ¿ quién acertara, cuando ostenta  
 la brizna mas sutil tu luz mentida,

Esos orbes sin fin que nos velabas ? . . .  
 ¡ Oh mortal ! y ¿ el sepulcro te amedrenta ?  
 si engañó el Sol, ¿ no engañará la vida ?

## XL.

\* A LA ACADEMIA DEL MIRTO, QUE ME HABIA REGALADO UNA EXCELENTE ODA EN ELOGIO MIO.

Otro nombre buscad, de la armonía  
mas digno y de inspirar vuestras canciones,  
si quereis que del Pindo en las mansiones,  
ó amable juventud, Febo os sonría.

Que si pudo enseñaros la voz mia  
cómo se alcanzan sus preciados dones,  
¿ qué valen ¡ ay ! mis tímidas lecciones  
junto al fuego inmortal, que Homeros cria ?

Vuestra es la edad del genio y los placeres:  
vuestro el laud de Euterpe soberano:  
vuestro el vigor de juventud activa.

Coged lauros y el mirto de Citéres:  
y dejad que en la frente de un anciano  
se marchite con él su antigua oliva.

FIN DEL TOMO I.

10. The first part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

11. The second part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

12. The third part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

13. The fourth part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

14. The fifth part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

15. The sixth part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

16. The seventh part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

17. The eighth part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

18. The ninth part of the paper is devoted to the study of the asymptotic behavior of the solutions of the system (1) as  $t \rightarrow \infty$ . It is shown that the solutions of the system (1) tend to zero as  $t \rightarrow \infty$  if and only if the matrix  $A$  is stable.

# INDICE

DE LAS POESIAS CONTENIDAS EN ESTE PRIMER TOMO.

## POESIAS SAGRADAS.

I.	<i>La muerte de Jesus.....</i>	Pág.	I
II.	<i>La resurreccion de nuestro Señor.....</i>		4
III.	<i>La ascension de nuestro Señor.....</i>		6
IV.	<i>Al Santísimo Sacramento.....</i>		9
V.	<i>La natividad de nuestra Señora.....</i>		11
VI.	<i>La concepcion de nuestra Señora.....</i>		13
VII.	<i>Al nacimiento de nuestro Señor.....</i>		27
VIII.	<i>La conversion de los godos en el rei- nado de Recaredo.....</i>		29
IX.	<i>El sacrificio de la Esposa.....</i>		32
X.	<i>El canto del Esposo.....</i>		38
XI.	<i>El cántico de Zacarías.....</i>		42
XII.	<i>A Silvio en la muerte de su hija.....</i>		44
XIII.	<i>La Providencia.....</i>		48
XIV.	<i>A la resurreccion del Salvador: el canto de la Esposa.....</i>		51
XV.	<i>Imitacion del salmo Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum..</i>		54
XVI.	<i>Imitacion del salmo Domini est terra.</i>		55
XVII.	<i>Imitacion del cántico de Ezequías....</i>		57
XVIII.	<i>Soneto: sobre una copia del niño Dios durmiendo, de Rafael.....</i>		60

## LIRICAS PROFANAS.

I.	<i>A la restauracion de Buenos-Aires en 1806.....</i>	61
II.	<i>La victoria de Bailen.....</i>	65
III.	<i>A las ruinas de Sagunto.....</i>	72
IV.	<i>En loor de Druso.....</i>	73
V.	<i>A Baco.....</i>	77
VI.	<i>Viaje de Virgilio.....</i>	79
VII.	<i>A la lira.....</i>	81
VIII.	<i>A las musas.....</i>	82
IX.	<i>A la juventud estudiosa de Cádiz....</i>	84
X.	<i>En loor de D. Juan Melendez Valdés, restaurador de la poesía española en el siglo XVIII.....</i>	87
XI.	<i>A la muerte de D. Juan Melendez Valdés.....</i>	94
XII.	<i>Elogio de Fileno.....</i>	98
XIII.	<i>A Dalmiro: el genio de su amigo Anfriso no es para la poesía sublime.</i>	102
XIV.	<i>A Dalmiro: imitacion de Horacio....</i>	105
XV.	<i>A Aristo: la tranquilidad de los amigos de las musas.....</i>	106
XVI.	<i>A Eutimio: que disipe los pesares con el vino.....</i>	108
XVII.	<i>La seguridad.....</i>	111
XVIII.	<i>Al sueño: el himno del desgraciado..</i>	112
XIX.	<i>El mediodia.....</i>	116
XX.	<i>La vegetacion.....</i>	117

XXI.	<i>A Olimpia, cantora insigne.....</i>	121
XXII.	<i>A una Señora, no conocida del autor sino por la noticia de sus virtudes..</i>	122
XXIII.	<i>A D. Manuel José Quintana, en su vuelta á Madrid en 1828.....</i>	125
XXIV.	<i>A D. Ventura Vega: en respuesta á una oda que escribió en elogio mio.</i>	127
XXV.	<i>A D. Fernando de Ribas.....</i>	129
XXVI.	<i>A mi amigo D. José de Murga, en su dia.....</i>	132
XXVII.	<i>El emigrado de 1823.....</i>	134
XXVIII.	<i>La muerte de Patroclo.....</i>	138
XXIX.	<i>Al Rey nuestro Señor, protector de las bellas artes.....</i>	140
XXX.	<i>A las bodas de Fernando VII y de María Cristina de Borbon.....</i>	142
XXXI.	<i>Al mismo asunto. ....</i>	145
XXXII.	<i>En el dia de S. M. la Reina nuestra Señora Doña Isabel II, en 1833...-</i>	147

#### POESIAS FILOSOFICAS.

I.	<i>La beneficencia.....</i>	149
II.	<i>La bondad es natural al hombre.....</i>	158
III.	<i>La amistad.....</i>	163
IV.	<i>Al mismo asunto.....</i>	168
V.	<i>Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la profesion militar: á D. Francisco Javier de Hore.....</i>	169

VI.	<i>La mañana</i> .....	175
VII.	<i>A Alcino</i> .....	178
VIII.	<i>A la sabiduría</i> .....	180
IX.	<i>A Berilo: rogándole que vuelva al Bétis á los brazos de sus amigos</i> ..	183
X.	<i>La vida humana</i> .....	185
XI.	<i>A Tirsi: el temor de lo venidero es inútil</i> .....	189
XII.	<i>A Dalmiro: deben abandonarse los cuidados</i> .....	190
XIII.	<i>A Albino: la felicidad consiste en la moderacion de los deseos</i> .....	192
XIV.	<i>Invocacion del poema de Lucrecio De rerum natura</i> .....	193
XV.	<i>Poder de la imaginacion en el sueño</i> ..	195
XVI.	<i>A Albino</i> .....	197
XVII.	<i>A Fileno: el sosiego de la virtud</i> ....	199
XVIII.	<i>La gloria de los hombres benéficos</i> ....	200
XIX.	<i>La felicidad pública</i> .....	205
XX.	<i>El triunfo de la tolerancia</i> .....	211
XXI.	<i>Epístola á Jovino, elevado á una ma- gistratura</i> .....	215
XXII.	<i>A Fileno: debe gozarse del placer</i> ....	222

## SONETOS.

I.	<i>Moisés</i> .....	225
II.	<i>Orestes</i> .....	id.
III.	<i>Aristides</i> .....	226
IV.	<i>Demóstenes</i> .....	227

V.	<i>Focion</i> .....	id.
VI.	<i>Virginia</i> .....	228
VII.	<i>Marco Bruto</i> .....	229
VIII.	<i>Roma bajo los Césares</i> .....	id.
IX.	<i>Tito</i> .....	230
X.	<i>Marco Aurelio</i> .....	231
XI.	<i>El trono</i> .....	id.
XII.	<i>A Fernando III de Castilla</i> .....	232
XIII.	<i>Sully</i> .....	233
XIV.	<i>A Enrique IV de Francia</i> .....	id.
XV.	<i>Gonzalo de Córdoba</i> .....	234
XVI.	<i>A la muerte de D. Ramon de la Pa- liza, mi amigo</i> .....	235
XVII.	<i>A Eutimio</i> .....	id.
XVIII.	<i>A Alcino</i> .....	236
XIX.	<i>A Delia</i> .....	237
XX.	<i>La sociedad</i> .....	id.
XXI.	<i>La envidia</i> .....	238
XXII.	<i>La esperanza</i> .....	239
XXIII.	<i>La razon inútil</i> .....	id.
XXIV.	<i>A Elisa</i> .....	240
XXV.	<i>Del amor</i> .....	241
XXVI.	<i>La ausencia</i> .....	id.
XXVII.	<i>La duda</i> .....	242
XXVIII.	<i>A mi amada en el dia de su santo</i> ....	243
XXIX.	<i>La belleza</i> .....	id.
XXX.	<i>La timidez</i> .....	244
XXXI.	<i>La querrela</i> .....	245
XXXII.	<i>La noche</i> .....	id.
XXXIII.	<i>Regalo á una nueva esposa</i> .....	246

XXXIV.	<i>La necesidad.....</i>	247
XXXV.	<i>El amor perfecto.....</i>	id.
XXXVI.	<i>A Fermin Didot, literato, poeta y tipógrafo insigne.....</i>	248
XXXVII.	<i>A la muerte de Doña María Candalaria Casajús.....</i>	249
XXXVIII.	<i>Al Rey nuestro Señor en su regreso á Madrid en Agosto de 1828.....</i>	id.
XXXIX.	<i>El sol y la vida.....</i>	250
XL.	<i>A la Academia del mirto, que me habia regalado una excelente oda en elogio mio.....</i>	251

## ERRATAS.

---

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
63.....	4.....	sorprenda....	sorprehenda
122.....	24.....	la bendice....	lo bendice
146.....	23.....	españoles....	españolas
166.....	30.....	ercimia. ....	ercinia
192.....	6.....	Febo.....	Febe

# I N D E X

<p>1. Introduction</p> <p>2. Theoretical Framework</p> <p>3. Methodology</p> <p>4. Results</p> <p>5. Discussion</p> <p>6. Conclusion</p>	<p>7. Appendix A</p> <p>8. Appendix B</p> <p>9. Appendix C</p> <p>10. Appendix D</p> <p>11. Appendix E</p>	<p>12. Appendix F</p> <p>13. Appendix G</p> <p>14. Appendix H</p> <p>15. Appendix I</p> <p>16. Appendix J</p>	<p>17. Appendix K</p> <p>18. Appendix L</p> <p>19. Appendix M</p> <p>20. Appendix N</p> <p>21. Appendix O</p>
--	--	---	---

